

Jazmín

En el momento adecuado

Lucy Gordon

En el momento adecuado

Joanna estaba muy enamorada de su prometido de conveniencia, Gustavo Ferrara, cuando él se enamoró y se casó con otra.

Doce años después, Gustavo volvía a estar soltero… y muy confundido al ver a Joanna. El paso del tiempo lo había hecho más maduro y más sabio, y se había dado cuenta de que Joanna era la mujer con la que debería haberse casado… pero no tenía la menor idea del daño que le había hecho con su traición…

¿Podrá convencerla de que le dé otra oportunidad…?

PRÓLOGO

JARRONES de oro sólido, joyas deslumbrantes, riqueza más allá de los sueños de la avaricia... Joanna, tendida en la playa, giró la cabeza hacia su hijo de diez años, sentado a su lado y con la cabeza oculta detrás de un periódico.

-¿Qué haces, cariño?

-Gran hallazgo -se asomó por encima del borde-. Un palacio y un tesoro fabuloso -vio que lo miraba con incredulidad divertida y añadió-: Bueno, al menos encontraron unos ladrillos viejos.

-Eso parece más de este mundo -rió-. Estoy acostumbrada al modo en que adornas las cosas. ¿Dónde encontraron esos «ladrillos viejos»?

-En Roma -respondió, dándole el diario.

Siguiendo la dirección de su dedo, ella vio un pequeño artículo con unos pocos y básicos detalles.

Unos cimientos fascinantes y únicos... un vasto palacio... mil quinientos años de antigüedad...

-Eso parece lo tuyo, mamá -observó Billy-. Ruinas viejas...

Adoraba a su hijo.

Como su trabajo la alejaba de casa y estaba compartiendo a Billy con su ex, se veían poco. Ese verano se habían regalado unas vacaciones en Cervia, en la costa adriática de Italia.

Había sido fabuloso no tener nada que hacer, salvo tumbarse en la playa y hablar con Billy, un niño muy maduro para su temprana edad. Pero la inactividad no había tardado en empalagarlos a ambos, y el artículo del periódico había avivado su instinto profesional.

Gozaba de una estupenda reputación como arqueóloga, o «mercader de escombros y huesos», como decía Billy con irreverencia. Y tal como le acababa de decir, parecía perteneciente a su campo. Leyó:

En los terrenos del Palazzo Montegiano, hogar ancestral de los príncipes herederos de Montegiano y residencia del actual príncipe Gustavo, se han encontrado cimientos de un edificio enorme.

-¿Has estado alguna vez en Roma, mamá? -preguntó Billy-. ¿Mamá? ¿Mamá? -al no obtener respuesta, se acercó y agitó las manos-. La Tierra llamando a mamá. Responda, por favor.

-Lo siento -comentó con rapidez-. ¿Qué has dicho?

-¿Has estado alguna vez en Roma?

-Eh... sí... sí...

-Pareces retrasada -indicó con amabilidad.

-¿Sí, cariño? Lo siento. Es que... él siempre dijo que había un gran palacio perdido.

-¿Él? ¿Conoces a ese príncipe?

-Lo vi una vez, hace años -repuso con vaguedad-. ¿Te apetece un helado?

Alejarlo del tema fue un acto de desesperación. Porque bajo ningún concepto podía decirle a su hijo: «Gustavo Montegiano es el hombre al que una vez amé más que lo que nunca amé a tu padre, el hombre con el que podría haberme casado si hubiera sido lo bastante egoísta».

Y podría haber añadido: «Es el hombre que me partió el corazón sin siquiera saber que era suyo».

CAPÍTULO 1

SUENA, maldita sea, suena! -el príncipe Gustavo clavó la mirada en el teléfono, que permanecía obstinadamente silencioso-. Se suponía que ibas a llamar cada semana, sin falta -gruñó-. Y han pasado dos semanas.

Silencio.

Se levantó de su escritorio y con impaciencia fue hasta el ventanal desde el cual podía ver la terraza de piedra. En el último de los anchos escalones que conducían al jardín, estaba' sentada una niña de nueve años, con los hombros encorvados en un gesto de tristeza infantil.

La visión incrementó la furia de Gustavo. Regresó a la mesa, alzó el auricular y marcó el número con movimientos secos.

Sabía que nunca nadie había podido forzar a su ex esposa a hacer algo que no le apeteciera. Pero en esa ocasión iba a insistir, no por sí mismo, sino por la pequeña que anhelaba algún signo de que su madre la recordaba.

-¿Crystal? -espetó cuando contestó-. Se suponía que tenías que llamar.

-Caro. Si supieras lo ocupada que estoy...

Ese ronroneo en el pasado le había provocado hormigueos por la espalda.

-¿Demasiado ocupada para tu hija?

-¿Mi pobrecilla Renata? ¿Cómo está?

-Echando de menos a su madre -soltó con furia-. Y ahora que te tengo al teléfono, vas a hablar con ella.

-Pero, cariño, no tengo tiempo. Me has pillado cuando salía y, por favor, no llames de nuevo...

-Olvida tu salida -cortó-. Renata está fuera y puede ponerse en un minuto -podía oír las pisadas de la pequeña corriendo en la terraza.

-He de irme -sonó la voz de Crystal-. Dile que la quiero.

-¡Maldita sea si lo haré! ¡Díselo tú, Crystal...! ¿Crystal?

Se había ido, cortando en el momento exacto en que la pequeña entraba en el cuarto.

-Déjame hablar con mamá -pidió, quitándole el auricular-. Mamma, mamma.

Vio cómo el júbilo se desvanecía de su carita. Y, tal como había temido, el rostro que luego se volvió hacia él, estaba lleno de acusación.

-¿Por qué no me has dejado hablar con ella? -gritó.

-Cariño, tu mamá tenía prisa... no era un buen momento para ella...

-No, ha sido culpa tuya. Te oí gritarle. No quieres que hable conmigo.

-Eso no es verdad...

Intentó alzarla en brazos, pero ella se resistió, no luchando, sino quedándose quieta, con la carita inexpresiva.

«Igual que yo», pensó con tristeza, recordando las veces que en su vida había ocultado su yo más íntimo de la misma manera. No cabía duda de que ésa era realmente su hija, a diferencia del segundo hijo de Crystal, cuyo nacimiento había precipitado el divorcio.

-Cariño... -volvió a intentarlo, pero se rindió ante la silenciosa hostilidad de ella.

Lo culpaba por el abandono de su madre, porque no podría soportar creer otra cosa. ¿Era más amable imponerle la verdad, o seguirle la fantasía de que tenía una madre que anhelaba verla y de un padre cruel que las mantenía separadas? Ojalá lo supiera.

A regañadientes, la soltó y ella huyó de inmediato a la carrera. Pesadamente, se dejó caer ante su escritorio y enterró la cabeza en las manos.

-¿Vengo en mal momento?

Alzó la cara y vio a un hombre mayor con ropa vieja y manchada de tierra, de pie en el alto ventanal.

-No, pasa -dijo con alivio, abriendo un armario tallado del siglo XVIII en cuyo interior se ocultaba una pequeña nevera-. ¿Cómo va todo? -preguntó, sirviendo dos cervezas.

-He llegado hasta donde he podido -informó el profesor Carlo Francese, jadeando por el esfuerzo reciente-. Pero mis conocimientos son limitados.

-No según mi experiencia -repuso Gustavo con lealtad.

Eran amigos desde hacía ocho años, cuando Gustavo había permitido que su palazzo se empleara para una convención arqueológica. Carlo era un arqueólogo con gran reputación y, cuando se descubrieron unos cimientos antiguos en las propiedades de Gustavo, éste había llamado primero a Carlo.

-Gustavo, éste es, potencialmente, el mayor hallazgo del siglo, y necesitas disponer de profesionales cualificados. Fentoni es el mejor. Lo aceptará con los ojos cerrados -lo miró fijamente-. No me estás escuchando.

-Claro que sí, es que... ¡maldición!

-¿Crystal?

-¿Quién, si no? No es que me traicionara con otro hombre, le diera un hijo y me hiciera quedar como un idiota. Odio eso, pero puedo soportarlo. Lo que no puedo perdonar es el modo en que se marchó, sin mirar ni una vez atrás a Renata, y cómo ni siquiera se molesta en mantener el contacto. A mi pequeña se le está rompiendo el corazón y yo no puedo ayudarla.

-Crystal nunca me gustó mucho -reconoció Carlo despacio-. Recuerdo conocerla unos años después de vuestra boda. Tú estabas

totalmente enamorado, aunque ella siempre me dio la impresión de distancia.

-Totalmente enamorado -repitió con una sonrisa reminiscente-. Es verdad. Seguí creyendo en ella demasiado tiempo, pero tenía que hacerlo. Con el fin de casarme con ella, me comporté muy mal con otra mujer con la que debería haberme casado, y supongo que necesitaba creer que el «premio» que había ganado valía la pena.

-¿Te comportaste mal? -los ojos del profesor brillaron de interés-. ¿Quieres decir muy mal?

-Lamento decepcionarte -esbozó una sonrisa renuente-, pero no hubo ningún drama. Ni la dama ni yo estábamos enamorados. Iba a ser un matrimonio de conveniencia, prácticamente arreglado.

Carlo no se asombró. A pesar de lo que pudiera imaginar el mundo moderno, esas cosas aún eran corrientes entre las grandes familias aristócratas de Europa.

-Entonces, ¿qué pasó con ese matrimonio programado? -quiso saber.

-Por entonces mi padre vivía, y había tenido un poco de mala suerte. Una amiga de mi madre conocía a una joven inglesa que poseía una gran fortuna. La conocí y nos llevamos bien.

-¿Cómo era?

Gustavo reflexionó un momento.

-Era una persona agradable -repuso al fin-. Delicada y comprensiva, alguien con quien podía hablar. Íbamos a tener un gran matrimonio, en un estilo relajado. Pero entonces apareció Crystal, y de pronto lo sereno no bastó. Era... -luchó por encontrar palabras-... como un cometa surcando el cielo. Me deslumbró. No pude ver la verdad, que era una mujer implacable y egoísta. Lo descubrí más tarde, cuando ya me había casado.

-¿Cómo rompiste con tu novia?

-No lo hice. Ella rompió conmigo. Era maravillosa. Vio lo que estaba sucediendo y dijo que, si yo prefería a Crystal, no había problema. Después de todo, ¿qué mujer querría a un marido renuente? Fue así como lo puso y todo sonó muy razonable.

-¿Y si se hubiera negado a concederte la libertad? ¿Habrías seguido adelante con la boda?

-Por supuesto -aseveró sin ninguna duda-. Había dado mi palabra de honor.

-¿Y la reacción de tu familia?

-No quedó complacida, pero no había nada que pudiera hacer. Se lo presentamos al mundo como una decisión mutua, lo que en muchos sentidos así fue, ya que creo que, en secreto, mi prometida quedó feliz de poder deshacerse de mí -sonrió-. Cuando digo que se lo «presentamos», en realidad quiero decir que lo hizo ella. Fue ella

quien habló mientras yo permanecía allí como un muñeco. Mi padre se puso furioso por perder la herencia.

-¿Crystal era pobre, entonces?

-No, tenía una fortuna, pero más modesta.

-¿De modo que en esa ocasión no antepusiste los intereses familiares? -observó Carlo-. Crystal debió de ser importante.

Gustavo asintió y guardó silencio, recordando el impacto que había causado su esposa en su personalidad más joven. Había sido pura risa y sensualidad, intrépida y apasionadamente emocional, o eso había creído él. Más adelante entendería lo limitada que era la capacidad que tenía para cualquier emoción sincera.

El amigo que tenía enfrente lo conocía y no persistió con el tema.

-Cuanto antes consigas que Fentoni y su equipo estudien el lugar, mejor será.

-Supongo que será caro -comentó Gustavo con ironía.

-El mejor siempre lo es. ¿Vuelves a andar justo de dinero?

-Crystal quiere recuperar hasta el último céntimo. Tiene derecho a ello, pero representa una tensión fuerte sobre mi economía.

-Bueno, quizá este descubrimiento resulte una mina de oro.

-Sin ninguna duda -convino Gustavo sin convicción-. De acuerdo, pongámonos en contacto con él.

Carlo alzó el auricular del teléfono.

-Ahora mismo.

Mientras aguardaba, regresó junto al ventanal que daba a los jardines para poder ver a su hija en la distancia. Estaba sentada en el tocón de un árbol, con las rodillas encogidas y los brazos alrededor de ellas.

Quiso golpearse la cabeza contra la pared, dominado pór la culpa de no poder hacer que su mundo fuera completamente feliz.

Carlo hablaba con tono urgente y exasperado.

-Fentoni, viejo amigo, éste es un trabajo mucho más importante... Oh, al cuerno el contrato. Diles que has cambiado de parecer y que quieres hacer esto:.. ¿Cuánto? Oh, comprendo -miró a Gustavo y se encogió de hombros resignado-. ¿Qué otro, entonces? -volvió a hablar al teléfono-. Sí, he oído hablar de ella, pero si la señora Manton es inglesa, ¿queremos que emita juicios sobre artículos italianos? De acuerdo, aceptaré tu palabra. ¿Tienes su número?

Apuntó algo, colgó y al acercarse a Gustavo lo vio ceñudo.

-¿Inglesa?

-Especializada en Italia -le informó-. Fentoni afirma que fue su mejor pupila. ¿Por qué no dejas que me ocupe del asunto? La llamaré, arreglaré una visita, podrás ver qué te parece y luego estableceremos un acuerdo.

-Gracias, Carlo. Lo dejo todo en tus manos.

Cuando Joanna Manton recibió la llamada en el teléfono móvil y comprendió lo que quería Carlo, sólo tuvo una pregunta:

-¿Me está diciendo que el príncipe Gustavo preguntó por mí?

-No, no -corrigió-. La recomendó el profesor Fentoni. Sugiero que venga a inspeccionar el lugar.

Guardó silencio, dominada por la indecisión. Se dijo que no podía causarle ningún daño ver a Gustavo después de doce años. Ya no era una muchacha, sacudida por sentimientos que no podía controlar.

Incluso le haría bien verlo. Igual que ella, Gustavo estaría mayor, diferente, y la imagen que había persistido en su corazón quedaría suplantada por la realidad. Y al fin sería libre.

-Pensaba pasar el verano viajando con mi hijo de diez años -expuso.

-Tráigalo con usted. Su Excelencia tiene una hija de la misma edad. ¿Cuándo los esperamos?

-No lo sé... -titubeó.

Billy, que descaradamente había estado escuchando la conversación, musitó:

-¿Montegiano?

Ella asintió.

-Dile que irás.

-¡Billy!

-Mamá, quieres ese trabajo. Sabes que es así -le quitó el auricular para hablar por él-: Va para allá -al ver su mirada indignada, añadió con inocencia-: Sólo intento evitar que pierdas el tiempo. ¿Por qué las mujeres siempre estáis indecisas?

Para sus adentros, le gustó que le quitara la decisión de las manos. Le dijo a Carlo que estaría allí en tinos días y colgó.

-Billy, creía que querías que nos divirtiéramos juntos.

Él le dedicó una sonrisa cómica.

-Pero, mamá, odiamos divertirnos juntos. Es tan aburrido...

Compartió su carcajada. No cabía duda de que su hijo era un espíritu afín.

A la mañana siguiente metieron todo en el coche y emprendieron el viaje de setecientos kilómetros a través de Italia, hasta las afueras de Roma. Al acercarse a su destino, descubrió que encontraba excusas para aminorar la marcha e incrementar el retraso.

-Nos quedaremos a pasar la noche aquí -anunció cuando llegaron a la pequeña ciudad de Tívoli.

-Pero si apenas quedan veinticinco kilómetros hasta Roma... -protestó él.

-Estoy cansada -explicó-, y prefiero llegar a primera hora de

mañana, después de un buen descanso.

Más tarde, después de que Billy se hubiera acostado, se sentó junto a la ventana y se preguntó por qué había aceptado. Algunas cosas era mejor dejarlas en el pasado. Sin embargo, la verdad era que una parte de ella aún era la lady Joanna de dieciocho años que había aceptado conocer al príncipe Gustavo como marido potencial, pero con un estado de ánimo de indulgencia divertida, porque la tía Lilian, quien había planeado todo, era un encanto.

Joanna tenía un conde entre sus parientes y una fortuna inmensa, de modo que era incluida en el círculo exquisito que, incluso en una sociedad moderna, supuestamente democrática, permanecía principalmente cerrado a los desconocidos.

Lo había considerado todo divertido. ¡Qué joven había sido, qué llena de ideas modernas! ¡Qué segura estaba de que lo sabía todo! ¡Qué ignorante había sido!

A veces, los cuentos de hadas se hacían realidad. A veces el sol brillaba, los pájaros cantaban y la luna rimaba con cuna.

Aquel verano había sido una época mágica, en que todo había sido perfecto durante un breve momento.

Incluso doce años más tarde, cerraba los ojos y podía regresar a ese calor y dulzura que sólo se experimentaban una vez en la vida.

Había tenido lugar una fiesta de una semana, celebrada por su primo segundo, el conde lord Rannley, en su mansión de Inglaterra, Rannley Towers.

La primera vez que había visto a Gustavo, éste cruzaba el jardín en dirección a la casa.

Superaba el metro ochenta de estatura, tenía el pelo oscuro y un cuerpo fibroso, que movía con una gracilidad controlada que había atrapado su atención. Había sido un día caluroso y se había subido las mangas de la camisa.

Y así era como se había mantenido en su mente: el príncipe encantado, atractivo y elegante. Todo era perfecto, demasiado perfecto para ser verdad.

Pero cuando llegó a su lado, ya había perdido todo vestigio de sentido común. Uno de sus primos los había presentado y él había dicho con su voz serena: «Buon giorno, signorina. Es un placer conocerte».

Nadie le había advertido de que era posible que el mundo se volviera del revés en un instante, debido a un joven de ojos oscuros y gentil gravedad que llegó directamente a su corazón.

Pero había sucedido, y a partir de ese momento no hubo vuelta atrás.

Desde luego, nadie mencionó el motivo de la reunión. Oficialmente, Gustavo se hallaba de viaje para conocer mundo y visitaba a unos viejos amigos de su padre. Y cuando la familia se sentó a cenar, lo sentaron junto a Joanna.

Nadie podría haber cuestionado el comportamiento de Gustavo durante la cena. Habló con todo el mundo y no intentó monopolizarla. Pero cuando se volvía hacia ella, Joanna sentía como si el resto de la habitación se desvaneciera.

En mitad de la semana, la invitó a un restaurante. Fue el anfitrión perfecto, encantador, atento pero, para su decepción, en absoluto seductor. Quiso saber sobre su vida y ella le contó cómo había vivido desde la muerte de sus padres bajo la tutela de su tía Lilian.

Él le habló de la vida que llevaba en Montegiano y el amor que proyectó su voz le indicó por qué estaba preparado para anteponer su hogar a todo lo demás en su vida.

Cuando bebían vino, comentó con un toque de tristeza:

-Sabes lo que planean para nosotros nuestros amigos, ¿verdad?

El corazón comenzó a latirle más deprisa. Se preguntó si se lo propondría en ese momento.

Pero cuando asintió, él sólo dijo:

-No debemos dejar que compliquen algo que debería ser muy sencillo. Esta es nuestra decisión, no de ellos. No puede haber nada sin afecto y respeto.

Las palabras «afecto y respeto» la enfriaron un poco.

Pero luego fueron a un club nocturno y bailaron. Al fin, después de tantos sueños y esperanzas, se hallaba en el círculo de sus brazos. Sintiendo su mano firme en la cintura, la calidez de su cuerpo en movimiento. La sensación fue tan dulce como para resultar casi insoportable.

Estaba loca y apasionadamente enamorada. En ese momento supo que las canciones y los cuentos tenían razón. El mundo se hallaba bañado en una luz dorada y no tardaría en alcanzar el cielo.

Al final de la semana, la invitó junto con la tía Lilian a visitar su propiedad a las afueras de Roma. Flotó de júbilo. Era normal que quisiera mostrarle su hogar antes de adoptar una decisión definitiva.

Estaba tan segura de que lo entendía, que ni siquiera su reticencia le molestaba demasiado. Era un hombre de naturaleza serena y controlada. Pero eso sólo era en la superficie. Tras sus barreras, percibía a otro hombre, uno vibrante, apasionado, a la espera de la mujer adecuada para liberarle el corazón.

Sabía que ella podía ser esa mujer, porque eran parecidos. También ella era tranquila y retraída, y celebrarían un encuentro de mentes que inevitablemente conduciría a un encuentro de corazones.

Montegiano sólo sirvió para potenciar su sensación de magia.

Situada a unos cinco kilómetros de Roma, la propiedad abarcaba cuatrocientas hectáreas que culminaban en un gran palacio que se alzaba en una loma, dominando el paisaje circundante.

Para alguien tan enamorada del pasado como Joanna, la casa era una maravilla. Vagó por sus interminables corredores, conociendo a antepasados que la miraban desde siglos atrás. Gustavo se los describía de un modo que los hacía cobrar vida, y a su vez estaba claramente impresionado por su interés erudito.

Día tras día paseaban juntos mientras él le hablaba de esa propiedad que amaba con una voz suave, casi emotiva. Un día, mientras caminaban por un bosque, él le preguntó:

-¿Te gusta mi casa, Joanna?

-Me encanta -repuso con tono ferviente.

-¿Crees que podrías ser feliz viviendo aquí?

Ésa fue su petición.

Aceptó con tanta celeridad, que más tarde el recuerdo hizo que se ruborizara. Desterró los temores, desesperada por capturar el deseo de su corazón.

Cuando al fin la besó, logró que olvidara todo lo demás. Había destreza en todo lo que acometía. El efecto que surtió sobre ella fue eléctrico. Sin embargo, incluso entonces fue lo bastante cauta como para contenerse un poco, hasta que pudiera percibir que la pasión de él era tan profunda como la suya propia.

Se acordó que la boda se celebrara dos meses después, en Inglaterra. Dos semanas antes de la fecha, Gustavo y su familia llegaron para hospedarse en Rannley Towers. En las semanas que permanecieron separados, intercambiaron cartas en las que, esencialmente, hablaron de Montegiano y de la vida que llevarían allí. Él encabezaba las cartas «Mi queridísima Joanna» y firmaba «Tuyo afectuosamente».

Pero cuando volvió a verlo, nada importó salvo que estuviera allí, y que no tardarían en estar casados.

Su vestido era una obra maestra de seda de color marfil, con un corte sencillo para adecuarse a su figura alta. Las mangas eran largas, casi hasta el bajo, la cola se extendía detrás de ella y el velo caía hasta el suelo y sobre la cola. Cuando se lo puso y se observó en el espejo, supo que era hermosa.

Era el momento en que Gustavo, al fin, se enamoraría de ella.

Y entonces se presentó Crystal.

CAPÍTULO 2

CRYSTAL parecía un hada. Era pequeña y tenía el pelo rubio ahuecado alrededor de la cara, como si fueran hebras de caramelo. Tenía unos ojos azules profundos, llenos de diversión, una nariz respingona y una boca como la de Cupido, de la que emitía una risa irresistible. Era hermosa, encantadora y seductora.

«Todo lo que yo no era».

La había invitado a quedarse en la casa Frank, uno de sus muchos primos, quien la estaba cortejando. Nada más conocerla, a Joanna le había caído bien. Crystal encantaba a todo el mundo con su belleza y su perverso sentido del humor.

Hablaba tan rápidamente que Gustavo tenía que pedirle que aminorara o le explicara alguna palabra inglesa. Varias veces la oyó decir: «No, no, tú la pronuncias así».

Luego estallaría en una carcajada, contagiando a Gustavo.

¿Fue en ese entonces cuando percibió el peligro?

«¿Cómo saberlo? Fuera lo que fuere lo que percibí, no lo quise reconocer».

Eran cientos de detalles ínfimos, que fingió que no significaban nada, hasta el día en que ya fue imposible fingir.

Al principio creyó que estaba solo. Al entrar en la arboleda sólo lo vio a él, y el corazón le dio un vuelco de felicidad antes de darse cuenta de que se inclinaba hacia la mujer que tenía en brazos.

Pero entonces los vio, y el modo en que la llenaba de besos, hasta el punto de la locura, una y otra vez, hizo que Joanna supiera que no se contentaría únicamente con besos.

Unos besos como los que nunca le había dado a ella.

Retrocedió detrás de un gran roble, aunque no era necesario. No eran capaces de percatarse de nada que no fuera ellos mismos. Lo oyó decir:

-Lo siento, cariño. No tengo derecho a hacer esto cuando no puedo ofrecerte nada.

-¿Por qué no podemos ser felices? -oyó la voz de Crystal-. ¿No me amas?

-Sabes que te amo -afirmó con vehemencia-. No sabía que pudiera sentir de esta manera. Si tuviera...

Calló. Joanna se afanó por escuchar, con el corazón desbocado. Si tuviera...

-Si me hubieras conocido a mí primero, no le habrías pedido a Joanna que se casara contigo, ¿verdad? -Nunca -corroboró con voz ronca.

-¿No quieres casarte conmigo, cariño?

-No me preguntes eso.

-Pero he de hacerlo -persistió con su voz suave y tentadora-. Si te

voy a perder, y tú a mí, al menos sé sincero.

-De acuerdo, quiero casarme contigo -manifestó con voz apasionada-. No puedo, pero tampoco puedo dejar de amarte y desearte. Estás conmigo en cada momento, noche y día, despierto o dormido.

-Entonces, ¿cómo puedes hacerme a un lado?

-Porque le he hecho promesas a Joanna. Cariño, te suplico que lo entiendas, debo mantener esas promesas.

-¿Por qué? Ella no te ama más que lo que tú la amas a ella.

-Pero faltan unos días para la boda. ¿Cómo puedo humillarla delante de todo el mundo?

-Gustavo, ¿has pensado en el futuro? Todos esos años atado a una mujer a la que no amas. ¿Cómo los soportarás?

El silencio que siguió heló el alma de Joanna. Pasados esos segundos eternos, llegó la respuesta de él con voz desesperada.

-Sobreviviré, de algún modo.

Había creído que el corazón ya no podía sufrir más, pero al escuchar esa respuesta, comprobó que se había equivocado.

Lo extraño fue que el conocimiento de que no había nada más que mantuviera viva la esperanza, le dio fuerzas para salir de detrás del árbol con una sonrisa en la cara.

-¿No hay algo que quieras decirme?

Las caras de ellos quedaron grabadas para siempre en su memoria. La de Gustavo pálida y aturdida, la de Crystal, con una expresión que no logró descifrar.

Crystal fue la primera en hablar, sonando adecuadamente incómoda.

-Joanna, no queríamos que lo averiguaras así.

-No importa cómo lo he averiguado -respondió con alegría-. La cuestión es que aún estamos a tiempo de arreglar las cosas.

-No tengo ninguna intención de pedirte que me liberes -la voz de Gustavo sonó vacía.

-Pero tal vez yo quiera hacerlo -se encogió de hombros-. Oh, vamos, no estamos en el siglo diecinueve. El cielo no se va a abrir si hay un cambio de planes de última hora.

Jamás olvidó la expresión de su cara en aquel momento... una esperanza ciega ante la idea de no tener que casarse con ella.

-¿Hablas... en serio? -preguntó con incredulidad.

-Claro que hablo en serio. De verdad, cariño -añadió, utilizando ese término por primera vez-, si estás enamorado de otra persona... bueno, ¿por qué debería quererte?

-Pero las formalidades...

-Olvídalas. Hemos cambiado de parecer. Los dos. Vamos, acabemos de una vez.

Se volvió con rapidez, sin saber el tiempo que lograría mantener la fachada.

-Joanna...

Oyó a Gustavo al comenzar a alejarse.

Y ahí estaba, la nota que había soñado con oír en su voz, cálida y emotiva una vez que agradecía que lo liberara. Huyó a la casa.

No recordaba muy bien lo que había sucedido a continuación. Hubo indignación familiar, escena tras escena en la que ella era casi la única que hablaba, risas al insistir en que era una decisión mutua y que no podía ser más feliz.

No creyó que alguien se lo tragara, y menos cuando el compromiso con Crystal tuvo lugar inmediatamente después. Pero ante su determinación, nadie pudo hacer nada.

Se obtuvo una licencia especial con el nombre de Crystal en el documento, con la intención de celebrar la boda el mismo día en la misma iglesia, con una novia reemplazada por otra. Joanna asistió a todo el proceso, al parecer con la máxima indiferencia.

La noche antes de la ceremonia, la tensión de llorar en secreto la estaba desgarrando. Quería gritar, algo imposible en esa casa.

Había empezado a llover. Demasiado angustiada para pensar con claridad, se puso algo de ropa y salió de la casa por una puerta lateral, para correr por la hierba en dirección al bosque.

Allí cedió a su dolor y gritó como un animal herido; incluso en una ocasión se golpeó la cabeza contra un árbol, sin dejar de gritar: «¿Por qué... por qué... por qué?»

«¿Por qué? Porque la ama a ella y no a ti. Porque es hermosa y deslumbrante y tú aburrida y corriente. Porque todo el dinero del mundo no es suficiente para hacer que te desee a ti».

Al terminar, no se sintió mejor, sólo agotada. Se dejó caer en el suelo y se apoyó contra el tronco de un árbol. El dolor hizo que llorara otra vez, pero en esa ocasión con una desdicha profunda.

Pasada una hora, se puso de pie y salió del bosque, desesperada por volver a la casa antes de que amaneciera y alguien pudiera verla.

Lo consiguió y subió por las escaleras de atrás hasta llegar a la planta donde se hallaba su habitación. Casi había llegado...

-¡Joanna!

Su peor pesadilla hecha realidad. Gustavo enfundado en una bata, asombrado de verla.

-¿Qué te ha pasado? -preguntó-. ¿Has salido con la lluvia?

-No llovía cuando salí -respondió, luchando por encontrar las palabras.

-Lleva una hora lloviendo.

-He caminado mucho. Necesitaba un poco de aire. Tardé en regresar -no tenía idea de lo que decía.

-Estás herida -comentó, mirándole la frente.

-Me caí jadeó-. Me golpeé con un tronco.

-Necesitas que te vea un médico. Deja...

-Aléjate de mí -Gustavo acercaba los dedos al moratón, pero Joanna sabía que si la tocaba, volvería a ponerse a llorar.

-Te castañetean los dientes -bajó la mano-. Ve a darte un baño caliente o te resfriarás. Querida, te chorrea agua por el pelo y por la cara.

El agua en su rostro no era lluvia. Le miraba las lágrimas y no lo sabía.

La calidez de su voz fue su perdición. Huyó a su habitación y cerró la puerta. Se quitó la ropa, se metió bajo una ducha caliente y permaneció allí sin moverse, apoyada contra los azulejos.

Pasado un buen rato, el cerebro volvió a funcionarle, lo suficiente como para preguntarse qué hacía él en el corredor a esas horas. Luego recordó que era cerca de la habitación donde dormía Crystal.

Había creído que las lágrimas se le habían agotado. Estaba equivocada.

Al día siguiente se sentó en la iglesia con la vista clavada en la espalda de Gustavo mientras esperaba a la novia. Al verla aparecer, experimentó el pánico de pensar que podría llegar a desmayarse, pero se recobró y se mantuvo rígida mientras Crystal se convertía en su esposa.

Ya lo había perdido para siempre.

Aunque jamás había sido suyo. Quizá hubiera llegado a casarse con ella, pero nunca, nunca la habría amado.

A la recepción siguió un baile en el que bailó hasta casi desplomarse. Fue así como conoció a Freddy Manton, quien parecía haber surgido de ninguna parte, un amigo de un amigo de un amigo. Era atractivo, encantador y un gran bailarín. Sus pasos se sincronizaron a la perfección.

Cuando sonó música lenta, volvieron a bailar, manteniéndose románticamente cerca. Era su modo de decirle al mundo que no le importaba con quién se casara Gustavo. Esperó que él lo notara.

Al final llegó el momento en que los novios debían partir a su luna de miel. Joanna había querido ir directamente a Italia, pero Crystal había preferido escoger Las Vegas, y Gustavo no era capaz de negarle nada.

Decidida a interpretar la charada hasta el final, se unió a la multitud que los despedía. ¿Fue algo fortuito o desdén lo que hizo que Crystal le arrojara el ramo a ella? Lo capturó de forma instintiva antes de poder frenarse. Y permaneció quieta, sosteniendo algo que debería haber sido suyo.

Más tarde fue cuando comprendió lo que ese día le había hecho.

Había atravesado el fuego para emerger más fuerte, porque algo que había ardido hasta las cenizas ya no podría volver a arder.

Se inscribió en la universidad, estudió Arqueología y desterró el dolor trabajando. Hasta que la pena se convirtió en algo apagado que lograba hacer a un lado gracias a la fascinación que despertaba en ella el tema que adoraba.

Se hizo una promesa. Nunca más se permitiría sentir algo con la profundidad e intensidad que había sentido por Gustavo. Sabía que no podría aguantarlo una segunda vez.

En ese momento estaba a salvo. Podía protegerse del dolor. Pero había pagado un precio terrible.

Volvió a asistir a fiestas, incluso las disfrutó. Al final, una noche, mientras bebía champán...

-¡Qué extraño encontrarte aquí!

Era Freddy Manton, que le dedicaba una sonrisa cautivadora.

-Luego te busqué, pero habías desaparecido -explicó él-. Desde entonces, tengo el corazón roto.

-No pareces muy abatido -rió.

Comenzaron a verse. Era una compañía agradable, alegre y bueno. Ella estaba sola y logró convencerse de que el afecto por él sería suficiente. Se casaron mientras ella aún iba a la universidad y se quedó embarazada de inmediato; apenas logró acabar los exámenes antes de tener que ingresar en el hospital para dar a luz a Billy.

Para ser justos con Freddy, realmente lo intentó y logró ser fiel unos cuatro años, un récord para él. Por el bien de Billy, permanecieron juntos otros cuatro años, hasta que las infidelidades la exasperaron más allá de lo tolerable.

El divorcio fue amistoso.

Durante esos años, no supo casi nada de Gustavo. Hacía poco había leído un periódico en el que se anunciaba que los príncipes de Montegiano habían sido bendecidos con un hijo y heredero, su primer varón desde el nacimiento de su hija Renata diez años atrás.

«De modo que el matrimonio ha florecido», pensó. Se dijo que había hecho lo correcto.

«Funcionó bien para los dos», musitó en ese momento. «También a mí me va bien la vida. Estoy serena, asentada, incluso soy feliz. Tengo un trabajo estupendo, mantengo una relación amigable con mi ex, tengo un hijo al que adoro. Soy afortunada».

«Entonces, ¿por qué he vuelto aquí?»

Observó las tranquilas calles de Tívoli, y luego miró hacia Roma.

«Porque después de tantos años, es hora de exorcizar el fantasma y liberarme para continuar con mi vida».

Al llegar a la entrada de la propiedad Montegiano, el guarda llamó a la casa y recibió la respuesta de dejarla pasar. Recorrer el largo sendero que llevaba a la mansión era como revivir su experiencia pasada.

Charló serenamente con Billy, negándose a pensar en lo que pasaría en unos minutos, cuando volviera a verlo después de doce años.

Crystal estaría allí y los vería juntos, marido y mujer. La visión de su relación hogareña sería la última pieza en el rompecabezas.

A medida que el coche se acercaba al enorme palazzo, un hombre mayor salió a esperarla, con una sonrisa de bienvenida en la cara.

-Soy el profesor Carlo Francese -se presentó, estrechándole la mano-. Hablamos por teléfono. Seré su anfitrión en ausencia de Gustavo.

No estaba. El corazón le dio un vuelco.

Pero se dijo que eso estaba bien. No necesitaba ninguna distracción.

Le alegró ver que Billy y Carlo congeniaban en el acto.

-Se alojará en la habitación Julio César -explicó Carlo-. Siempre se le asigna al huésped de honor.

Estuvo a punto de decir: «Sí, ya lo sé». Había sido su habitación la última vez que estuvo allí.

Había cambiado mucho, y pudo ver que se había gastado dinero par reformar el castillo. En ese momento parecía nuevo, resplandeciente y, a sus ojos, menos atractivo. A Billy le habían dado el cuarto contiguo, que también era grandioso, y al verlo le dio un ataque de risa.

Después de refrescarse, llamó a su puerta. Se reunió con ella y contempló el magnífico pasillo, con sus columnas de mármol y techo con pinturas al fresco.

-¡Qué lugar! -exclamó.

-¿Verdad que sí? -convino ella-. ¿Qué pasa, Billy? -su hijo se había vuelto de repente.

-Me pareció ver a alguien en las escaleras. Allí.

Miraron justo a tiempo de ver la carita pálida de una niña que los observaba con hostilidad. Luego se desvaneció.

Joanna bajó, preparada para encontrarse con Crystal, pero no había rastro de ella. Carlo los condujo a una sala magnífica con altos ventanales que daba a los jardines, y de inmediato se puso a hablar de los cimientos que habían encontrado.

Billy escuchó, formulando algunas preguntas inteligentes, pero luego algo pareció distraerlo y se marchó.

-Vimos a una niña arriba -comentó Joanna.

-Es Renata -explicó Carlo-. La hija de Gustavo -suspiró-. Pobrecilla.

-¿Por qué pobrecilla? ¿Está celosa ahora que tiene un hermanito?

Carlo miró alrededor y bajó la voz.

-El divorcio de Gustavo acaba de hacerse definitivo. El pequeño no era suyo y su mujer se ha llevado al niño a vivir con su amante.

Joanna contuvo el aliento.

-¿Se refiere a Crystal?

-Sí. ¿La conoce?

-Nos conocimos brevemente hace muchos años, pero no hemos mantenido el contacto. No sabía esto.

-Como puede imaginar, fue un golpe muy duro para Gustavo, así que no hablamos de ello. Pero pensé que debería conocer la situación.

-Sí -repuso despacio-. Sí, me alegro de que me lo advirtiera.

-Cuando esté lista, iremos a ver la excavación -indicó él-. Se encuentra a poco menos de un kilómetro.

-Tengo ganas de verla.

En cuanto vio el descubrimiento, Joanna supo que había llegado al lugar apropiado. Sus sentimientos personales no importaban. Se trataba del hallazgo del siglo, y tenía que ser suyo.

Por el rabillo del ojo podía ver a Renata y a Billy. Parecían haber establecido una comunicación perfecta, y ella le mostraba el emplazamiento al tiempo que le señalaba algunos lugares de interés. Al rato, se alejaron juntos.

Pasó el resto del día con Carlo, cada vez más convencida de que ése era el gran palacio perdido del que había hablado Gustavo. Durante la cena, conoció a Laura, una mujer sonriente de mediana edad que cuidaba de Renata. Le divirtió ver que Billy desplegó su encanto con ella y que Laura no tardó en quedar cautivada.

-Parece que Renata y tú os lleváis bien -le dijo mientras subían las escaleras más tarde.

-Me ha estado hablando del príncipe Gustavo -repuso Billy, frunciendo el ceño-. La verdad, mamá, es un monstruo. ¿Sabías que la madre de ella se ha ido?

-Sí, Carlo me lo ha contado.

-Al parecer, Gustavo la echó y no dejó que Renata se fuera con ella. De hecho, retuvo a Renata aquí a la fuerza. Me ha dicho que está lleno de odio y que lo descarga sobre ella.

-Billy, yo no me creo esa historia -contestó de inmediato.

-¿Por qué? -quiso saber él.

-Bueno...

-¿Por qué no, mamá? Tú siempre has dicho: «Cíñete a las pruebas». ¿Dónde están las pruebas de que Renata se equivoca?

Estaba atrapada, ya que no podía afirmar que había conocido a Gustavo y que eso no era típico de él. ¿Hasta dónde lo había conocido?

-A veces deseo no haberte educado para ser tan lógico -suspiró.

-Ya es demasiado tarde.

-Esperemos y escuchemos las pruebas del otro bando -contrarrestó.

-Es cierto, mamá. Cuando venga, tú le preguntas qué pasó de verdad.

-Vete a la cama -dijo con firmeza-. Y deja de mostrarte impertinente.

Le dedicó una sonrisa perversa.

-También es demasiado tarde para eso -desapareció en su cuarto antes de que ella pudiera pensar en una respuesta.

En dos días, Joanna había reunido un equipo de expertos, gente que ya había trabajado con ella en otras excavaciones. Dedicarse al trabajo le quitó a Gustavo y la situación que había encontrado de la cabeza.

Se resistía a creer la imagen que Billy le había trazado de un hombre tan furioso que era capaz de castigar cruelmente a su hija. De hecho, apenas podía creer que Renata fuera hija de Gustavo y de Crystal, ya que no se parecía a ninguno. La carita carecía de cualquier atisbo de la belleza de la madre, ya que era redonda y regordeta. Pero tenía unos ojos inteligentes.

Se sentaba con Billy y ella, compartiendo un refrigerio, pero sin decir nada, hasta que, de repente, como un dique que se rompe, realizaba un intento torpe de abrirse.

-Billy me habló de su padre -soltó en una ocasión-. Dice que estás divorciada.

-Sí, lo estamos -confirmó Joanna con gentileza.

-Mis padres están divorciados.

-Eso he oído.

-Billy dice que su padre lo llama siempre a su teléfono móvil.

-Así es. Varias veces por semana.

-Mi madre me llama todos los días -aseveró Renata con tono de desafío-. Me compró un móvil sólo para nosotras dos, porque dice que no puede estar un día sin hablar conmigo.

-Eso es muy bonito.

-A veces llora porque papá no nos deja estar juntas. Pero mamá dice que un día va a venir a rescatarme, y que luego nos iremos al fin del mundo, donde papá no podrá encontrarnos.

Su voz se había tornado más trémula a medida que hablaba, hasta que se vio obligada a parar. Joanna vio que se daba la vuelta para secarse los ojos y se preguntó si lloraba por la dureza de su padre o porque sabía que todo era una fantasía. Se sintió impotente.

Billy había escuchado eso sin decir palabra, mirando a Renata con

ojos amables. Al final se la llevó de allí.

«Tiene muchos más años que diez», pensó con sonrisa melancólica.

Con el paso de los días, el calor fue volviendo casi insoportables las tardes.

-De acuerdo, chicos, es hora de un descanso -dijo un día casi a la una del mediodía-. Id a dormir una siesta. Volved cuando haya refrescado un poco.

Se dirigieron a la casa en busca de sombra. Como hacía a menudo, no fue con ellos. Le encantaba estar a solas en el trabajo, sin hacer nada, sencillamente absorbiendo el pasado.

Le encantaba tenderse bajo el calor, con la cabeza protegida por un sombrero, aunque alguien con una tez tan blanca como la suya debía tener cuidado en no quemarse. Años de trabajar al sol le habían dado a su piel un perenne tono de claro bronceado, al tiempo que le había aclarado el pelo.

Se quitó las zapatillas y se tumbó en el suelo, con los brazos abiertos y la cabeza oculta bajo el sombrero. Supuso que podía dar la impresión de alguien sin hogar, pero no le importó. Para ella eso era la felicidad.

Cuando empezaba a quedarse dormida, fue vagamente consciente de un coche al detenerse. Percibió más que oyó a alguien junto a ella.

-Vete -murmuró-. Estoy dormida.

-Perdone...

La voz del hombre era cortés pero firme, y había poder en la mano que le sujetó el hombro. A regañadientes, apartó el sombrero y alzó la vista.

Al principio, no pudo ver con claridad. La cabeza estaba moteada por el sol, que le sumía la cara en oscuridad.

-¿Quién eres? -preguntó con tono gruñón.

Pero lo supo antes de obtener la respuesta. La visión se le aclaraba, aparte de que jamás podría olvidar la cara que la miraba con curiosidad.

CAPÍTULO 3

SE SENTÓ, estudiándolo. Era mayor, más robusto, con una expresión agobiada que no correspondía a un hombre de sólo treinta y cuatro años. También vio el toque plateado y prematuro en las sienes.

La miraba ceñudo.

-¿Nos conocemos?

-Sí, nos conocimos una vez -respondió con suavidad-. Hace mucho tiempo.

-Perdona... -escrutó su rostro-. Lo recordaré en un momento.

-El tiempo nos cambia a todos -sonrió con melancolía-. Quizá no te habría reconocido si no hubiera estado preparada. Y doce años es mucho tiempo.

-¿Doce...? ¡María Vergine! ¡Joanna!

-¡Al fin! -rió entre dientes después de recobrar la compostura como para verle el lado gracioso-. ¡Qué poco halagador eres!

Él se ruborizó. Joanna recordó lo tímido que era.

-No era mi intención... Bueno, como has dicho, ha pasado mucho tiempo... Me alegro de volver a verte. Pero, ¿cómo es que estás aquí? ¿Formas parte de...? -indicó la excavación.

-Sí. Al final me hice arqueóloga.

Alargó la mano para ayudarla a levantarse.

-Recuerdo que fue lo que siempre quisiste ser -dijo Gustavo-. Solías hablar de ello.

-¡Dios sabe que soportaste mi incesante cháchara al respecto! -le recordó.

-Me gustaba. Eras tan apasionada con tu tema predilecto, que se te iluminaba la mirada. De modo que al final alcanzaste tu ambición y ahora trabajas con la señora Manton quien, según afirma Carlo, es la mejor. ¿Por qué te ríes?

-He de darle las gracias a Carlo por su opinión.

-¿Su...? ¿Tú eres... la señora Manton?

-Me declaro culpable.

Él gimió.

-No sé por qué no se me ocurrió, salvo que eres joven para tener semejante reputación.

-Ah, pero soy la mejor -le recordó, riendo.

-No me cabe ninguna duda. Bueno, me alegra saber que una antigua amiga se ocupa del trabajo.

-No sólo yo. Tengo un equipo que utilizo para los trabajos importantes. Ahora han vuelto a la casa a almorzar.

-Entonces, hagamos lo mismo. Hace demasiado calor para estar aquí.

-Espero que no te importe que hayamos invadido tu casa. Así estamos cerca del trabajo.

-Por supuesto. ¿En qué otro sitio os ibais a quedar?

Joanna empezaba a recuperarse. Aunque seguía siendo un hombre intensamente atractivo, ya no era el príncipe encantado de sus recuerdos. Se sintió aliviada. Todo iba a salir bien.

-Pediré que nos sirvan la comida en mi despacho para que podamos recordar viejos tiempos -indicó él cuando se acercaban a la casa.

Pero en ese mismo momento, Carlo apareció en lo alto de los escalones y los saludó con la mano.

-Tendrá que esperar -indicó Gustavo-. Entremos para que pueda conocer a tu equipo.

La siguiente hora estuvo dedicada a las presentaciones. Gustavo saludó a todos los que participaban en la excavación y compartió bufé con ellos. Se comportó con exquisita corrección, algo que le habían enseñado a hacer desde pequeño, como le correspondía a un príncipe.

De pronto sonrió y Joanna al fin vio algo familiar. Aunque era más una media sonrisa, como si contuviera.una parte de sí mismo. Tal como siempre había sido.

-¿Alguien sabe dónde está mi hija? -preguntó, mirando alrededor.

-Probablemente esté con mi hijo -le informó Joanna-. Se llevan bien.

-¿Tienes un hijo -preguntó-. ¿Cuántos años tiene?

-Diez.

-Y tu marido... ¿está aquí contigo?

-No, nos divorciamos hace un par de años.

-Tenemos que hablar luego. Quiero que me cuentes todo sobre ti.

-Y tú sobre ti -en ese momento algo captó su atención y señaló hacia la puerta-. Ése es Billy, con Renata.

Gustavo se giró en el acto, sonriéndole a la pequeña y yendo hacia ella. Durante un instante muy breve, Renata sonrió, pero el gesto desapareció rápidamente. Apenas respondió al abrazo de Gustavo.

-Éste es mi hijo, Billy -dijo Joanna, acercándose con rapidez-. Billy, te presento al príncipe Gustavo.

-Sólo Gustavo -dijo él de inmediato, alargando la mano.

Billy se la -estrechó con educación, pero Joanna quedó consternada al notar que se mostraba reservado, sin exhibir nada de su habitual afabilidad. Gustavo no reaccionó, pero ella tuvo la impresión de que lo notó.

-Antes de irme -se dirigió a ella-, quiero decirte que tu equipo y tú estáis invitados a cenar esta noche. Algo informal.

Tocó levemente el hombro de Renata, indicándole con la cabeza que lo siguiera. Pero la niña se puso ceñuda y se dio la vuelta. El la

observó un momento, y a Joanna le dio la impresión de que anhelaba que se diera la vuelta y le sonriera. Cuando no lo hizo, se marchó.

Aquella noche, después de darse un baño para eliminar las tensiones junto con el polvo de la excavación, se puso unos pantalones negros de terciopelo y una blusa de un rojo brillante. Se adornó con unos pendientes de oro.

Lily y Claire, que compartían una habitación, se unieron a ella en el pasillo. Lily anhelaba disfrutar de la velada, tal como lo indicaba su vestido de gran escote.

-¡Noche de caza mayor! -exclamó.

Joanna fingió asombro.

-¿Hablas de su excelencia, el príncipe Gustavo de Montegiano? -preguntó-. ¡Vamos, vamos! ¿Dónde está tu respeto por el rango?

-Puede imponérmelo cuando le apetezca -musitó Lily con tono lascivo-. Vamos, tienes que reconocer que está muy bueno. Esos ojos que tiene... Esos músculos...

-¿Es que nunca piensas en algo que no sean los hombres? -quiso saber Sally, apareciendo junto a Hal para bajar con ellos las escaleras.

-Sí, pero paso demasiado tiempo con los que llevan muertos siglos -señaló Lily-. Después de eso, los vivos tienden a parecer muy buenos.

-Yo estoy vivo -indicó Hal.

Por lo que a Lily se refería, vivía en un estado permanente de esperanza.

-¿Y su esposa? -inquirió Sally.

-Están divorciados -explicó Joanna en voz baja-. Pero, por favor, no hables de ello.

-Mi segundo nombre es discreción -mintió Lily-. Ahora en serio, ¿es que estaba loca? ¿Puedes imaginarte a alguna mujer con eso y querer soltarlo?

-¿Podemos hablar de otra cosa? -dijo Joanna con voz tensa.

-Quizá no sea tan maravilloso como aparenta -intervino Claire.

-Y quizá los cerdos vuelen -se mofó Lily.

-No, me refiero como persona -insistió Claire-. Quizá tenga un temperamento desagradable...

-¡Seguiría siendo tan sexy como mil demonios! -corroboró Lily.

-¿Queréis bajar la voz? -amonestó Joanna-. No quiero oír otra palabra sobre el tema- En serio, no puedo llevaros a ninguna parte.

Fue una velada estupenda, llena de risas. Estaban carlo y los niños, con Laura. Habían pasado un par de horas montando a caballo. Renata era una amazona experta y Billy estaba aprendiendo de ella.

La niña mantuvo una actitud fría hacia Gustavo, pero cuando él no la miraba, le clavaba la vista con algo que podría haber sido añoranza.

Si él volvía a mirarla, apartaba la vista con celeridad.

Gustavo quería saberlo todo sobre la excavación.

-Supongo que es demasiado pronto para haber descubierto algo importante -comentó.

-Muy pronto -corroboró ella-. Aún estamos en la fase que Hal llama «ensuciarnos sin nada para mostrar».

Pero, esencialmente, dejó que fueran los demás quienes hablaran. A veces Gustavo le lanzaba una mirada curiosa, aunque rara vez le habló, a pesar de hallarse sentada en ángulo recto a él, que ocupaba la cabecera de la mesa.

Después de la cena, Laura anunció que era hora de que los niños se fueran a la cama. Billy y Renata se despidieron con educación. La pequeña permitió que su padre le diera un beso en la mejilla, pero no le devolvió el beso. Ni él intentó que lo hiciera.

La visión de ese hombre grande e intimidador en apariencia derrotado por la hostilidad de una niña, le provocó un nudo en la garganta.

De pronto la velada perdió todo su encanto para ella y, como si tuviera visión de rayos X, adivinó que a él le había sucedido lo mismo. Charló y sonrió, pero el desaire de su hija había apagado una luz en su interior.

Cumplió con su deber de anfitrión hasta el último minuto, escoltándolos hasta las escaleras y despidiéndose como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pero en secreto, Joanna sabía que anhelaba escapar.

Pero al fin todo acabó y volvió a reinar el silencio en el vestíbulo. Joanna notó una rendija de luz bajo la puerta de la habitación de su hijo y entró.

-Deberías estar dormido, no leyendo -dijo.

-De verdad, mamá, ¿cómo se puede dormir con el escándalo que armáis? -respondió con tono agraviado-. ¿Por qué la gente siempre se despide a voz en cuello?

-De acuerdo -reconoció parte de justicia en ello, aunque no la engañó-. Ya se han ido, así que cierra el libro.

-Vale, mamá.

Se abrazaron y después ella salió al largo corredor. Las luces se habían atenuado y pasó un momento hasta que se dio cuenta de que no se hallaba sola. Gustavo estaba a sólo unos metros de ella, con la mano apoyada en el pomo de la puerta del cuarto de Renata.

Permaneció así largo rato. Luego habló y a Joanna le pareció que decía «Por favor, cariño».

Al no obtener respuesta, apoyó la cabeza contra la puerta.

Joanna se alejó con sigilo, sabiendo que él nunca debía darse cuenta de que había presenciado su dolor privado. Logró llegar a la

habitación y cerrar la puerta sin ser vista.

Había ido allí esperando encontrarse con una escena de felicidad familiar que la ayudara a trazar una línea con el pasado. Pero en su lugar había encontrado desdicha, amargura y la destrucción del mismo matrimonio por el que se había sacrificado.

Era tarde y suponía que debía acostarse, pero la mente le bullía y sabía que esa noche no lograría conciliar el sueño.

Fue a la ventana y contempló la campiña, la fuente en el jardín, el césped fundiéndose con la oscuridad de los árboles. En la distancia ululó un búho.

Desde ahí podía ver el lugar exacto donde había estado una noche, anhelando que Gustavo saliera y compartiera la luz de la luna con ella. Al final se habían reunido, pero la conversación había sido vacilante e incómoda.

De pronto la belleza de la noche se le hizo irresistible. La llamaba, prometiéndole al menos un poco de paz después de las tensiones del día. Salió al corredor, bajó las escaleras y emergió a la terraza.

Ese lugar parecía ajeno al cambio y bien podría haber sido la misma noche.

Pero comprendió que una cosa sí era distinta cuando un sonido desde el rincón la impulsó a girar la cabeza para ver la sombra que se aproximaba.

-Ciao -musitó él.

-¿Cómo has...?

-¿Cómo he llegado tan rápidamente? Bajé por las escaleras de atrás. Eras tú quien estaba en el pasillo, ¿verdad?

-Sí, lo siento. No espiaba. Sólo había ido a darle las buenas noches a Billy y...

-Está bien. No necesitas explicarte. Esperaba que durante mi ausencia ella hubiera... bueno... -se encogió de hombros.

En ese momento pudo ver mejor en la oscuridad y se percató de que había una mesa baja con una botella de vino y dos copas altas. Llenó una y se la pasó.

-¿Esperabas a alguien? -preguntó ella.

-Sí. A ti.

No perdió el tiempo con preguntas inútiles. Claro que sabría que estaría allí.

-Hacía tanto calor fuera, que tuve que salir a respirar aire fresco.

Gustavo asintió.

-Yo vengo todas las noches para disfrutar de la paz y dejar que las tensiones del día se olviden. Siempre regresan al día siguiente, pero este sitio les da perspectiva.

-Renata te culpa de todo, ¿verdad?

-¿Es una conjetura o posees información real?

-Bueno, habla mucho con Billy...

-Pensé que sería eso, por el modo receloso con que me miraba.

-Lo siento, no pretende ser grosero...

-No lo sientas. Si tiene un amigo con el que poder hablar, es lo mejor que podría pasarle. Sé que no habla con nadie más, ni siquiera con Laura. Y necesita a alguien, porque su vida ha quedado del revés en muchos sentidos. Imagino que ya lo sabes todo.

-He oído que Crystal y tú ya no estáis juntos.

-¿Has oído también que tuvo un hijo de otro hombre?

-Sí -reconoció.

-Bueno, entonces ya lo sabes todo -afirmó.

-Gustavo, ojalá supiera qué decir. Debió de ser terrible para ti...

Él movió la cabeza.

-Yo no importo. Renata adoraba a su hermanito. La mayoría de los niños se habrían mostrado celosos, pero ella tiene un corazón cariñoso y lo adoraba. Y entonces le fue arrebatado todo, madre, hermano, la vida hogareña que había conocido... Tiene que atacar a alguien, y yo soy el más cercano, de manera que me he convertido en el monstruo más grande de la creación. ¿Qué se supone que tendría que haber hecho? ¡Dios, qué desastre! ¿Tengo que decirte que, si lo hubiera deseado, Crystal se la podría haber llevado, pero que no quiso? El payaso con el que vive no quiere tener a Renata cerca, y Crystal no se opuso. Dejó a su hija y se marchó sin mirar atrás. Ni siquiera mantiene el contacto. Se supone que debe llamar a Renata, pero no se molesta en hacerlo. Si la llamo yo, pone cualquier excusa y cuelga.

-Comprendo -musitó-. Es que Renata me dijo...

-¿Qué? Es mejor que lo sepa. ¿Qué te ha dicho?

-Que Crystal le compró un teléfono móvil y charlan todos los días.

Gustavo enterró la cara entre las manos.

-Tiene un móvil -comentó al final-. Se lo compré para ayudarlas a mantener el contacto. Y te aseguro que Crystal jamás la llama a ese número. Más aún, mantiene su móvil apagado, para que Renata no pueda llamarla. Todas las semanas me envían los extractos telefónicos para que pueda ver qué sucede -soltó una risa amarga, luego añadió con terrible amargura-: Sería estupendo si mi hija confiara en mí, pero como no lo hace, los extractos me mantienen al día.

-¡Cielos! -susurró Joanna-. Ojalá supiera qué decirte.

-Las palabras son inútiles. No solucionan nada. Lo averigüé hace mucho tiempo.

-¿Y Renata te culpa de todo esto?

-Por supuesto. Eso o reconocer que su madre no la quiere. ¿Qué alternativa le queda a la pobrecilla? Anhelo ayudarla, pero parezco ser la única persona que no puede hacerlo -le dedicó una sonrisa dolida-. Parecen los viejos tiempos. ¿Recuerdas cómo solía confiar en ti?

Estuvo a punto de soltar una exclamación. ¿Había confiado en ella? Buscó en su cerebro algo que pudiera haberle provocado semejantes recuerdos, pero aunque recordaba largas charlas mientras paseaban, no recordaba nada que pudiera catalogarse en el ámbito de la confidencias personales. Sin embargo, era lo que él recordaba.

-Sé que hablábamos mucho -comenzó con cautela-. En especial cuando estábamos aquí.

-Me encantaban esas charlas -corroboró él-. Siempre sentí que podía contarte todo lo que pensaba, y que tú lo entenderías. Nunca he sentido eso con nadie más.

-Pero las cosas de las que hablábamos... -tartamudeó-... eran sólo...

-No importaba de qué hablábamos. Tu mente siempre estaba con la mía. 0 al menos es lo que me hacías sentir. Era una sensación agradable.

Quedó aturdida. ¿Había estado tan absorta en sus propios sentimientos que había pasado por alto el hecho de que Gustavo valoraba de forma particular la relación que tenían?

Por primera vez, pensó que había habido algo egoísta en su amor. Se había enamorado del príncipe encantado, pero no había tenido idea de lo que pasaba por la mente del hombre real.

-Desde luego -añadió él-, años de vivir con una mujer a la no podía serle más indiferente lo que yo pensaba, quizá ha potenciado mi impresión de ti. Joanna, no puedo transmitirte lo que siento al volver a verte. Cuando Carlo me contó que había llegado a un acuerdo con la señora Manton, no tenía ni idea de que serías tú.

-¿Y lamentas que lo sea?

-Claro que no. Me resulta maravilloso que hayamos vuelto a vemos de esta manera. A lo largo de los años he pensado a menudo en ti - recibió una mirada irónica e incrédula-. ¿Por qué me miras de esa manera? -preguntó Gustavo.

-Imaginaría que sería la última persona a la que querrías ver.

-¿Por qué? No nos peleamos. Sólo guardo los mejores recuerdos de ti. A menos que te refieras al hecho de que me comporté mal.

-No lo hiciste. Te comportaste de forma honesta. Y terminar nuestro compromiso también me pareció correcto a mí.

-Pero no del modo en que sucedió, ¿verdad?

-¿Te refieres a que pareciera una flor abandonada? -bromeó-. ¡Vamos! Jamás fui eso. Deberías haberme visto bailar en tu boda.

-Lo hice. Baile tras baile con el mismo hombre. A propósito, ¿quién era? Pregunté y nadie parecía conocerlo.

Casi se quedó sin aliento al saber que Gustavo la había visto aquel día y que había preguntado por su pareja. Había creído que era ajeno a ella.

-Era un amigo de un amigo. Soltó muchos nombres y se comportó

como si fuera su sitio natural. Ese es su estilo, ir por la vida seduciendo y mostrándose tan convincente que nadie lo cuestiona.

-Hablas como si lo conocieras bien.

-Se llama Freddy Manton -explicó con el aire de un mago que acaba de sacar un conejo de la chistera.

-¿Quieres decir...?

-Me casé con él.

Él depositó la copa sobre la mesa con brusquedad.

-¿Estuviste enamorada de él en todo momento? ¿Aprovechaste la oportunidad de romper conmigo por él?

-Imposible. Nos conocimos en tu boda. Después, no lo vi durante un año. Luego nos encontramos y sucedieron cosas. No tuvo nada que ver con lo que pasó entre tú y yo.

-Comprendo -repuso despacio.

Ella no supo si estaba contento o decepcionado. Joanna vació la copa y Gustavo se la rellenó de inmediato.

-Con cuidado -dijo-. No quiero marearme.

-No lo harás. Recuerdo que siempre tuviste una buena cabeza.

Ella rió.

-¡Vaya por lo que me recuerdas!

-Lo recuerdo todo -expuso Gustavo-. Todo. ¿Tú no?

CAPÍTULO 4

SE PREGUNTÓ si ella lo recordaba todo. ¿Y las cosas que tanto se había esforzado por eliminar? -Sí, supongo que sí -respondió.

-Una cosa que siempre me desconcertó fue por qué aceptaste formar parte de aquel carrusel.

-Culpa a la tía Lilian -repuso-. Era una mujer del siglo XIX, cuando las cosas se hacían de esa manera. Supongo que subí a bordo y no supe cómo bajar.

-Hasta el último momento, cuando saltaste dominada por el pánico. Perdóname, Joanna. Jamás supe que te forzaban.

-No fue del todo así -se apresuró a aclarar.

-Ojalá supiera cómo fue exactamente. Después de que rompiéramos, quise hablar contigo antes de la boda,, pero no sabía qué decir.

-No había nada que decir. Ya se había dicho todo.

-¿Sí? -inquirió con voz baja-. ¿0 era imposible decirlo?

-Las dos cosas, claro. Escucha... -dejó la copa, se inclinó y le tomó las manos-... ¿qué sentido tiene ser sabio tantos años después? Se acabó. Sucedió. Ahora somos personas distintas.

Él asintió.

-Es extraño. En una ocasión te conocí bien, y ahora no sé nada de ti.

«Te equivocas», pensó ella. «Jamás conociste lo más importante de mí».

-Me alegro de que te casaras -continuó él-. Deseo que hayas tenido unos años buenos antes del divorcio. Te mereces lo mejor.

-Eres muy amable.

-Es cierto. Aún recuerdo tu generosidad. Si supieras cuánto te admiraba... Eras fuerte y yo era... -se encogió de hombros-. Tuve que ponerme en tus manos.

-Y odiaste eso -comentó con ironía.

-Ahora haces que parezca grosero. Pero a un hombre no le gusta pensar que se esconde detrás de las faldas de una mujer como un ser débil.

-¿Te vuelve débil aceptar ayuda? Yo simplemente estaba mejor situada para realizar las declaraciones. Además, ¿no dicen que el amor vuelve débiles a los hombres fuertes? Y Dios sabe que estabas locamente enamorado de Crystal.

-Sí -convino con solemnidad.

Ante el silencio de Gustavo, se sentó en la barandilla de piedra y alzó una rodilla para apoyar el brazo.

Mirarla lo confundía. Era Joanna y, al mismo tiempo, no lo era. La joven de tanto tiempo atrás aún seguía ahí, pero únicamente como un leve fantasma. La mujer del presente poseía un encanto y una

seguridad con los que la joven jamás habría podido soñar.

La había observado durante la cena, fascinado por cómo se había transformado en una belleza, el ligero bronceado resaltando sus ojos grises y haciendo que la sonrisa le centelleara.

Pero era más que eso, ya que exhibía su autoridad como un manto e iba por el mundo con un aire de superioridad.

Su equipo la llamaba «Jefa», y sólo era broma a medias. Se había ganado el título, no lo había heredado.

Permaneció en la silla, observándola mientras ella contemplaba el paisaje en sombras, el cabello meciéndose con la ligera brisa que era tan bienvenida al final de un día caluroso.

En un momento giró la cabeza hacia él y le sonrió, pero no hablaron. El tiempo pareció fluir sin que lo notara, y la sorprendió ver las primeras vetas de luz en el cielo.

-¿Es el amanecer? -preguntó.

-Sí, pero sólo son las cuatro de la mañana.

-Cierto. Solía quedarme ante la ventana de mi habitación para contemplarlo. Era glorioso.

-Espero que incluso entonces soñaras con el gran palacio perdido -sonrió.

-Ese palacio había llenado mis sueños -recordó-. Ser quien lo desentierre lo significa todo para mí. Recuerdo el día que me hablaste de él y me llevaste al lugar donde se suponía que se había levantado mil quinientos años atrás.

-Pero no era el lugar correcto, ¿verdad?

-Según todos los libros, debería haber estado allí. Pero el de verdad apareció a unos ochocientos metros de distancia. Carlo me dijo que lo encontraron por casualidad, cuando parte de la tierra se asentó, dejando una marca en el terreno.

-Así es. Lamento no haber estado cuando llegaste. Me habría gustado ser quien te llevara al asentamiento, y ver tu cara.

-Probablemente pareciera una niña el día de Navidad.

-Sí, es lo que me habría gustado. Me habría encantado ver tu entusiasmo -tras una pausa, añadió-: Deja que te lleve ahora, Joanna, antes de que despierte el resto del mundo.

-De acuerdo -aceptó con ilusión.

Tardó cinco minutos en llevar el coche a la parte de atrás, y juntos cruzaron el terreno cada vez más iluminado.

El emplazamiento apareció a la vista, silencioso a la luz gris de la mañana. Bajaron y se acercaron para contemplarlo.

-Es un trabajo lento -le dijo-. Sólo en esta parte hemos desenterrado cimientos. Allí, aún está cubierto de hierba. Debemos ir despacio para cercioramos de que conservamos lo más posible en buenas condiciones.

-¿Cuántas veces habré caminado por aquí sin sospechar nada? -musitó-. Con un poco de suerte, podría representar mi salvación.

-¿En qué sentido?

-Debo pagarle la deuda a Crystal. Cuando nos casamos, invirtió mucho dinero en este lugar. Ahora lo quiere recuperar. Desde luego, tiene derecho, de modo que he de reunir el dinero.

-¿Puedes conseguirlo?

-He logrado pagarle parte de la deuda, lo que ha ayudado a mantenerla tranquila una temporada. Pero voy a tener que conseguir una buena suma, y pronto.

-Parece que la situación está bastante mal.

-No soy pobre. Como puedes ver, vivo bien. Carlo me ha dicho lo que voy a pagar por tus servicios y podré conseguirlo, porque es una buena inversión. Pero si pudieras desenterrar un jarrón de oro macizo, preferiblemente de dos mil años de antigüedad, más alguna prueba de que en algún momento perteneció a Julio César, quien a su vez lo recibió de Cleopatra, te estaría agradecido.

-Los milagros suceden.

-Lo sé -corroboró con voz inaudible.

-¿Qué?

-Nada -se apresuró a responder-. Dime, ¿qué es eso que veo ahí? Parece un pueblo entero.

-Viajamos con todo lo que necesitamos. Una de esas tiendas es una cantina improvisada.

-Ésa es otra cosa que recuerdo de ti, tu independencia. «Sé independiente y no le debas nada a ningún hombre». Ése era tu lema.

-Estoy segura de que jamás dije algo así.

-No te hizo falta. Sólo tenías dieciocho años, pero incluso entonces, había algo en ti que era completo en sí mismo.

-Entonces, probablemente tuviste suerte de no casarte conmigo -comentó con ligereza-. La gente autosuficiente puede ser terrible para convivir. A menudo sabe dar pero no recibir, y eso puede ser igual de dañino.

-Bueno, podría ser un cambio de alguien que sólo sabía tomar y nunca en la vida dio nada -comentó con ironía. Aunque de inmediato se retractó-. Por favor, olvida que he dicho eso. He decidido no criticar a Crystal, aunque a veces me cuesta mantenerlo. Sin embargo, aún es la madre de mi hija.

-Por supuesto. Y en cuanto a lo que decías, no creo que tuvieras razón conmigo.

-Bueno, siempre me pregunté cómo de real era tu armadura. Era como si hubieras decidido ser de esa manera, aunque no se me ocurre la causa. Tal vez te sentías más segura.

Iba a protestar cuando recordó el juramento de no volver a amar o

sentir con la intensidad con la que había amado a Gustavo. Entonces había optado por la autosuficiencia pero, ¿habría estado su semilla desde mucho antes en su corazón? ¿La habría percibido él?

-Mira -dijo él de repente, señalando hacia arriba.

El gris se había desvanecido y un resplandor aparecía en el cielo a medida que el sol se preparaba para salir. No obstante, aún era lo bastante temprano como para sentir una ligera brisa.

-Siempre he pensado que éste es el momento perfecto del día -comentó Gustavo.

-Sí.

Se hallaba un poco más atrás que ella y sintió que apoyaba las manos en sus hombros. Luego, ninguno se movió mientras contemplaban la luz crecer en intensidad y el sol refulgió detrás de una nube y tuvieron que protegerse los ojos.

-Supongo que será mejor que volvamos -dijo él con renuencia.

En el trayecto de regreso, Joanna no habló. Su visión interior estaba llena de la gloria que había visto, y de la gloria aún mayor que sentía.

Intentaba no oír la vocecilla de advertencia que en ese momento sonaba más urgente.

«Vete de ahí. Antes de que sea demasiado tarde».

Pero ya era demasiado tarde.

Asuntos de negocios, tanto financieros como de la propiedad, reclamaron a Gustavo los siguientes días. En las varias veces que tuvo que ir a Roma, siempre había elegido una ruta que lo hacía pasar por delante de la excavación, fascinado por el modo en que la zona se había vuelto irreconocible.

A veces se detenía y dejaba que le mostraran las otras tiendas, que contenían mesas sobre las cuales se habían depositado pequeñas piezas de ladrillos y cerámica.

Un mediodía que volvía de la ciudad, vio a Joanna trabajando con su equipo en una de las tiendas.

Entró y agradeció la atmósfera fresca del aire acondicionado autónomo. Vio a Billy en un rincón, concentrado en la pantalla de un ordenador portátil, tecleando algo al tiempo que hablaba con Renata, que no se perdía ni una sola palabra. Los observó con satisfacción e intercambió una mirada con Joanna.

-Gracias -musitó-. Es justo lo que necesita en este momento.

-Creo que ella le está dando a Billy algo que también él necesita.

-Sí, imagino que la adoración del héroe puede ser muy embriagadora cuando tienes diez años -convino con una sonrisa.

Se acercó a los niños con andar relajado, miró la pantalla y

preguntó qué hacían. Billy respondió con jovialidad, y hasta Renata le dedicó una leve sonrisa, algo que alegró a Joanna. Cuando Gustavo le habló directamente a su hija, ésta se puso a explicarle algo.

Joanna se acercó con discreción.

-Aprendes deprisa -le decía Gustavo a su hija.

-Joanna dice que se me da bien -le informó la pequeña con solemnidad.

-Así es -confirmó ella-. Nunca hay que explicarle algo dos veces.

-Chica lista -Gustavo le sonrió. Su hija le devolvió la sonrisa y por una vez no hubo tensión en su carita. «Por favor, que sea siempre así», pensó Joanna.

En ese momento sonó el móvil de Billy. Lo alzó y sonrió ante algo que apareció en la pantalla.

-Es mi papá -les dijo-. Me envía chistes malos por mensajes. ¡Este sí que es malo! De hecho, no hay nadie que cuente chistes peores que él.

-Creo que a mí se me ocurrirían algunos -comentó Gustavo.

-¡No! Papá es el campeón de los malos. El mejor de la clase. ¡Mirad!

-¿Qué significa? -preguntó Renata, mirando las palabras en inglés.

Él se las explicó, pero la pequeña seguía desconcertada.

-Creo que ha perdido algo en la traducción -expuso Gustavo, tocándole el hombro con suavidad.

-Ése es el problema con los chistes realmente malos -explicó Billy con solemnidad-. Cuando los explicas, sufren una muerte horrible -Billy se puso a responder con dedos hábiles. La respuesta le llegó unos momentos más tarde y le provocó un estallido de risa-. Es el peor chiste que he leído jamás -exclamó.

-No dejes que te gane -dijo Joanna-. Tú puedes con él.

Los demás lo rodearon y aportaron sugerencias que se fueron haciendo cada vez más tontas, hasta que todo el mundo reía a carcajadas.

Todos menos Renata. En algún momento había visto el contraste entre la experiencia de Billy y su propio móvil silencioso. La cara se le puso rígida al luchar por contener las lágrimas.

Joanna y Gustavo se miraron y ella le transmitió un mensaje de socorro. Él intentó acercarse a la niña, pero ésta se apartó con toda la hostilidad que, tras un fugaz descanso, había vuelto a aparecer. Al siguiente instante, abandonó la tienda.

Gustavo hizo ademán de seguirla, pero Joanna movió la cabeza y él se detuvo, contenido por una confianza instintiva en ella mientras Joanna iba a buscar a Renata.

La pequeña había saltado a la excavación y estaba sentada con la espalda apoyada contra un pequeño muro que acababan de desenterrar. Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas y apoyaba la

cabeza en ellos con una actitud de silenciosa desesperación.

Joanna fue a sentarse a su lado y apoyó la mano en su brazo en un contacto leve.

-Lamento que eso te perturbara -dijo.

-No lo hizo, no realmente -desafió la pequeña-. Sólo me recordó lo mucho que echo de menos a mamá. Llamó esta mañana para decirme que me quería y planear nuestra escapada. Va a ser muy pronto, pero no se lo contarás a papá, ¿verdad?

-No, no se lo contaré -susurró.

«No habrá necesidad», pensó al percibir que Gustavo se acercaba, quedándose fuera de su vista.

-Porque si lo supiera... -la voz le tembló-... intentaría detenerme.

-Quizá haría eso porque te quiere -sugirió Joanna-. Creo que te quiere tanto que no soporta la idea de estar sin ti. ¿Has pensado eso alguna vez? -Renata movió la cabeza con vigor-. Pues tal vez deberías. Después de todo, piensa en lo solo que debe de estar. Tú eres todo lo que le queda. ¿Cómo puedes pensar en dejarlo solo en este lugar magnífico?

Por un momento, pensó que había llegado hasta la pequeña, porque la expresión se le despejó, pero luego dijo:

-Pero papá hizo que mamá y el pequeño Ton¡ se marcharan. ¿Por qué iba a hacerlo si se iba a sentir solo?

-No creo que fuera así. Tal vez deberías pedirle que te hablara de lo que pasó.

-Pero lo intento. Él me da largas y no me quiere contar las cosas bien, así que sé que me miente.

-No te miente. Lo que pasa es que hay algunas cosas que le resultan muy difíciles de expresar. Necesita que lo ayudes, y que cuides de él.

-¿Cuidar a papá? -repitió Renata con incredulidad-. No necesita que nadie lo cuide.

-¡Si supieras lo equivocada que estás...! Renata se levantó de un salto.

-¡No lo estoy, no lo estoy! ¡Te odio, y odio a papá! ¡Odio a todo el mundo, pero más que nadie a papá! ¡Lo odio, lo odio, lo odio!

Se alejó corriendo. Billy salió de la tienda y fue tras ella.

-¡No salgas con este sol! -gritó Joanna.

-No pasa nada -dijo Hal, yendo hacia el todoterreno más cercano-. Los recogeré y los llevaré a la casa.

-Gracias, Hal -continuó hasta la entrada de la tienda-. Todo el mundo de vuelta a la casa a comer.

Como esperaba, no desperdiciaron esa oportunidad. Al siguiente instante, todos los coches ponían , rumbo a la casa, dejándolos a Gustavo y a ella solos.

Él se había apartado un poco, situándose bajo la sombra de un

árbol, de espaldas a ella. Joanna sólo podía imaginar la agonía que sufría. ¿Podía haber dolor mayor que oír a la hija que más quería en el mundo gritar que lo odiaba?

Se acercó y le tocó un hombro.

-No significa nada, Gustavo. Todos los niños dicen esas cosas.

-Sí -se volvió-. Las dicen cuando les dan pataletas por cosas triviales, pero esto no era trivial. Se le está rompiendo el corazón y creía cada palabra que pronunciaba.

Ella pudo ver que había estado llorando; carecía de fuerzas para tratar de ocultarlo.

-Gracias por lo que intentaste hacer -añadió con voz ronca.

-Sabes que te ayudaré en todo lo que pueda, Gustavo, pero no lo entiendo. ¿De dónde saca esa fijación Renata?

-Cuando Crystal se marchó, Renata la vio irse y bajó las escaleras a la carrera, tratando de aferrarse a ella. Crystal dijo que luego mandaría a buscarla, y se subió al coche. Renata trató de'subirse con ella, y fue ahí cuando la sujeté, intentando que no la hiriera más.

-¿Ése es el origen de su historia de que tú la mantuviste alejada de Crystal?

-Sí. Ya no estoy seguro de que recuerde algo de la realidad. Yo soy el monstruo que la arrebató de los brazos de su madre, y se lo ha repetido tantas veces, que ya se ha convertido en su verdad. Crystal jamás envió a buscarla y éste es el único modo en que puede encararlo.

-Hablaré con ella cuando se haya calmado -prometió Joanna-. 0 quizá canalice algunas cosas a través de Billy. Quizá a él lo escuche.

Él intentó sonreír y hablar con normalidad.

-Soy afortunado de teneros a los dos aquí, porque sin vosotros no sé... -era demasiado. Al siguiente instante se derrumbó-. ¿Qué voy a hacer? -murmuró-. Ayúdame, Joanna. No tengo nadie más a quien recurrir. ¡Ayúdamel

Lo rodeó con los brazos para consolarlo y sintió que se aferraba a ella con desesperación.

-Querido, por supuesto que te ayudaré. Haré todo lo que esté a mi alcance. Abrázame. Todo se arreglará, ya lo verás. Te prometo que todo se arreglará.

CAPÍTULO 5

CUANDO llegó la noche, Joanna no regresó a la casa a cenar; permaneció en el emplazamiento para contemplar la puesta de sol. Más que nunca, en ese momento quería estar sola. Los acontecimientos del día la habían sacudido.

Había ido a Montegiano preparada para repeler cualquier rebrote de los antiguos y apasionados sentimientos. Lo que no había imaginado era que encontraría a Gustavo herido. Eso sería mucho más difícil de resistir. Tal vez imposible.

Alzó la vista al oír su coche. Se había preguntado si iría a buscarla, llegando a la conclusión de que lo más probable sería que no lo hiciera. El momento en que había buscado consuelo en sus brazos había sido efímero. Luego, se había mostrado nervioso y había insistido en llevarla a la casa a almorzar. Otro motivo por el que evitaba la cena.

Al bajar del vehículo, sonreía como si todo fuera perfectamente normal, y Joanna comprendió que tenía intención de actuar como si no hubiera pasado nada. Como si no se sintiera avergonzado de su «debilidad».

-Te he traído algo para comer -dijo-. Me dijeron que no te presentaste a cenar.

De modo que tampoco él había ido.

-Gracias -repuso-, pero no tenías que haberte molestado. He comido un sándwich y tomado una cerveza -agitó la lata.

-Eso no es suficiente para alguien que trabaja muchas horas bajo este calor -desenvolvió un poco de pollo para ella-. Enfermarás si no te cuidas.

-Soy invulnerable -comentó con ligereza-. Nada me hiere jamás.

-Es la gente que dice esas tonterías la que resulta herida -le informó-. Deberías tener más sentido común.

-Siempre he sido famosa por mi sentido común. Solían decir de mí: «Puede ser más aburrida que una muerta, pero hay que reconocer que tiene sentido común».

-Supongo que lo perdiste cuando dejaste de ser aburrida -contradijo-. Aunque jamás lo fuiste.

-¿No te aburría hablándote todo el tiempo de historia?

-Nadie me aburre cuando habla de mi casa -indicó-. Incluso entonces estaba impresionado por tu conocimiento.

-Pero se suponía que éramos una pareja -le recordó-. Y ahí estábamos, hablando de Julio César.

-No siempre era Julio César.

-Cierto. También hablábamos de Lucrecia Borgia. Ambos rieron.

Ella se llevó la lata a los labios, echó la cabeza atrás y se la terminó con un suspiro de placer.

-No te cuidas adecuadamente -repitió él.

-No necesito ocuparme mucho de mí. Tengo todo lo que quiero. Mira -indicó los cimientos a medio revelar que se extendían ante ellos.

-Joanna... -comenzó con incertidumbre.

Ella le tocó la mano y se alejó lentamente, bajando los pocos escalones que llevaban al sitio donde ya comenzaban a perfilarse los cimientos y algunos azulejos. Mientras seguía mirándola, ella se puso de rodillas y pasó los dedos por los mosaicos, donde empezaba a verse el perfil de un patrón.

Luego se incorporó y contempló todo el emplazamiento, que se extendía por casi media hectárea. No habló, pero no le hizo falta. No podría haber dicho con más claridad «Este es mi reino».

-Joanna -repitió con suavidad. Cuando pareció que no lo había oído, la tomó por los hombros y la giró-. Joanna -la sacudió con delicadeza-. ¿Dónde estás?

Le dedicó una sonrisa, aunque irradiaba un aire soñador.

-Aquí -le aseguró.

-No lo creo. A veces creo que el mundo real no es muy real para ti.

-¿Crees que éste es el único mundo real? -preguntó sorprendida-. ¿El pasado no es real? Para ti, de entre todas las personas, debería serlo. Pensaba que entendías la emoción de pasar a otro universo donde las reglas son diferentes.

-Pero no más reales que el presente -comentó con cierta urgencia ante el estado extraño en que la veía.

-Es como viajar, explorar lugares maravillosos. Es la mayor emoción que existe.

-Creo que tu mundo está habitado por algunas criaturas muy extrañas. Resulta alarmante -estudió su rostro-. Tú misma resultas un poco alarmante.

Lo miró con una sonrisa. El resplandor del sol se posaba en su cara. Sin saber lo que hacía, ni por qué lo hacía, le quitó el sombrero, para que el sol también le tocara el cabello, dando la impresión de que se lo convertía en oro. Su visión lo inmovilizaba.

Joanna se sintió invadida de calidez, aunque no supo si por el sol o por otra causa. Sólo sabía que era algo hermoso y dulce, y que quería que durara para siempre.

-Joanna... -susurró Gustavo.

El sonido chillón que salió del bolsillo de ella pareció atravesarlos a ambos, quebrando el hechizo.

-¿Qué es eso? -preguntó él tenso.

-Mi móvil -gimió, sacándolo para contestar.

-¿Jo? Soy Etta.

-¿Quién? -tenía la mente en blanco.

-¿Cómo que quién? ¡Henrietta Rannley, tu prima segunda! Te

llamo desde Inglaterra. ¿Ahora me recuerdas?

-Por supuesto -trató de recobrarse.

Etta era la hija de Lord Rannley, el conde cuya mansión había sido fondo para su drama doce años atrás. Siendo una niña entonces, Etta había sido dama de honor de Crystal.

-Esperaba tener noticias tuyas -reprochó Etta.

-Lo siento... ¿sobre qué?

-Mi boda, por supuesto. ¿Vas a venir o no? Se suponía que me lo ibas a comunicar.

-¡Cielos! Etta, lo siento tanto... Yo...

-Te has involucrado con algunos huesos antiguos que han ocupado el primer lugar en tu lista de prioridades, ¿verdad?

Sonaba divertida. Como todos sus amigos y familiares, había aprendido a ser tolerante.

-No ha sido así... -comenzó con poca convicción.

-Sí lo ha sido. Te conozco. En todo caso, ¿puedes desligarte de lo que estés haciendo por un par de días?

-No lo sé. Lo intentaré.

-Bien. Te apuntaré como confirmada.

Colgó y descubrió que Gustavo se había alejado. Quizá fuera simple cortesía para que pudiera hablar en privado, pero supo que el momento para él había pasado, y lo que pudiera haber significado había terminado.

Pero algo en ella se rebeló en contra de recorrer otra vez ese camino. No era una joven enamorada, dispuesta a sucumbir fácilmente a la dulce y peligrosa magia. Unos días lejos de allí la ayudarían a situar todo en perspectiva.

-Creo que me gustaría volver a la casa, después de todo -dijo, reuniéndose con él-. Necesito una comida apropiada.

-Por supuesto -aceptó con cortesía-. Deja que te lleve.

Con eso en mente, regresaron a la casa. De camino, comenzó a hablar de cosas indiferentes, y cuando llegaron, había logrado convencerse de que lo había imaginado.

Más tarde, cuando bajó, Carlo dijo que Gustavo no iba a acompañarlos. Había recibido una llamada urgente de un conocido de negocios en Roma que lo mantendría alejado varias horas.

Por la noche entró en la habitación de su hijo.

-Billy, ¿te importaría si me marchara unos días?

-No. Supongo que ni me enteraría de que te habríasido -manifestó con una sonrisa.

-¡Cuidado con lo que dices, descarado! -le revolvió el pelo.

-En serio, mamá, ahora que he empezado a montar

a caballo, me lo estoy pasando como nunca. Además -añadió-, creo que Renata lo lleva mejor cuando estoy con ella.

Joanna asintió.

-Yo también lo creo. Será una semana. Máximo.

La observó con mirada sarcástica.

-¿Tienes un novio?

-No, iré a la boda de Etta, y como sigas por ese camino, te obligaré a acompañarme. En una ocasión me preguntó si podrías hacer de paje...

-Seré bueno, seré bueno -alzó las manos en un gesto teatral de rezo.

Ella rió y le dio un beso de buenas noches. Pero al volverse, recordó algo.

-¿Sabes cómo le está yendo a Gustavo con Renata?

-No muy bien -respondió-. Ayer lo oí hablar con ella. Empezó bastante bien, tratando de ser agradable y todo eso. Pero'terminó por decirle que ella tendría que hacer lo que le dijeran.

-Oh, dame paciencia -gimió ella-. Sus intenciones son buenas. De verdad que no es el monstruo que crees, Billy.

-Lo sé. Como has dicho, hace lo que puede, pero no parece saber lo que debe decir.

-Parece lo habitual en él. Buenas noches.

Esa noche durmió poco, tratando de silenciar la voz que insinuaba que no era demasiado tarde para cambiar de parecer. Podía olvidarse del viaje y quedarse allí.

Finalmente tomó una decisión. Si la perspectiva de unos días lejos podía reducirla a un manojo de nervios, entonces era el momento de irse.

A la mañana siguiente habló con Laura, que estaba totalmente bajo el hechizo de Billy, y la mujer prometió cuidar bien de él. Carlo prometió lo mismo.

-Es un gran chico -dijo-. No se preocupe. Intentaré controlarle las travesuras y, si fracaso, me cercioraré de que usted nunca se entere.

-Parece que lo tiene todo planeado. Será mejor que vaya a hablar con Gustavo ahora.

-Me temo que aún no ha vuelto.

-¿Se refiere... a que no ha vuelto desde anoche?

-Exacto. Lo hace a veces. Si ha asistido a una buena cena, prefiere no conducir de vuelta.

-No, claro.

-Y a veces puede haber otra causa -apuntó Carlo con delicadeza.

Durante un instante, ella no lo entendió.

-¿Otra causa?

-Bueno, hace meses que se marchó su esposa, y Roma está llena de

damas atractivas que no buscan compromiso. No se le puede culpar...

-Sí, comprendo -se apresuró a confirmar-. Bueno, ya lo veré más tarde.

Se marchó antes de que pudiera informarle de más cosas y fue a su habitación, maldiciéndose por su propia estupidez. ¿Qué había sido de su buen juicio?

Guardó algo de ropa en una bolsa, luego fue al emplazamiento y pasó una hora hablando con su equipo, en absoluto inquieto por tener que arreglárselas sin ella.

De pronto vio el coche de Gustavo acercarse y continuar de largo, sin detenerse. No le quedó más remedio que seguirlo.

Llegó a la casa unos diez minutos más tarde y fue a buscarlo a su estudio. Como el resto de la mansión, era impresionante, con estanterías de libros que llegaban hasta el techo.

Él alzó la vista cuando entró y sonrió fugazmente, pero Joanna tuvo la impresión de que no estaba más relajado que ella.

-He venido a decirte que me voy a Inglaterra unos días -anunció.

-¿Qué has dicho? -la miró fijamente.

-He de comprobar unas cosas en el Museo Británico -también pensaba hacer eso. Parecía más discreto no mencionar la boda.

Gustavo dejó el papel que sostenía.

-No lo entiendo -dijo con sequedad.

-Me voy a Inglaterra unos días.

-Tonterías -espetó-. No puede haber necesidad para eso.

Informarle de su decisión no debería haber representado más que una formalidad. Lo último que había esperado era oposición, y surtió el efecto de despertar su obstinación.

-Creo que yo estoy más preparada para juzgar dicha necesidad -expuso con frialdad.

-Tienes tus obligaciones aquí.

-Soy consciente de mis responsabilidades, pero debes dejar que sea yo quien decida la mejor manera de satisfacerlas.

-¿Y tu equipo? ¿Cómo se arreglará?

-Si mi equipo no pudiera trabajar solo, no sería mi equipo.

Los ojos de Gustavo adquirieron una expresión dura.

-¿No sería mejor que consultaras con los museos italianos?

-Hay cosas que sólo puedo encontrar en el Museo Británico.

-No es una buena idea -aseveró con tono cortante-. Preferiría que no fueras.

Joanna lo observó con la cabeza ladeada. Por lo general él era tan ceremonioso, que verlo airado resultaba desconcertante.

-Gustavo -dijo con suavidad-. No te estoy pidiendo permiso.

-Quizá deberías. En este momento soy tu jefe.

Ella respiró hondo y respondió con calma.

-Aunque fueras mi jefe, no significaría que controlaras cómo paso cada momento de mi tiempo.

-¿Qué quieres decir con «aunque fueras»?

-Hablando con precisión, tú has contratado a Manton Research, y yo trabajo para la empresa. La única persona con derecho a darme órdenes es la directora general.

-¿Y quién es?

-Bueno, en realidad, soy yo, pero...

-En ese caso, Señora Directora General, tengo una queja que plantear sobre una de sus empleadas, una mujer que cree que puede hacer su trabajo a larga distancia. Le estoy pagando a su empresa por los servicios de ella y espero que me los proporcionen.

La voz de Joanna sonó tensa.

-Si Su Excelencia quiere tomarse la molestia de estudiar el contrato que firmó, verá que todas esas decisiones son prerrogativa de la directora general. Y sólo yo decidiré cómo debe emplear mejor su tiempo la señora Manton.

-Entonces, sólo me cabe decir que la considero muy poco profesional y le sugiero que reflexione sobre ello.

Joanna lo miró fijamente, tratando de controlarse. Ese no era el Gustavo que había creído conocer, sino un hombre precipitado y arrogante que se atrevía a juzgarla.

Se le pasó por la cabeza que si se estaba marchando para evitar volver a encender viejos sentimientos, ya no necesitaba molestarse: Permanecer en compañía de Gustavo sería suficiente protección.

Pero se hallaba demasiado encendida para ceder en ese momento, y el temperamento de él también iba en aumento.

-¿Es así como trabajas habitualmente? -demandó él-. Aceptas un trabajo, lo cumples durante unas semanas y luego desapareces y dejas el resto de la tarea a tus subalternos. Supongo que te espera otro trabajo y que llevarás los dos al mismo tiempo. Bueno, deja que te aclare que no toleraré...

-¡Cómo te atreves! -bramó-. Deberías avergonzarte de decirme algo así a mí.

Tuvo la gentileza de mostrarse incómodo.

-De acuerdo -espetó-. He ido demasiado lejos.

-Muy lejos -replicó ella.

-Retiro mis palabras, pero no mi oposición. ¿Cómo sé que volverás?

-Porque soy una mujer de palabra -manifestó indignada-. Cuando acepto un trabajo, lo termino. Cuando digo que haré algo, lo hago, y lo que digo ahora es que me iré a Inglaterra.

-Si lo haces, es en oposición a mis deseos.

-Viviré con ello -soltó, marchándose antes de que Gustavo pudiera



contestar.

CAPÍTULO 6

VIO A Billy mientras cruzaba el vestíbulo y le indicó que la siguiera por las escaleras hasta su habitación.

-Lo siento, cariño -le dijo una vez dentro-. Cambio de planes. Vienes conmigo.

-No voy a ser un paje -se rebeló.

-No lo serás, trato hecho. Ahora ve a guardar algunas cosas en una bolsa.

-Pero dijiste que podía quedarme...

-Ya no.

Fue a su propia habitación y comenzó a hacer la maleta, enfureciéndose más con cada momento que pasaba. La negativa de Gustavo a ser razonable, más su arrogancia, la habían aturdido.

La llamada a la puerta fue tentativa, incluso nerviosa. Todavía echando chispas, la abrió.

Allí estaba Gustavo.

-¿Puedo pasar?

Se apartó para dejarlo entrar y cerró la puerta a su espalda.

-¿Me sigues hablando? -quiso saber él.

-Lo justo.

-Supongo que es más que lo que merezco. Joanna, por favor, perdona mi malhumor. No sé qué me pasó. Desde luego, debes irte si... si lo consideras necesario.

Ante esa muestra de arrepentimiento, su indignación se evaporó. Lo miró con los brazos en jarras y la cara llena de una exasperación cariñosa.

-¿Cómo has podido creer que no volvería?

-Suena demencial, lo sé. Lo que pasa es que el emplazamiento es muy importante para mí y, desde luego, me importa que la directora esté presente.

Parecía tímido, como un hombre que oculta sus verdaderos pensamientos. No se permitió especular acerca de cuáles podrían ser.

-Mamá -dijo Billy, entrando-, ¿necesito guardar mi...? -calló al ver a Gustavo.

-¿Tú también? -preguntó Gustavo con celeridad-. No querrás marcharte cuando empiezas a montar tan bien a caballo, ¿no?

-En un principio, esperaba poder dejar a Billy aquí -indicó Joanna-. Pero entonces...

-Y espero que lo hagas -interrumpió él-. Sabes que estará bien, y Renata se sentirá sola sin su compañía.

-Eso estaría mejor -admitió Joanna-. Gracias. De acuerdo. Billy, puedes volver a guardar tus cosas.

-Pero si me acabas de decir lo contrario...

-Bueno, pues ahora te vas a quedar, así que puedes guardar tus

cosas.

En silencio, Billy miró a uno y a otro y se rascó la cabeza.

A última hora de la tarde Joanna se hallaba en Londres, instalada en el Ritz, aliviada por haberse alejado de Gustavo.

Su arrepentimiento había sido bienvenido, pero no había desterrado el recuerdo de la pelea, en la que había visto una faceta de él que la había asombrado... la de un hombre que exigía el derecho a salirse con la suya, que podía ser autocrático con cualquiera que lo desafiara.

Suponía que era algo inevitable en su posición, pero era algo nuevo para ella, y había hecho que se diera cuenta de que había sido afortunada en escapar.

Realmente debía consultar con el Museo Británico, aunque quizá era menos urgente que lo que había dado a entender. Pasó tres días investigando allí. Todas las noches llamaba a Billy, lista para regresar en el acto si llegara a parecer desdichado. Pero la voz alegre siempre la reafirmaba.

-¿Cómo está Gustavo? -preguntó con cortesía la tercera noche.

-Un poco tenso en estos momentos -observó Billy-. Creo que tiene acciones en una línea aérea.

-¿Acciones en una...? Billy, ¿de qué estás hablando?

-Están todas en huelga. Todos los aeropuertos del país han cerrado.

-Oh, sí. Creo que anoche vi algo en las noticias. Pobre Gustavo. Tiene mala suerte. ¿Anda por ahí para que pueda hablar con él?

-No, ha salido esta tarde.

Al colgar, se preguntó si pasaría también la noche fuera.

A la tarde siguiente, regresó al hotel cansada, acalorada y con ganas de darse una ducha. Sabía que no tenía su mejor aspecto. Al recoger los mensajes, la recepcionista le dijo:

-Un caballero la espera.

Antes de volverse para verlo, Joanna supo quién quería que fuera por encima de cualquier otra persona del mundo.

Se había incorporado cuando ella entró, y permanecía quieto observándola, con una sonrisa insegura. Fue hacia él, encantada de verlo.

-No entiendo -dijo-. ¿Cómo es que estás aquí?

-Tenía negocios en Londres.

-Qué coincidencia que ambos nos alojemos aquí.

Él se encogió de hombros.

-Siempre me alojo aquí, y supuse que tú también podrías hacerlo, de modo que pregunté en la recepción.

-¿Los aeropuertos han vuelto a abrir?

-No tengo ni idea. Ayer estaban cerrados, así que tomé el tren.

-¿Todo ese trayecto por tren? Has debido de tardar...

-Veintiocho horas.

-Sí que son importantes tus negocios.

El asintió, sin quitarle la vista de encima.

-Sí -musitó-. Lo son.

Ella no contestó y, de pronto, ambos se sintieron incómodos. El momento no era el apropiado.

Él miró los libros que Joanna tenía bajo el brazo.

-¿Del museo?

-Sí. Un capricho que me di en la tienda.

-Parecen pesados. ¿Me permites llevártelos?

Se los entregó. Juntos fueron al ascensor, y luego hasta la suite de Joanna.

-Necesito beber algo -dijo, descalzándose-. ¿Quién pensaría que se podía estar tan cansada sólo de leer manuscritos?

-Papeleo -convino él-. Te garantizan un dolor de cabeza.

Hablaban de naderías para ganar tiempo y espacio. Una vez superado el primer encuentro, se sentía desconcertada de verlo. No era el hombre al que había tenido tan cerca en la excavación ni el autócrata que se había enfrentado a ella. Parecía terriblemente cansado, como alguien que ya hubiera recibido demasiados golpes y se tensara para recibir más. Se lo confirmó al aceptarle un whisky, bebida con la que nunca antes lo había visto.

Se lo bebió de un trago y confesó con voz atribulada:

-Te mentí. Sabía que estabas aquí. Se lo pregunté a Billy.

-No me lo contó.

-Le hice jurar que guardaría el secreto. Le dije que quería sorprenderte y que no debía estropearlo.

-Apuesto que eso le encantó.

-Sí. Te envidio. ¡Qué hijo tienes!

Recordó que el hijo que él había tenido no era su hijo, pero no se le ocurrió nada que decir que no le pareciera terriblemente trivial.

-¿Otra copa? -preguntó con suavidad.

-No debería. Voy a invitarte a cenar, así que será mejor que mantenga la cabeza despejada.

-Olvídalo. Cenaremos aquí y yo seré la anfitriona.

-Gracias -extendió la copa y ella le sirvió otro whisky.

-También mentí en lo de los negocios -reconoció-. Sólo te seguí. No podía soportar que te fueras enfadada conmigo, aunque me lo mereciera.

-No estaba enfadada... -comentó, pero él la interrumpió.

-Sí que lo estabas, y tenías razón. Me comporté de forma abominable.

-No creo que fueras abominable -afirmó, aunque era exactamente lo que había pensado-. Sólo me sorprendió un poco. Jamás te había visto de esa manera.

El esbozó una leve sonrisa.

-No quería que te fueras y no se me ocurrió otra manera de decirlo. Me temo que tiendo a recurrir a las órdenes cuando... cuando me siento en desventaja. No debería haber actuado de esa manera, y menos contigo.

-No me debes nada.

-Los dos sabemos que estoy en deuda contigo, pero... hablemos de eso luego. Primero dime por qué te fuiste de Montegiano.

-Ya te lo dije...

-Sí, sí, una bonita historia acerca de trabajar en el Museo Británico.

-Realmente he estado allí, y he descubierto algunas cosas fascinantes...

-Joanna, por favor, ¿podemos olvidarnos de ruinas antiguas durante un rato, incluso de mis ruinas? Ahora mismo, no me parecen importantes.

-Jamás pensé que te oiría decir eso.

-Yo tampoco, pero a veces... ¿Te marchaste para alejarte de mí?

-¿Qué quieres decir... exactamente... con eso? -preguntó con cautela.

-¿Hago que las cosas te resulten demasiado difíciles... debido al pasado?

-¿Qué pasado? Éramos amigos. Lo seguimos siendo. Fin de la historia. Mira, sabía de quién era el palacio cuando acepté. No me pilló por sorpresa. Sólo pensé que sería agradable ver cómo estabas.

-Pero no esperabas encontrarme solo. Quizá si hubieras sabido ese dato, no habrías venido.

-¿Por qué dices eso?

-Porque me pregunto si nuestro reencuentro te ha resultado incómodo.

-¿Después de tantos años? No somos las mismas personas que éramos entonces.

-Cierto -convino él-. Los años dejan huella. Dan y arrebatan cosas. Nos muestran las lecciones que hemos de aprender, y esas lecciones nos cambian, de modo que miramos atrás y no nos reconocemos.

-¿Querrías volver a ser el hombre que eras entonces?

Él movió la cabeza.

-Con veintidós años ni siquiera era un hombre. Apenas un muchacho inexperto que creía saberlo todo por haber sido criado en una posición de privilegio. ¡Qué necio! Caí en el primer cuento de hadas que se me puso delante. Un hombre con un mínimo de experiencia o conocimientos mundanos habría sabido calarla.

-¿Tan malo fue? -preguntó ella con simpatía. El asintió-. Creía que os encontraría a Crystal y a ti en una felicidad doméstica.

-Felicidad doméstica -ironizó él-. Jamás fue eso.

-No se me ocurrió pensar que las cosas podrían haber salido mal, menos después de haber leído en los periódicos que había nacido tu hijo.

-Sí, hubo un anuncio oficial acerca de un hijo y heredero del príncipe de Montegiano. Pero deberías haber leído el jugo que le sacaron los periódicos a la otra noticia, cuando el hijo resultó ser del instructor de aeróbic de la princesa.

Oyó el dolor en su voz y lo vio en su sonrisa torva. Se preguntó cuánto dolor sería por el amor de una mujer que lo había traicionado y cuánto por la humillación a ojos de todo el mundo.

¿Importaba? Fuera cual fuere la verdad, su dolor era intenso.

-Cenemos -dijo con vivacidad-. Todo parece mejor con el estómago lleno -le pasó el menú del servicio de habitaciones-. Me apetece un banquete. Te dejaré la elección de los vinos.

-Mujer prudente.

-Bueno, no pienso arriesgarme a elegir vino para un italiano, y romano para más señas.

-No sólo prudente, sino inteligente.

-Y también champán.

-¿Champán?

Tenerlo allí era simple causa de celebración, pero como no podía decírselo, le dedicó una sonrisa feliz.

Cuando les subieron la cena, durante un rato le dedicaron una atención exclusiva. Gustavo dijo poco, pero de vez en cuando la miraba como si quisiera cerciorarse de que seguía allí.

Cuando le pareció que estaba más relajado, le preguntó con gentileza:

-¿Qué pasó?

-Que cometí el mayor error que puede cometer un hombre -respondió despacio-. Le entregué todo el corazón a una mujer que no tenía corazón que dar. Me lanzó un anzuelo y yo lo mordí.

-Pero ella estaba loca por ti. Os vi juntos.

Él movió la cabeza.

-No, quería que estuviera loco por ella. No es lo mismo. Y sabía cómo lograrlo. Era el título. Le apetecía ser princesa. Con el tiempo, prácticamente me lo reconoció sin rodeos.

-¿Cuánto tiempo tardaste en ver la verdad?

-Más de lo que debería. No podía permitirme admitir que era una mujer codiciosa, egoísta y fría. Lo que probablemente me convierte en un cobarde.

La voz estaba llena de amargura y burla hacia sí mismo.

-No seas tan duro contigo -le pidió Joanna.

-¿Por qué no? Alguien debería ser duro conmigo por haber sido semejante necio. Y contigo puedo ser sincero, porque tú conoces la verdad que nadie más sabe.

-Pero no fue culpa tuya. No eres el primer hombre al que han engañado.

-No, pero... y aquí está la ironía... yo me consideraba muy por encima de ese tipo de cosas. Después de todo, era un Montegiano, un hombre orgulloso y de rango social -soltó una risa sin humor-. Joanna, no tienes idea de la estupidez de un niño de veintidós años al que han educado para pensar demasiado bien de sí mismo. Comete un error tras otro.

»Sólo a ti puedo reconocértelo. Eres la única persona en el mundo que lo entendería, porque tú viste cosas que nadie más vio. Hace doce años que no nos vemos pero, de un modo peculiar, me conoces mejor que ningún otro ser vivo -se pasó la mano por los ojos-. Tal vez por eso -continuó-, vine corriendo detrás de ti. Necesito estar contigo, hablar contigo, incluso apoyarme en ti. Eso no es muy digno, lo sé...

-¿Por qué tiene que ser digno? -preguntó con vehemencia-. ¿Por qué no puedes solicitar mi ayuda si la necesitas? Soy tu amiga, Gustavo, y si mi amistad puede ayudarte, aquí la tienes -le tomó la mano-. Háblame. Cuéntame todas las cosas que has estado escondiendo debajo de ese exterior hermético que tienes. Porque si no las sacas pronto, te volverás loco.

De pronto tuvo la sensación de hallarse en una encrucijada, de que le daban la oportunidad que había dejado pasar años atrás: la oportunidad de ser la amiga que él tanto necesitaba.

No era amor. Incluso podía interponerse en el camino del amor. Pero era lo que Gustavo anhelaba de ella, y no le fallaría.

-Cuéntame -instó con suavidad-. ¿Cuándo empezó a ir mal? Eras tan feliz al principio...

-Al principio pensé que había aterrizado en el cielo. Parecía la esposa perfecta: hermosa, cariñosa, siempre dispuesta a complacerme... Mi vanidad era tan colosal, que lo acepté como algo natural.

-¿Por qué no iba a ser así? -expuso ella indignada-. Si amas a alguien, quieres complacerlo, porque lo haces feliz y tú eres feliz. ¿No te pasaba a ti lo mismo?

-Sí -corroboró-. Me encantaba encontrar maneras de satisfacerla. Por eso fuimos a Las Vegas. Yo quería era un lugar tranquilo donde estar a solas con ella, pero a Crystal no le gustaban los sitios tranquilos. Quería emociones. Siempre supe que éramos distintos, pero pensé que nuestro amor nos ayudaría a sobrellevarlo.

-¿Y no lo hizo?

-¿Cómo puede hacerlo cuando todo está en un lado? -preguntó él.

-Pero una vez ella te amó.

-¿Sí? Incluso ahora me gustaría poder creerlo. Supongo que me amaba lo suficiente cuando se salía con la suya, pero empecé a comprender que siempre era yo quien debía ceder.

»Durante un tiempo, eso no importó. Se quedó embarazada y yo fui tremendamente feliz. Sí, quería un hijo, no lo niego. Y cuando fue una niña, me sentí decepcionado... durante unos cinco minutos. Luego vi lo bonita que era y olvidé todo sobre querer un hijo.

»A medida que crecía, la quería más, porque se parece mucho a su madre. Posee su agilidad mental y su terquedad -rió con ironía-. Mi madre también veía el mundo a su propia manera, y era imposible hacer verle la realidad.

-Pero Renata es una niña -le recordó Joanna-. Con el tiempo lo entenderá.

-No dirías eso si conocieras a mi madre.

-La conocí. Bueno, estuve brevemente con ella.

-Sí, le caíste muy bien. Se puso furiosa conmigo por dejarte ir -rió-. Si hubieras escuchado lo que me llamó...

Joanna rió.

-Y no le hiciste caso porque eres tan obstinado como ella. El rasgo pasa de ella a ti y de ti a Renata.

-Sí -reconoció con melancolía-. Y hace que me pregunte si volverá alguna vez a mí. Hay algo implacable en ella que me da miedo.

-¿Estaba unida a Crystal?

-Lo deseaba. Anhelaba ser bonita como su madre, y a Crystal le hubiera encantado tener una hija que pareciera un hada, lo que Renata no es.

-Es mejor que eso -aseveró Joanna en el acto-. Deslumbrará cuando crezca.

-Es lo mismo que creo yo -corroboró-. Pero Crystal no era capaz de verlo. Perdió interés. La pobrecilla siempre intentaba captar la atención de su madre, y siempre se preguntaba por qué no la conseguía.

-Me da la impresión de que sus fantasías comenzaron en ese momento -musitó.

-¿A qué te refieres?

-Todos nos contamos cuentos de hadas para enfrentamos al dolor del rechazo -comenzó, sin mirarlo-. Renata se inventó a otra Crystal, una que estaba orgullosa de ella y quería estar con ella. En presencia de su madre, tenía que encarar la realidad, pero cuando se encontraba sola, podía creer en la versión de fantasía. Ahora que Crystal se ha marchado, esa versión ha adquirido predominio, pero comenzó hace mucho tiempo.

-Claro -la miró-. ¿Por qué no me di cuenta antes?

-Estabas demasiado cerca, y tú también tienes que luchar contra un dolor.

-El rechazo de Renata. Sí. Pero, ¿qué puedo hacer?

-Ser paciente. Ella elegirá el momento. No hay otra manera.

-Lo sé -suspiró-. Sé que tienes razón, pero...

-Pero no eres el hombre más paciente del mundo -concluyó con simpatía-. Lo sé -le sirvió más vino y él lo bebió-. De modo que Crystal no era feliz -lo animó a continuar.

-No, creo que no tardó en sentir que había cometido un error. Imagino que fue culpa mía, por haberme casado con ella con tanta precipitación. Primero debería haberla traído a Montegiano para que pudiera comprobar por sí misma si esa vida le iba a sentar bien. Pero la deseaba tanto, que aproveché la oportunidad. Ambos podríamos habernos ahorrado mucho dolor.

»Se aburrió de la propiedad y pronto se aburrió de la maternidad; de hecho, se aburrió de todo lo que yo valoraba. Jamás olvidaré un día que hablaba con ella para tratar de explicarle lo que para mí significaba Montegiano. Y capté algo en sus ojos... inexpresividad. Simplemente esperaba que me callara la boca.

»Ella quería un piso grandioso en Roma y una vida entre la alta sociedad. En esa ocasión me mantuve firme. Teníamos nuestros amigos y la llevaba a Roma lo más posible, pero no acepté trasladarme allí de forma permanente.

»Cuando comprendió que iba en serio, tuvimos una pelea amarga. Fue entonces cuando descubrí la verdadera opinión que tenía de mí: un hombre tedioso y aburrido, incapaz de proporcionarle los momentos estimulantes que quería de la vida. Hizo las maletas, se trasladó al hotel más caro de Roma y esperó que yo me desmoronara. Al no hacerlo, regresó a las seis semanas.

»Me dije que había vuelto porque aún me amaba, pero creo que sólo le gustaba el título y aún consideraba que podía persuadirme. Y así ha sido a lo largo de los años. Si se sentía frustrada, se iba durante un tiempo y generaba enormes facturas de gastos para castigarme. Aprendí a no preguntar demasiado sobre lo que hacía en la ciudad».

-¿Crees que te fue infiel?

-Estoy seguro.

-¿No te podrías haber divorciado de ella entonces? ¿0 aún la amabas demasiado?

-No, el amor había muerto hacía un tiempo, pero me educaron en la tradición de no romper el hogar, sin importar las circunstancias. Y estaba Renata. Tenía que pensar en cómo la afectaría el divorcio. Y ahora que veo lo que le ha hecho, sigo pensando que acerté.

-¿Qué pasó al final?

-Crystal empezó a ir a un gimnasio en la ciudad, aduciendo que era hora de cuidar adecuadamente de su figura. Su instructor se llamaba Leo. Sólo lo vi una vez. Tenía el pelo engominado y sonrisa de gigoló.

»De pronto se quedó embarazada. Incluso pensé que, tal vez, aún tuviéramos alguna esperanza, en particular cuando se supo que iba a ser un niño. Pero entonces la oí hablar por teléfono con Leo, y todo se tornó claro. Me enfrenté a ella. Me insultó de todas las maneras imaginables, hizo las maletas y se marchó para siempre, con el bebé pero sin Renata.

-¿Y si hubiera querido a Renata? -preguntó Joanna-. ¿La habrías dejado ir?

-Sí. Habría esperado disfrutar de ella durante períodos prolongados; después de todo, también es mi hija. Pero dejaría que Renata eligiera lo que más feliz la hiciera.

Se reclinó en la silla y se mesó el pelo. Joanna lo observó con ternura y alargó la mano para llamar al servicio de habitaciones. Se presentaron en unos momento para recoger la mesa en la que habían cenado. Cuando la puerta se cerró otra vez, Gustavo fue al sofá y se dejó caer en él.

Joanna ocupó un sillón junto a él y le sirvió un whisky doble.

-¿Intentas emborracharme? -sonrió.

-Es posible. Creo que te haría bien soltarte el pelo por una vez. No se lo contaré a nadie.

Aceptó la copa y la vació de un trago. Le gustó verlo más relajado, aunque no supo si era por el whisky o por haber hablado con ella. Le agradó saber que le había podido ofrecer cierto alivio.

De pronto vio que le sonreía; le dedicó una sonrisa extraña mientras daba la impresión de evaluarla.

-Desde luego -comentó Gustavo con ligereza-, te culpo a ti de todo.

-¿A mí? ¿Y eso?

-Porque por tu culpa me casé con Crystal.

CAPÍTULO 7

ESTABAS loco por ella -le recordó.

-Pero estaba prometido a ti. Si me hubieras obligado a cumplir mi palabra, nos habríamos casado y vivido felices para siempre. En cambio, me liberaste rápidamente, abandonándome a mi destino.

-¿En serio? -adoptó un tono irónico-. De modo que debería haber sido tu niñera, ¿verdad?

Él suspiró.

-Algunos hombres necesitan niñeras que les impidan comportarse como idiotas. Y tal vez yo sea uno de ellos.

Rieron juntos.

-Si te hubiera obligado a respetar el compromiso, ¿te habrías casado conmigo? -quiso saber-. ¿Habrías dejado que te forzara?

-No me habrías forzado -repuso con tranquilidad-. Pero tal vez me hubieras recordado dónde estaba mi honor.

-Amor u honor -musitó Joanna-. Es una contienda desigual. En cualquier caso, ¿dónde está el honor?

-Es la última pregunta que esperaba que formularas.

-Abandonaste mi gran fortuna por la pequeña de Crystal porque realmente querías casarte por amor -señaló-. Considero que eso es honorable. La verdad, te admiré por casarte con Crystal más que por pedirme en matrimonio a mí. Y si hubieras dejado que te forzara a casarte conmigo, habría perdido todo respeto por ti.

Él guardó silencio. Lo que le decía Joanna lo asombraba.

-Pero,, en realidad -prosiguió ella-, no creo que te hubiera podido hacer respetar nuestro compromiso, pienses lo que pienses. Creo que de todos modos habrías seguido los dictados de tu corazón. Al menos, eso espero.

-¿Hablas en serio? -la miró fijamente.

-Por supuesto que hablo en serio. Antepusiste tu amor, como debería hacer un hombre.

Él hizo un gesto perdido.

-No sé cómo responder a eso -reflexionó un momento-. Jamás te conocí, ¿verdad?

-No, nunca. Ni yo a ti. Gustavo, te equivocas en eso de vivir felices para siempre. No habríamos sido felices juntos. Tú habrías anhelado tener a Crystal y estarías resentido por que yo te hubiera atrapado. Además, ¿crees que yo no tengo orgullo? ¿Quién quiere a un marido en contra de su voluntad?

-Y quizá, para tus adentros, te alegraste de deshacerte de mí -musitó él.

-Quizá -repuso sin darle más importancia.

Él se sintió incómodo.

-Joanna, hay algo que he de preguntarte. Puedes decirme que no

tengo derecho, y no te equivocarías, pero me ha estado desconcertando... no, atribulando.,

-Continúa.

-¿Por qué aceptaste casarte conmigo?

Durante un cegador momento, se sintió tentada a contarle la verdad. Después de guardar el secreto tantos años, experimentaba la abrumadora necesidad de revelarlo.

Pero al instante se apartó del abismo. Gustavo había ido allí en busca de ayuda, ¿y pensaba cargarlo con más problemas? Saber que ella lo amaba sería una carga si él no sentía lo mismo.

-¿Quién sabe? Creí en las expectativas familiares, igual que tú. Se suponía que iba a tener un matrimonio espléndido y tú eras el mejor partido del mercado. Me senté deslumbrada.

-Pero cuando las cosas comenzaron a desmoronarse, tú supiste ver lo poco que significaba todo. Tienes razón, nuestro matrimonio no habría funcionado. Necesitabas otra cosa, algo que te llenara y satisficiera más que lo que yo habría podido hacerlo. Tuviste la vida que tú elegiste, y eso era más importante para ti que cualquier otro hombre.

-Ahora hablas como Freddy. Solía acusarme de querer mi «otra vida», tal como él la llamaba, más que a él.

-¿Y era cierto?

Ella asintió.

-Supongo que sí. Pobre Freddy. Fue estupendo durante un tiempo, pero yo no era la mujer adecuada. Lo único realmente bueno que hice por él fue tener a Billy.

-Es un hijo del que cualquier padre podría estar orgulloso -reflexionó Gustavo-. Un chico maravilloso.

-Sí, lo es, ¿verdad? -la voz y la expresión se le suavizaron al hablar de su hijo.

-¿Se parece mucho a su padre?

-En algunos aspectos. Ha heredado el cerebro y la independencia de mí, y su escandaloso encanto de Freddy.

-¿Así que tu marido era encantador?

-Lo es. Puede que ya no sea mi marido, pero será encantador hasta el último día de su vida.

-Hablas como si aún le tuvieras cariño.

-Y se lo tengo. Mucho. Desde que nos divorciamos, siento cada vez más cariño por él. Es un hombre amable y muy divertido. De hecho, es el perfecto anfitrión de una fiesta, y una compañía estupenda mientras no estés casada con él.

-¿Por qué rompisteis?

-Bueno, no es el hombre más fiable del mundo.

-¿Otras mujeres?

Joanna rió.

-Se esforzó por ser fiel, pero la naturaleza no lo hizo de esa manera. Como acabo de decir, es más fácil ser amiga suya ahora que ya no estamos casados y sus encaprichamientos ya no cuentan. Lo mejor de él es que se trata de un padre estupendo. Billy lo adora, y con motivo. Creo que en parte se debe a que, en su corazón, Freddy sigue siendo un niño. Y es un soñador poco pragmático. Inventaba algo y yo le proporcionaba los fondos para comercializarlo, pero siempre fracasaba. Luego siempre surgía otra cosa.

-Y tú siempre lo financiabas -recalcó Gustavo-. Me pregunto si eso tiene algo que ver... ¡No! No he dicho nada. Por favor, no me hagas caso.

Joanna rió.

-Te refieres a si se casó por mi dinero -finalizó ella-. ¿La gente no hace eso hoy en día?

-Por favor, Joanna -comentó con agonía-. ¿Debes lanzarme eso a la cara?

-¿Lanzar qué? ¿Oh, eso? -se llevó una mano a la cabeza como si acabara de recordar algo-. ¿Te refieres al hecho de que tú ibas a casarte conmigo por mi dinero?

Él apretó los dientes.

-Si eliges ponerlo de esa manera...

-¡No seas tonto! -lo reprendió con una sonrisa-. Eso fue completamente diferente.

-De acuerdo, ríete de mí, pero sí fue diferente. Tú me gustabas realmente. De lo contrario, habría sido imposible.

-Lo sé, lo sé -lo aplacó-. Lo siento, Gustavo, no pretendía reírme de ti. Bueno, tal vez sí, pero sólo para animarte. Debes reconocer que tiene un lado divertido.

-¿Te refieres a que yo intente acusar a tu marido de intenciones mercenarias?

-No sólo eso. A todo. Toda la lamentable situación. Oh, Gustavo, no tendría que haber terminado de aquella manera. No era lo que yo...

Tuvo que parar y secarse las lágrimas. Habían aniquilado la risa, anegándola con una gran sensación de futilidad.

-Supongo que lo que esperamos nunca sucede. Quizá no tenga sentido que tracemos planes.

-No puedes ir por la vida sin hacer planes -contradijo ella-. Pero hay que ser flexible con ellos.

El se pasó una mano por los ojos.

-Tal vez debería haber bebido menos whisky. Es hora de irme a mi habitación. Pero antes de irme... ¿cuáles son tus planes después de esto?

-Bueno...

-Lo pregunto porque estoy invitado a una boda en un par de días.
-¿Qué boda? -preguntó con súbita suspicacia.
-La de lady Henrietta Rannley con. lord Askleigh. Es en Rannley Towers. Doy por hecho que asistirás.
-Bueno, es mi prima segunda -hizo una mueca-. Supongo que Billy ha vuelto a hablar.
-Billy fue de mucha ayuda -repuso con precisión-, con más cosas que el nombre del hotel.
El descubrimiento de que había preparado todo eso para estar con ella sólo le provocaba felicidad.
«Aún así, he de mantener una charla con Billy», pensó. « Y darle las gracias».
-Parece que los dos vamos a ir -comentó-. ¡Imagínatelo! Yo había planeado ir mañana a pasar la noche en Rannley Towers, antes de la boda. Empiezo a pensar que tú has hecho los mismos planes; en ese caso, ¿por qué no vamos juntos?
Gustavo siguió con la cabeza en el respaldo del sofá, con los ojos cerrados. Joanna no entendió la causa de su silencio.
-Eh -musitó con gentileza..
No respondió, y de repente comprendió que se hallaba profundamente dormido. Había sido algo súbito. Se dijo que no sería correcto despertarlo.
Con cuidado, le alzó los pies hasta que se encontró completamente extendido, luego recogió una manta de la habitación y lo tapó.
No supo si era su imaginación, pero le pareció un hombre al que acababan de quitarle una carga de muchos años.
Apagó la lámpara próxima a su cabeza y le dio un beso en la frente.
-Buenas noches -susurró-. Qué tengas dulces sueños.
Él había recurrido a ella en busca de amistad y, al hacerlo, le había permitido atravesar todas sus defensas.
Regresó a su habitación y se dijo que años atrás habría reído si alguien le hubiera dicho que su amor iba a terminar así; pero una vez que le había sucedido, le parecía lo más dulce y jubiloso que le había ocurrido en la vida.
Se había convertido en la roca que lo sostenía. « Y si tengo que contentarme con ello, lo haré».
Sin embargo...
«¡Y un cuerno! No me contentaré con el segundo plato. En esta ocasión, lo quiero todo».

Por la mañana, descubrió el sofá vacío. Al parecer, Gustavo estaba terminando el desayuno.

-Iba a dejarte una nota para disculparme por mis modales de bárbaro -dijo-, pero no sabía qué decirte. Así que me fui a mi habitación con el sigilo de un delincuente.

-No le des mayor importancia -sonrió-. Estaré lista para irme en una hora.

-Te esperaré abajo. Ah, Joanna... gracias por todo.

No hizo ninguna referencia más a la velada que pasaron juntos y las cosas reveladoras que se habían dicho.

El tren los trasladó los ochenta kilómetros hasta la estación próxima a Rannley Towers, donde los recogió Max, padrino y hermano del novio.

Al llegar a la casa, Etta bajó corriendo a su encuentro. Recordaba a Gustavo de pequeña y mostró gran aplomo al darle la bienvenida.

La enorme casa empezaba a llenarse con rapidez con los invitados que iban a pasar la noche allí. Muchos recordaban a Joanna y reconocieron a Gustavo, pero la suya era una historia del pasado y, después de unas pocas miradas curiosas, olvidaron a la extraña pareja y se concentraron en la novia.

Joanna había temido regresar a la mansión para una boda, por miedo a los recuerdos que pudieran atribularla. Pero de pronto todo pareció diferente. Estaba allí con Gustavo, sabiendo que era la persona cuya compañía él quería. Cuando esa noche todos se reunieron para cenar, bajó al comedor del brazo de él.

Al avanzar por el vestíbulo, él la miró de reojo. De no ser por un espejo que tenían delante, no se habría dado cuenta, pero vio el reflejo con la leve sonrisa en sus labios y la expresión de orgullo en sus ojos mientras la observaba.

Era una cena de bufé, para que el personal de la cocina pudiera concentrarse en la exigencia de la boda al día siguiente. Eso permitió a los invitados libertad de movimiento, y Joanna dedicó la velada a renovar viejas amistades y a ponerse al día con los familiares.

Lord Rannley se mostró especialmente curioso.

-¿Qué sucede? -inquirió-. ¿Él y tú juntos, aquí?

Era un hombre encantador de cincuenta y pocos años, con el cabello prematuramente canoso que no deterioraba en nada su atractivo. A Joanna le caía bien, con la excepción de que se mostraba predispuesto a aprovechar siempre la posibilidad de asegurar la ventaja familiar.

-Tommy -dijo ella en ese momento-, si estás pensando lo que creo que estás pensando, olvídalo.

-¿Dónde está su esposa? He oído rumores...

-Eso se acabó. Están divorciados.

-¿Y ahora viene aquí contigo? Mmm...

-He dicho que lo olvides.

-De verdad, querida, no puedes esperar que ignore la oportunidad de incorporar a un príncipe a la familia. La última vez se nos escabulló de entre los dedos, pero...

-Ni lo menciones.

Él sonrió y dejó el tema, pero unos minutos más tarde Joanna lo vio acercarse a Gustavo. Rezó para que no fuera demasiado directo.

No pudo evitar notar que cuando Gustavo se quedó solo, no pareció muy cómodo. La gente lo conocía sólo por un escándalo pasado y él odiaba aquella sensación. Pero había conseguido que lo invitaran y tolerado las miradas únicamente para estar con ella.

-Se hace tarde -le dijo finalmente Joanna-. Me voy a acostar.

-Yo también -convino él, a medida que los invitados que los rodeaban comenzaban a disgregarse.

Se despidieron de los demás y subieron juntos.

-Mañana será un día largo -comentó Joanna.

-Y quizá duro.

-No lo permitiremos -le prometió-. Buenas noches.

Le dio un abrazo que él le devolvió. Y se separaron.

En su nuevo estado de satisfacción, se quedó dormida en cuanto posó la cabeza en la almohada.

CAPÍTULO 8

L A BODA se celebró en la gran iglesia próxima al pueblo de Rannley Hayes. Desde las diez de la mañana, una hilera de coches comenzó a abandonar la mansión y la sensación de revivir el pasado comenzó a intensificarse en Joanna.

La última vez que había asistido a una boda allí, había observado esos mismos coches alejarse, sabiendo que uno de ellos llevaría a Crystal, preciosa con su vestido blanco, para convertirse en esposa de Gustavo.

No recordaba el clima de entonces, pero ese día el sol brillaba con una luz gloriosa al bajar del coche con Etta, a la que ayudó a alisar el vestido antes de entregarle el ramo.

Por un constipado de última hora de Gina, Etta le había pedido que fuera su madrina. Esa era la razón por la que iba en el mismo coche que la novia y llevaba el vestido destinado a la madrina que, por fortuna, era de su misma talla.

Como el padre de Etta había fallecido, recaía en lord Rannley entregar a la novia. Al entrar en la iglesia, el órgano comenzó a sonar al tiempo que emprendían la larga marcha por el pasillo.

De vez en cuando, miraba a los lados para tratar de ver dónde se sentaba Gustavo, pero no vio ni rastro de él hasta el último minuto.

Ahí estaba, en la segunda fila, al final del banco, cerca de ella. Se volvió cuando se acercó y se sobresaltó por lo que vio en su rostro.

Parecía estupefacto, como un hombre golpeado por un rayo, tratando de recuperar la serenidad sin éxito.

Supo que también para él ese momento invocaba recuerdos. Doce años atrás había estado casi en ese mismo punto viendo aproximarse a su novia. En ese momento tenía los ojos clavados en ella, y a Joanna le pareció detectar una pregunta en ellos.

Pero en ese instante no tenía tiempo para preguntarse cuál podía ser. Etta se había detenido, por lo que debía recogerle el ramo de rosas blancas y luego retroceder mientras el novio ocupaba su sitio y comenzaba el servicio.

-Amados hermanos, estamos aquí reunidos...

Gustavo oyó las palabras, las mismas que se habían pronunciado para Crystal y él. Parecían provenir desde una gran distancia.

Sólo era consciente de Joanna, de pie cerca de él, maravillosa en ese vestido de color marfil de satén y encaje, la cabeza adornada con el elegante sombrero de organdí con diminutos capullos rosados.

Parecía la novia. Y lo habría sido de no ser por su gran estupidez. Aquel día había sido feliz, pero qué breve había sido dicha felicidad al enfrentarse a la realidad...

¿También ella estaría recordando, pensando en lo diferentes que podrían haber sido las cosas?

Mantuvo los ojos clavados en ella, deseando que lo mirara, pero parecía perdida en algún sueño interior. Anheló poder seguirla allí, suplicarle que compartiera sus pensamientos con él, y quizá sus sentimientos.

Pero era demasiado tarde.

Aturdido por el terrible momento de iluminación que lo había invadido, escuchó los votos de fidelidad. Pensó que con Joanna no habrían sido una broma cruel.

Reinó un momento de silencio cuando los novios fueron a la sacristía a firmar el registro, mientras la organista tocaba una melodía alegre.

Sin volverse, Joanna estaba segura de que él la miraba. Tal era el control que tenía sobre sí mismo, que no le cupo duda de que el asombro ya no se reflejaría en su cara. Aunque continuaría en su corazón. Lo sabía porque era lo mismo que le sucedía a ella.

Los recién casados regresaron para iniciar el recorrido por el pasillo hacia el sol.

Se sacaron docenas de fotografías de ellos en diversas combinaciones. La feliz pareja con la familia de él, de ella... Lord Rannley se ocupó de atraer a Gustavo para que quedara de pie detrás de Joanna. Cuando todos se arracimaron para salir en la foto, fue natural que él le pasara el brazo por los hombros.

Sólo fue un contacto ligero, pero a Joanna la puso nerviosa. Hizo que pensara con demasiada intensidad en todas las formas que quería que la tocara.

Cuando terminó la sesión fotográfica, los recién casados subieron al coche y regresaron a la mansión. Las damas de honor empezaron a subir a una limusina y Joanna supo que tenía que ir con ellas.

Se volvió para dedicarle una sonrisa a Gustavo y, al hacerlo, una ráfaga súbita de viento amenazó con volarle el sombrero. Antes de que pudiera fijarlo en su sitio, él alargó las manos y se lo arregló.

-Así está mejor -dijo, sonriéndole.

Le rozó levemente una mejilla, donde permaneció unos segundos, firme y gentil

-Sí jadeó Joanna-. Así está mejor.

No volvió a verlo hasta que regresaron a las torres y buscaron los sitios asignados en la recepción. Como dama de honor, ella ocupó la mesa principal. Gustavo estaba a la vista, pero no cerca. Se obligó a no mirarlo. No confiaba en sí misma para mostrarse indiferente.

Después de los discursos y los brindis, cumplió con su deber y bailó con el padrino, con el hermano del novio y con una serie de hombres cuyos nombres no conocía ni le importaban.

Luego la feliz pareja se marchó de luna de miel. Etta, llena de maldad, lanzó el ramo en su dirección, pero Joanna estaba preparada

y se apartó con celeridad.

-Te has cerciorado de esquivarlo -comentó Gustavo mientras despedían a los novios en las escaleras.

No sabía que él lo hubiera notado.

-Bueno, es una tontería, ¿no? -comentó con indiferencia-. Es una manera rápida de quedar como una tonta.

-¿Es una referencia a Freddy?

-¿Por qué debería serlo?

-Porque, si mal no recuerdo, tú capturaste el ramo de Crystal. No parece haberte aportado mucha suerte. No se te puede culpar por mostrarte cautelosa ahora.

Lo tomó del brazo cuando se unieron a los demás para regresar a la casa.

-Mi matrimonio me aportó a Billy -dijo-. Considero que es la mejor suerte que puede haber.

-Es verdad. Mis disculpas.

En el exterior, la luz comenzaba a desvanecerse con rapidez. Dentro, las luces se encendían y se servían refrescos a medida que se reanudaban las celebraciones.

-Ha sido un día extraño -comentó él, conduciéndola hacia un ventanal, donde podían disfrutar de un poco de intimidad.

-Sí -corroboró ella, sin fingir que no entendía el significado de sus palabras.

-La boda celebrándose en el mismo lugar... bueno, los recuerdos. Hasta que la pobre Gina...

-¿Te refieres a que yo fuera la dama de honor?

-No, que se constipara y tuviera que perderse la boda. Eso casi te sucedió a ti. ¿Recuerdas cómo la noche anterior te sorprendió la lluvia y nos encontramos en el pasillo? Parecías tan mojada y enlodada que me preocupaste.

-Mojada y enlodada -musitó-. Sí, estaba así. Por dentro y por fuera.

-¿Qué?

-Nada. Lo recuerdo, pero me sorprende que lo recuerdes tú.

-No desapareciste de mi mente, Joanna.

Emitió una risa trémula.

-Tu memoria es defectuosa. Un vistazo a Crystal y todo el mundo desapareció de tu mente.

-Por un rato. Fue una locura, pero no tardó en terminar. Y luego no quedaron más que recuerdos. El día de hoy ha estado lleno de ellos.

-¿Te perturbaron?

-No. Eso ya se ha terminado.

-Eso espero.

-¿Sí? -preguntó de inmediato.

-Te hizo tan infeliz, que por supuesto me alegro de que haya

terminado. Tiene que haber algo de felicidad en tu futuro, de eso no me cabe ninguna duda.

-Bien -musitó-. Si estás segura de ello, bueno... hablemos luego. La música suena otra vez. Llevo horas deseando bailar contigo. He sido paciente y aguardado mi turno, pero mi paciencia se ha agotado.

-¿Y si yo no quiero bailar contigo? -lo provocó con una sonrisa.

Él le quitó la copa de la mano, la depositó en una mesa junto con la suya y la tomó en brazos.

-No hay remedio. Tendrás que aguantarlo.

Salieron a la pista y comenzaron a dar vueltas. Los brazos que la rodeaban eran firmes y la acercaban más a él. El joven sereno y contenido que una vez había sido jamás la sostendría de esa manera, pero el que la conducía en ese instante era otro hombre, con unos motivos diferentes. Y empezaba a comprender cuáles podían ser.

Sus cuerpos se fundían como si fueran líquidos, anticipando el movimiento del otro. Joanna sintió que su excitación iba en aumento, pero era una excitación tanto del corazón como del cuerpo.

Cuando la música terminó, él no la soltó y la condujo directamente al siguiente baile.

-No puedo respirar -rió ella.

-Yo tampoco. ¿Te importa?

-No... ¡no!

Estaba embriagada de júbilo, llena de sensaciones dulces provocadas por el contacto de su cuerpo.

La música volvió a cambiar y se transformó en un vals lento. Observó la cara de Gustavo y no fue capaz de apartar los ojos de sus labios, entreabiertos. El aliento cálido le tocaba la cara.

-Joanna...

-Sí...

Comenzó a moverse con más rapidez,, llevándola hacia una puerta abierta. Al atravesarla, la cerró con el pie. Luego ella permaneció en sus brazos, pegada a él mientras los labios de Gustavo buscaban los dé ella, los encontraban y los cubrían con ansiedad febril.

Y en un momento todas las preguntas obtuvieron respuesta. Todo en ella anhelaba ir hacia él. Había esperado años ese instante y pensaba disfrutarlo al máximo.

Mentalmente, lo había besado miles de veces, pero la realidad era mucho más dulce. Sus labios eran cálidos y firmes, urgentes, exigentes, y era esa exigencia la que la entusiasmaba más, porque ansiaba entregarse. Le daría todo lo que le pidiera... si tan sólo se lo pidiera...

Gustavo le enmarcó el rostro entre las manos, mirándola a los ojos con una expresión que quería verle siempre.

Pero no era más que un sueño. Lo sabía porque lo había soñado

muchas veces con anterioridad. En cualquier momento despertaría, porque a nadie se le permitía ser tan feliz. Le arrebatarían todo; pero mientras durara, lo' celebraría.

-Creo que me he vuelto loco -murmuró Gustavo.

-Sí, creo que yo también, pero no me importa. No me importa estar loca. Me he cansado de ser sensata.

La sonrisa de él fue gentil.

-Y yo. Joanna... Joanna...

-Sí... -murmuró sobre sus labios.

Cerró los ojos en el instante en que su boca volvía a reclamarle los labios, y en esa ocasión se dejó ir por completo, entregándose al gozo del momento como si nada pudiera volver a suceder.

-¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Intentó aislar la voz del hombre, pero llegó de forma insistente.

-¡Hola!

Era la realidad. No se podía rehusar.

-¿Hay alguien ahí?

-Oh, no -fueron las palabras consternadas de ella.

-Larguémonos antes de que nos vea -susurró Gustavo-. No puede buscarnos a nosotros.

-Sí que puede -gimió-. 0 al menos a mí. Es Freddy, mi ex.

Gustavo maldijo en voz baja. Joanna quiso despotricar contra el destino. Era muy cruel que, en el momento en que su corazón anhelaba a Gustavo con tanta intensidad como en el pasado, el milagro fuera destrozado con tanta dureza. Temblaba, y percibía lo mismo en él.

-¡Hola!

-No sirve de nada comentó-. Tendré que hablar con Freddy.

-Dile que se vaya al infierno.

-Lo he intentado en el pasado. Pero le rebota.

A regañadientes, se soltaron y se volvieron para ver al hombre que había justo más allá de la puerta. Por primera vez, Joanna se dio cuenta de que se hallaban en una semioscuridad.

-Hola, Freddy -dijo, tratando de parecer calmada.

-Hola, Jo. ¿Eres tú de verdad? No puedo verte bien.

Se acercó y el rostro de él se iluminó.

-Eso está mejor. No tendrás a alguien contigo, ¿verdad? Lamento cortar lo que hubiera y todo eso.

-Está bien, Freddy -suspiró-. No has cortado nada. Te presento al príncipe Gustavo de Montegiano.

Durante un momento ínfimo, Freddy pareció desconcertado.

Pero el momento pasó y se acercó con la mano extendida.

-Encantado de conocerlo. No me recordará, pero estuvee en su boda. No me colé precisamente, aunque me invitó el amigo de un

amigo.

Tenía una cara ancha, afable e inocente como la de un bebé. Era el tipo de cara que Gustavo conjeturó que a algunas mujeres les resultaría atractiva. A él le habría gustado usar los puños sobre ella.

-Quienquiera que lo llevara, fue bienvenido -comentó con cortesía levemente forzada-. A propósito, ¿ha venido a esta boda de la misma manera?

Freddy soltó una carcajada.

-Esta vez no. Aunque no digo que no lo habría hecho si hubiera sido necesario. Quería venir antes -añadió-, pero me vi retrasado. Lamento interrumpir la fiesta y todo eso, pero, ¿podría hablar contigo, Jo? Por favor. En realidad, he venido a verte a ti.

-¿No puede esperar hasta después, Freddy? 0 mañana.

Su sonrisa era seductora.

-Hay un problema con eso. Sólo estaré aquí esta noche, y hay cosas que necesitamos hablar.

-En ese caso, será mejor que ceda -suspiró.

Gustavo habría apostado que la gente por lo general cedía con Freddy por lo que se describía como su encanto. Fuera cual fuere éste, él era inmune.

Joanna se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

-Lo siento. He de irme.

-Claro. Volveré a la fiesta. Buenas noches, señor Manton. Ha sido un placer conocerlo.

Se marchó con rapidez.

Pasó el resto de la velada siendo el invitado perfecto. Sonrió, rió y en todo momento pensó en Joanna y en si Freddy se habría marchado. De no ser así, en lo que estarían haciendo.

Entonces los vio al lado de la puerta que daba a la terraza, absortos en la conversación, o quizá el uno en el otro. De repente Freddy se movió con celeridad y la sacó a bailar. Le costó discernir su cara cuando pasaron delante de él, pero pudo ver que ella reía como si disfrutara de su compañía.

Pasado un rato, presentó sus excusas y se fue a la cama.

En cuanto pudo quedarse a solas con Joanna, Freddy dijo:

-No veo a Billy.

-No ha venido. Le daba miedo terminar siendo un paje vestido de satén.

Freddy cerró los ojos e hizo una mueca de simpatía. Luego rió.

-Chico listo. ¿Dónde está? ¿Todavía en Italia, en esa excavación de la que me habló?

-Sí. Yo vuelvo mañana.

-Entonces, ¿cuándo puedo verlo? Lo echo mucho de menos, Jo.

-Ve a verlo a Montegiano. Estoy segura de que a Gustavo no le molestará que lo hagas, y Billy estará encantado.

-Gracias -dijo, encantado como si fuera un niño-. Ahora, vamos a charlar. Tenemos muchas cosas que contarnos para ponemos al día.

Aceptó, principalmente por Billy. Habría preferido estar con Gustavo, pero era un sueño por el momento. Una vez roto, el hechizo no se podría recuperar. Sin embargo, se prometió que habría otra ocasión.

Mientras tanto, aprovechó la situación y redescubrió que, si no estaba casada con él, Freddy era una compañía estupenda. Dedicaron un par de horas felices a hablar de Billy y terminaron la velada en la pista de baile.

-¿A qué hora tienes que irte? -preguntó cuando las luces se atenuaron y la orquesta comenzó a guardar sus instrumentos.

-¿Irme? -preguntó Freddy con inocencia.

-Dijiste que sólo estabas aquí por un par de horas -dijo.

-Ah, sí, es cierto.

-Comprendo -suspiró resignada.

-Vine con la esperanza de verte porque en el último minuto oí que asistirías. Pensé que Billy podía estar contigo o, en cualquier caso, que podríamos charlar un rato.

-Pero, ¿por qué no me llamaste, simplemente, para preguntarme por Billy?

-Ah, bueno... -se mostró misteriosamente incómodo-. Hay otro motivo, pero... dejemos eso por el momento.

-De acuerdo. ¿Tienes dónde dormir?

-Sí, me dejan usar la habitación del novio, ya que se ha ido.

-Perfecto, entonces te veré por la mañana.

Le dio un beso en la mejilla y fue a buscar a Gustavo. Pero no encontró ni rastro de él, hasta que alguien le dijo que se había ido a acostar.

El día después de la boda, Gustavo se levantó temprano con la esperanza de ver a Joanna sola. No dio con ella en el salón del desayuno, donde se había preparado un bufé, por lo que se sirvió un café y fue a mirar por la ventana.

Al instante se apartó para no ser visto. En la distancia, había visto a Joanna y a Freddy pasear entre los árboles, enfrascados en una conversación. No sabía de qué hablaban, pero tenían las cabezas próximas y parecían relajados en su mutua compañía.

Se arriesgó a echar otro vistazo y vio que se dirigían a la casa. Fue a la mesa donde estaba el desayuno y e sirvió algo, pero en su mente

únicamente podía oír las palabras de Freddy: «Sólo estaré aquí esta noche».

Algo había pasado que lo había hecho cambiar de idea. ¿Habría tenido que ver con ello la bienvenida de Joanna que, evidentemente, habría sido más cálida en cuanto se quedaron a solas?

Ya se hallaban más cerca, lo suficiente como para oír a Freddy decir:

-No puedo evitar tener un atractivo magnético.

Y la respuesta de Joanna:

-Sí, y vives de él.

-He de hacerlo. Es todo lo que tengo.

-Oh, no, no lo es. Te di un buen acuerdo económico.

-Cierto, pero esperaba que...

-¿Cuánto? -sonó divertida y resignada al mismo tiempo.

-Ha surgido esta oportunidad para una pequeña inversión...

-Conozco tus pequeñas inversiones. Oh, de acuerdo. Dame los detalles y llamaré al banco.

-Eres un encanto. Y aún me encuentras atractivo, ¿no? Al menos me ríes los chistes.

-Cuentas buenos chistes. Nunca he negado eso.

-¿Lo ves? Aún te importo.

-Nunca he negado eso tampoco. Eres muy divertido, Freddy, pero no volvería a casarme contigo ni por todo el té de China.

-No tendrías la oportunidad. Ya te he reemplazado varias veces.

-No esperaste el divorcio para hacerlo -comentó con ironía.

Reinó un silencio breve antes de que Freddy dijera:

-¿Y puedo recordarte, cariño, que hay más de una manera de ser infiel? Olvídalo. Fue de mutuo acuerdo, sin rencor por ninguna de las partes.

-Sí -repuso ella.

Gustavo se preguntó si sólo había imaginado la nota de alivio que percibió en su voz.

Se sintió avergonzado de espiarlos, pero una vez que había empezado, nada habría podido detenerlo. Por algún motivo, necesitaba saber qué clase de relación tenía Joanna con el hombre con el que había estado casada. Lo que había escuchado lo dejaba sin saber qué pensar.

Pero habría dado mucho por saber cómo interpretar «hay más de una manera de ser infiel».

Un momento más tarde, oyó un paso en la sala; se volvió y vio a Freddy entrar solo.

-¿Café? -preguntó con cortesía.

-Gracias -respondió Freddy-. ¡Vaya, vaya así que es usted!

-¿Quiere decir que conoce la vieja historia? Bueno, ya es historia, y

no hay que darle más importancia -mantuvo el tono ligero.

-Lo que usted diga -aceptó el café y le echó una cantidad generosa de azúcar. Al ver que Gustavo lo miraba, indicó-: Tengo debilidad por lo dulce.

-Lo he imaginado.

Freddy frunció levemente el ceño.

-¿A qué se refiere? -preguntó.

-Digamos que Joanna es una mujer muy generosa.

-Oh, ¿escuchó la última parte? Bueno, sí, es una mujer generosa, pero yo soy un hombre tolerante. No resulta fácil para un hombre cuando la mujer es mucho más rica que él. Siempre está la desigualdad, y no se puede evitar sentirla. Pero me esforcé en aceptarlo.

Gustavo se volvió para ocultar su disgusto. Pero al siguiente instante en su mente resplandeció una imagen.

La suite de Joanna en el Ritz había sido la más cara del hotel. Y su propia habitación, mucho más barata.

«Siempre está la desigualdad, y no se puede evitar sentirla».

Recordó el tono indulgente, con cierto desdén, de su voz al ceder a la súplica de Freddy. Estaba acostumbrada a que los hombres fueran en pos de su dinero. Probablemente, era la única clase de hombres que había conocido. Empezando por sí mismo.

Recordó las palabras de Joanna: «Abandonaste mi gran fortuna por la pequeña de Crystal. Considero que eso es honorable».

-Eh, ¿se encuentra bien? -Freddy apoyó una mano en su hombro.

-Sí -respondió con dificultad-. Sí, estoy bien.

Se marchó con celeridad antes de cometer un acto de violencia.

De camino a su habitación, se encontró con Joanna cuando bajaba. Ella le sonrió y le tocó el brazo.

-Lamento haberme ido anoche y haberte dejado, pero tenía que hablar con Freddy.

-Es obvio que teníais mucho de qué hablar -trató de mantener la voz normal, pero no lo consiguió del todo.

-Principalmente, fue de Billy. No lo ve tanto como le gustaría, así que hemos tenido que idear algo.

-¿Y necesitasteis toda la noche? Se suponía que iba a marcharse ayer.

Ella sonrió con ironía.

-Sólo lo dijo para atraer mi atención. Me temo que Freddy tiende a decir lo que le resulta conveniente en cada momento. Ésa es la clase de hombre que es.

-¡Asombroso!

-¿Qué significa eso?

-Nada. Sólo estoy de malhumor.

-Gustavo, he de hacerte una confesión. Freddy quiere ver a Billy. Tiene todo el derecho y a Billy le encanta estar con él, así que...

Él gimió.

-¿Así que va a venir a quedarse con nosotros? ¿Cuándo?

-No lo sé. ¿Te importa?

-¿Marcaría alguna diferencia que me importara?

Ella rió arrepentida y movió la cabeza.

-¡Hola!

La exclamación que oyeron a su espalda hizo que se volvieran y que suspiraran simultáneamente. -¿Qué pasa, Freddy? -preguntó Joanna.

-Bueno, pensé que ya era hora de que emprendiéramos la marcha a Italia.

-¿Emprendiéramos? -repitió Gustavo con tono ominoso.

-Sí. ¿No le ha dicho Jo que me ha invitado?

-Me acaba de informar del honor de su visita -indicó con voz glacial.

-¿Honor? Es usted muy amable, pero no hace falta llegar a esos extremos. Una cama en un rincón me bastará.

-Creo que podremos arreglar algo mejor que eso -manifestó Gustavo con aterradora cortesía-. Bien, los tres viajaremos juntos a Roma.

-¡Santo cielo! -Freddy sacó el móvil-. Se lo comunicaré a Billy de inmediato.

-No, no lo hagas -Joanna apoyó una mano en su brazo-. Sorpréndelo. Piensa en la cara que pondrá cuando entres.

Freddy se mostró radiante.

-¡Qué visión!

-Llamaré para reservar los billetes -dijo Joanna.

-No te olvides de pasarme la factura -afirmó Gustavo con firmeza.

-Saca en primera -pidió Freddy-. Hay más espacio para las piernas.

-Te acomodarás en lo que pueda conseguir -repuso ella con humor por encima del hombro.

Solos, los dos hombres se miraron. El desagrado de Gustavo se mezclaba con cierta inquietud, pero dudaba de que hubiera algo en el mundo que pudiera incomodar a Freddy, a menos que fuera una factura y no hubiera una Joanna que la pagara.

CAPÍTULO 9

JOANNA logró conseguir tres billetes en primera para Roma, con horario de aterrizaje a las siete de esa misma tarde.

-Llamé a Billy para decirle que llegaríamos esta noche -le comentó a Gustavo más tarde, mientras volaban sobre Francia.

-¿Fuiste débil y le contaste que iba su padre?

-No, no quiero estropear la sorpresa.

Cuando salían de la aduana del aeropuerto de Roma, Joanna, que iba por delante, vio a Carlo con Billy. Le hizo señas al pequeño para que mirara detrás de ella, luego se apartó a un lado, dándole una buena vista de Freddy.

-¡Papá!

-¡Billy!

Se abrazaron con fuerza, mientras la gente pasaba a su alrededor y sonreía ante esa manifestación de felicidad.

Riendo, Joanna se volvió para mirar a Gustavo, que también los observaba, y la expresión de su cara le partió el corazón. Su hija no había acudido a recibirlo.

-Renata está en la cama -explicó con rapidez Carlo-. Anoche no durmió bien, así que Laura pensó... ya sabes...

-Por supuesto -convino Gustavo con voz neutra-. Estoy seguro de que Laura sabe lo que es mejor para ella.

En el palazzo, el ama de llaves le dio a Joanna la noticia de que su nueva habitación estaba lista.

-¿Mi nueva habitación? -preguntó.

-Su excelencia me telefoneó para darme instrucciones de que el signor Manton debía ser alojado en la habitación Julio César y usted ser trasladada a una suite en el siguiente corredor.

-Pensé que sería agradable que estuviera cerca de Billy -dijo Gustavo-. Estaba convencido de que tú opinarías lo mismo, ya que estabas tan ansiosa de que disfrutaran de su mutua compañía. No creo que tu nuevo alojamiento te plantee queja alguna.

No cabía duda de que era magnífico, y no parecía que hubiera nada más estupendo que la preocupación de Gustavo por el nuevo invitado, aunque algo le decía que había un motivo personal para ello.

Pero ya no pudo pensar más en ello, porque casi de inmediato se vio inmersa en el trabajo.

El equipo cayó sobre ella, ansioso por ponerla al día, y durante días apenas abandonó la excavación.

Sentía como si flotara en el limbo. Había compartido con Gustavo un momento de dulzura increíble, estropeado por la inoportuna llegada de Freddy. En ese momento anhelaba recuperar el susurro de las sombras de aquel momento pero, de algún modo, la oportunidad nunca parecía ser la propicia. La presencia de Freddy en la casa era

una inhibición, y el propio Gustavo daba la impresión de estar contento con dejar las cosas sin remover, ya que no se esforzaba por estar con ella.

Él parecía retraído, no de sólo con ella, sino con todo el mundo. Y ya no intentaba comunicarse con Renata, como si al final hubiera aceptado el rechazo y no quisiera arriesgarse a más sufrimiento.

Para empeorar las cosas, Renata estableció una comunicación instantánea con Freddy. Billy y él la habían admitido de inmediato en su sociedad de mutua adoración y la pequeña no conocía más placer que ayudar a Billy a mostrarle a su padre todo.

A veces los tres se presentaban en la excavación. Renata se había abierto a Joanna, sintiendo que al ser la madre de Billy'no podía estar mal. Se hallaba presente el día en que Hal descubrió un azulejo decorativo que entusiasmó sobremanera a todo el mundo.

-Esto le da una mayor precisión -indicó Joanna-. Este estilo se usó a comienzos del siglo V, lo que significa...

Los niños se unieron a los vítores. En medio de la conmoción, Joanna alzó la vista y vio a Gustavo allí de pie, observándolos, aislado, y su corazón sufrió por él.

Esa noche no asistió a la cena, pero justo cuando ella estaba a punto de subir a su habitación, él abrió la puerta del estudio y la llamó.

-¿Te acuerdas de Pietro y Maria Faloni?

-sí, vinieron a cenar cuando estuve aquí hace años. Eran muy... elegantes.

Eran una pareja de recién casados, compañía agradable, pero socialmente demasiado conscientes como para que tuvieran alguna afinidad con ella. Estaba segura de que Maria la consideraba desaliñada.

-Quieren dar una fiesta en tu honor.

-¿De verdad? Debo haber ascendido en el mundo.

-Eres una celebridad. Te advierto de que Maria colecciona celebridades y que no me dejará en paz hasta que te lleve.

-Necesitaré algo de ropa nueva. Doy por hecho que se trata de algo formal.

-Mucho. De etiqueta.

Era agradable volver a asistir a una fiesta carismática y tener una excusa para comprar un vestido de marca que resaltara su altura, su cintura diminuta y sus largas piernas.

El vestido era de seda negra, ceñido a la cintura y de escote bajo, revelando un pecho que se había vuelto más generoso desde el nacimiento de Billy. Tenía una abertura en el costado que llegaba

hasta la rodilla.

Disponía del tiempo justo para cortarse el pelo y que se lo peinaran tal como quería. Con unas delicadas sandalias plateadas y diamantes en las orejas, su aspecto estaba completo. Regresó al palazzo con varias cajas, sintiéndose como un pirata que acabara de llegar de un saqueo, y escondió el botín en su habitación.

Gustavo apareció con un esmoquin y Joanna quedó deslumbrada por lo bien que le sentaba. Con su altura y anchura de hombros, era como si hubiera nacido para vestir de etiqueta.

La esperó en su estudio y ella entró de forma casual, negándose a dejar que viera lo ansiosa que estaba de comprobar su reacción.

Cuando la vio, sobrepasó todas sus expectativas. No dijo nada, simplemente la miró en silencio largo rato. Luego sonrió.

-¿Pasaré el examen? -preguntó con tono de broma.

El asintió.

-Lo harás.

-¿Sucede algo? -preguntó ella al detectar una sombra en su expresión.

-No -respondió quizá con demasiada premura-.Vamos.

No insistió, pero notó que guardaba en un cajón bajo llave un papel antes de volverse hacia ella con una sonrisa.

Durante el trayecto en la limusina, se sentó hacia ella, mirándola, pero no habló. No le hizo falta.

Los Faloni vivían en un piso palaciego en la Vía Veneto. Cuando bajaron del coche y subieron las tres plantas en el ascensor, Pietro y Maria los recibieron entusiasmados.

-No te habría reconocido -dijo la anfitriona.

-Gracias -repuso Joanna.

Se entendieron a la perfección.

-Estoy tan contenta... -le confió Maria al conducirla dentro-. Todo el mundo se moría por agasajarte, pero yo juré que sería la primera.

-¿De verdad? ¿Por qué?

-No seas modesta, querida. Tú eres la conquista de la temporada. Todo el mundo habla de ti y de ese descubrimiento, pero te ocultas como una mujer misteriosa. Mis amigos se van a molestar tanto por haber sido la primera...

Joanna disfrutó de la compañía de Maria más que en el pasado. Era tan descarada en su esnobismo que se tornaba divertido, y exhibía a su invitada de honor con un orgullo que incentivaba el ego de Joanna, a pesar de la resistencia que ésta oponía.

Había un periodista importante que tenía una columna de sociedad. Cuando con sonrisa afectada le preguntó si el emplazamiento Montegiano era el descubrimiento del siglo, todo el mundo contuvo el aliento.

Pero Joanna estuvo a la altura del desafío.

-Si tenemos en cuenta que este siglo apenas tiene unos años de antigüedad, creo que puedo ofrecer un sí rotundo. Si me preguntara por el siglo pasado, tendría que ser más cautelosa.

Todo el mundo rió y aplaudió el modo hábil con que eludió la trampa. Incluso el hombre que había intentado tendérsela, alzó la copa en señal de saludo.

Gustavo intentó permanecer en segundo plano. Experimentaba una sensación extraña al observar a Joanna desde la distancia. La perspectiva parecía cambiar a cada momento, confundiéndolo y deleitándolo al mismo tiempo.

En Inglaterra había sido la amiga que lo había consolado y luego, otra vez, la novia perdida.

Pero al estudiarla en ese instante, cómoda en ese entorno, dominando a los presentes con su belleza, ingenio y conocimientos, veía a una Joanna nueva. Casarse con ella sería como casarse con varias mujeres.

Intentó acotar sus pensamientos, pero insistieron en adentrarse en territorio prohibido.

Con determinación súbita, se levantó de la silla que ocupaba y fue hasta ella. En ese momento coqueteaba con tres hombres al mismo tiempo.

-Si estás cansada, podríamos irnos a casa -sugirió.

Hubo gritos de desaprobación y reprobación. Joanna lo miró con ojos centelleantes de diversión.

-¿Estoy cansada? -lo provocó.

Él apoyó la mano de forma persuasiva en su brazo.

-Creo que podrías estarlo -musitó.

-En ese caso...

Se detuvo porque un hombre- a su espalda contuvo el aliento de forma sonora. También Gustavo había visto algo que lo había llenado de consternación. Joanna giró la cabeza y vio a Crystal de pie en el umbral, tan hermosa como un hada mágica.

Igual que ella, Crystal había ganado con los años. Era tan elegante como siempre, con el cabello de un rubio perfecto, pero la experiencia le había añadido nuevos conocimientos a su rostro.

A pesar de que también iba vestida de negro, ahí se terminaba la similitud. Su vestido era muy ceñido y muy corto, revelando un par de piernas impresionantes.

Durante un momento largo, permaneció en el umbral, dejando que se asimilara el efecto de su presencia. Luego sonrió y avanzó hacia Maria con los brazos extendidos.

-Querida Maria, es terrible que me cuele en tu fiesta, ¿no es verdad?

Como la única respuesta posible era la negativa, Maria cumplió con su papel de anfitriona y la abrazó con calidez aparente, aunque sus ojos se dirigieron con nerviosismo hacia Gustavo y Joanna. Pero ambos se habían recobrado lo suficiente como para mostrarse imperturbables.

Crystal centró sus cañones en Joanna.

-Joanna, querida, qué maravilloso verte después de tanto tiempo. ¡Y siendo tan famosa! Me siento honrada de que se me permita estar en tu presencia.

La envolvió en un abrazo, lo que le dio a Joanna la oportunidad de susurrarle al oído:

-No seas idiota, Crystal. Es una buena actuación, pero te estás excediendo. De hecho, siempre lo hiciste.

Crystal se retiró lo suficiente para sonreírle y murmurar:

-Lo sé, querida, pero cuando el tiempo escasea, la desmesura puede ser muy útil -la estudió abiertamente-. Vaya, vaya, ¡has mejorado! Todo lo que comentan sobre ti es cierto.

Por nada del mundo Joanna le habría preguntado quiénes eran los que hablaban sobre ella. Simplemente enarcó las cejas con humor y respondió

-¿De verdad? Dudo que se pueda decir lo mismo sobre ti.

Vio con satisfacción que Crystal no supo cómo encajar eso. Ésta se dio la vuelta y comenzó a recorrer la sala para atraer a todos los invitados importantes a su red al mismo tiempo, sin dar la impresión de ver a Gustavo, cuyo rostro parecía muy pálido.

La fiesta, que durante un instante se había detenido, comenzó a moverse otra vez a su alrededor. Vio que Gustavo giraba y respiraba hondo varias veces. Eso la consternó. Quizá se hubiera equivocado con todo si Crystal aún lo afectaba de esa manera.

Él fue a su lado.

-¿Qué diablos hace aquí? -musitó-. Se suponía que estaba en París.

-¿No sabías nada de esto?

-¡Santo cielo, no! -exclamó con vehemencia-. ¿Crees que te habría traído de haberlo sabido?

-¿Nos vamos?

-Creo que es una buena idea. Despidámonos de la anfitriona.

Pero entonces Crystal apoyó una mano en su brazo.

-Gustavo, querido, no estarás esquivándome...

-Me mostraba discreto, Crystal. La gente nos observa con interés.

-Lo sé. ¿No es divertido?

-No me resulta divertido que me miren.

-No, nunca has sabido disfrutar.

-Nuestras ideas sobre lo que proporciona disfrute siempre fueron diferentes -gruñó.

-Querido, nuestras ideas sobre todo siempre fueron diferentes. No recuperemos temas pasados. La cuestión es que necesito hablar contigo en privado. A Joanna no le importará, lo sé. Salgamos a la terraza.

Gustavo se volvió hacia Joanna, rígido por la escena que Crystal le había impuesto.

-Si me disculpas un momento...

-Por supuesto -dijo lo máss alegremente que pudo, tratando de hacer que le resultara más fácil-. Ve.

-Y tú vuelve con tus admiradores -dijo Crystal, saliendo por la puerta que conducía a la terraza.

-Adelante -lo instó Joanna-. Claro que tenéis que hablar. Estaré bien.

-¿Con tus admiradores? -repitió molesto.

-Por supuesto. Cuantos más, mejor. Ve a hablar con ella.

Pero permaneció mirándola, con una fiereza inusual en su mirada. Algo, no supo si celos o astucia, la impulsó a decir:

-Si tú puedes coquetear con Crystal, yo puedo coquetear con quien me plazca.

-No estoy coqueteando con ella y lo sabes -musitó furioso.

-Será mejor que le preguntes a ella cuáles son sus planes.

-Eres tú quien me insta a seguirla -apretó los dientes.

-Sí, así que ve.

-Joanna...

-¡Ve!

Furioso, salió a la terraza. Joanna lo observó irse y se preguntó qué la había dominado. Había sido un comentario estúpido e irracional.

Y se sentía mil veces mejor después de haberlo soltado.

Uno de sus admiradores se acercó con una copa de champán.

-No, gracias -repuso con amabilidad-. Me apetecería una taza de té.

Fuera, bajo el aire fresco de la terraza, Gustavo contempló a Crystal.

-Creía que estabas en París -dijo-. Ésa fue tu última excusa para no ir a ver a tu hija.

-Llegué de París la semana pasada. ¿Cómo está la pobre Renata?

-Muy infeliz. Y no sería «la pobre Renata» si le ofrecieras parte de tu atención. ¿Cuándo vas a ir a verla?

-Cuando pueda. Ahora tengo tantas cosas que hacer... Voy a comprar un apartamento en Roma y eso me consume todo el tiempo.

-Bueno, al menos si vives en Roma, podrás verla bastante.

-Desearía que no me pincharas constantemente con eso -dijo con impaciencia-. Para ella es mucho mejor estar contigo. Mi vida no le sentaría bien.

-No hablo de que viva contigo, sino de que te visite cuando estés

viviendo en Roma. Entonces podrá visitarte mucho, ¿verdad?

-Bueno, espero que arreglemos algo -repuso ella de forma vaga-. Pero no te he traído aquí fuera para hablar de eso. ¿Has recibido ya la carta de mi abogado?

-Sí, llegó esta mañana.

-¿Y bien?

-¿Qué esperas que diga, Crystal? Sabes que no puedo reunir semejante suma de la noche a la mañana.

-Hace mesess que me fui. Has dispuesto de suficientes advertencias.

-Sí, pero nuestro acuerdo era que podía pagarte el resto de lo que te debo el año próximo.

-Lo sé, lo sé, pero lo necesito ahora. Las cosas han cambiado. Quiero seguir adelante con mi vida.

-¿Dónde está tu novio? No parece haber venido contigo esta noche.

-Oh, él -comentó con displicencia-. Se ha terminado.

-¿Tan pronto?

Ella se encogió de hombros.

-Estuvo bien un tiempo. Poseía ciertos... talentos.

-Sí, mencionaste eso en su momento -repuso con frialdad-. Supongo que sus talentos no bastaron a la larga.

-Me aburrí de él -reconoció-. Quería que nos estableciéramos de forma permanente en Nápoles y que tuviéramos montones de bambini.

-Y los bambini jamás entraron en tu agenda.

-Bueno, sea como fuere, ya no estamos juntos -afirmó, regresando con habilidad al tema que le interesaba-. Bajo ningún concepto iba a enterrarme en Nápoles, con o sin bambini. Así que lo dejé. Estoy dispuesta a empezar de nuevo, y quiero el resto de mi dinero.

-Crystal, por el amor del cielo, hago lo que está a mi alcance, pero no puedo producirlo a mi antojo. ¿Es que no puedes tener un poco más de paciencia?

-Parece que así tendrá que ser. Pero no me hagas esperar demasiado. Después de todo, tienes esa enorme propiedad. Puedes ponerla de aval para un préstamo.

-¿Tienes alguna idea de lo mucho que tuve que pedir prestado para pagarte la primera mitad del dinero? Claro que no.

-¿Cómo voy a saberlo? En cualquier caso, nunca he entendido mucho de dinero a menos que fueran cantidades grandes y sencillas.

-Bueno, pues ahora estamos hablando de una cantidad grande y sencilla, y es más de lo que puedo reunir con tanta rapidez.

-Oh, vamos, querido, no seas tonto. Claro que puedes reunirla. Siempre tienes a Joanna.

El rostro de él se tensó.

-¿Y qué es exactamente lo que quieres decir con eso?

-Que tiene mucho más que lo que yo nunca he tenido. La gente comenta que ahora sois inseparables. Así que es fácil. Lo único que tienes que hacer es casarte con ella.

CAPÍTULO 10

L A MIRÓ como si no pudiera creer lo que oía. -¿Qué... qué has dicho? -preguntó despacio. -Que deberías casarte con Joanna. Vamos, querido, no seas denso. Tiene suficiente dinero como para solucionar todos tus problemas.

Cuando siguió sin hablar, ella se acercó.

-Y entonces podrías permitirte todo lo que siempre has querido... incluido deshacerte de mí. ¿No es una posibilidad tentadora?

-¡Ya es suficiente! Jamás vuelvas a hablar así -espetó dominado por la furia-. Que ni siquiera pase por tu mezquina y retorcida mente.

-De acuerdo, de acuerdo, no hace falta ponerse así. Sólo pienso en tu bienestar.

-Pensabas en lo que te iba bien a ti, en nada más.

-No sé por qué tanta indignación. Necesitas una mujer rica y no hay muchas más ricas que ella. Aunque sólo Dios sabe por qué trabaja para vivir.

-Sí, tú no entenderías eso, ¿verdad? -soltó con dureza-. Joanna trabaja porque adora su profesión más que nada en el mundo, excepto su hijo.

-¿Más que a ti?

La pregunta fue como una cuchillada que lo obligó a respirar hondo.

-Joanna no me ama -logró decir al fin.

Ella ladeó la cabeza para estudiarlo.

-¿De verdad? Bueno, supongo que tú lo sabrás. Pero no hace falta que te desesperes. Con un poco de esfuerzo, estoy segura de que podrías conseguir que te ame...

-Déjalo -ordenó en voz baja-. Déjalo si sabes lo que es bueno para ti.

Crystal suspiró.

-Oh, querido,, qué quisquilloso eres. Ella es tu mejor oportunidad, y harías bien en aprovecharla para luego...

Calló y retrocedió ante la mirada asesina de Gustavo.

-¡Vete al infierno! -le dijo con furia contenida-. Vete al infierno y quédate allí. ¿Me has entendido?

Con esas últimas palabras alzó la voz lo suficiente como para que llegaran más allá de las puertas de cristal hacia el salón, de modo que los invitados más cercanos se sobresaltaron y giraron las cabezas. Gustavo cruzó el ventanal y fue directamente hacia Joanna.

-Si estás lista... -dijo.

-Claro -se preguntó qué podría haber pasado para que estuviera tan pálido.

Se despidieron de los anfitriones antes de salir. Lo último que vio Joanna fue a Crystal, con expresión de un gato que se había comido a

un ratón. Era un aspecto que recordaba de tiempo atrás y le provocó un escalofrío.

Una vez en la limusina, Joanna preguntó:

-Por el amor del cielo, ¿qué ha pasado? ¿Por qué gritabas?

-Porque esa mujer... -cerró las manos, comprendiendo que no podía contarle a Joanna nada acerca de la conversación-. No puedo hablar con ella sin enfadarme.

-¿Crees que se presentó a propósito?

-Oh, sí, sabía que íbamos a estar allí.

-¿Y qué ha sido de su instructor de aeróbic?

-Lo dejó en Nápoles. Al parecer, se ha terminado.

Joanna experimentó un ligero temblor. Intentó no prestarle atención.

-¿De modo que ha vuelto para quedarse? -preguntó.

-Ahora tiene un piso en Roma y habla de continuar con su vida.

-¿Era eso lo que quería contarte y lo que te ha enfurecido tanto?

-No, era otra cosa. No me lo preguntes, no puedo contártelo.

Le desagradaba el modo en que Crystal había irrumpido en los delicados sentimientos que recientemente habían crecido entre Joanna y él.

Era algo que nunca antes había conocido, por completo diferente de la pasión hacia Crystal, que había ardido a través del cielo como un cometa antes de sufrir una muerte brusca. En ese momento sabía que su amor por ella había sido casi todo físico, sin contar con la persona. Y una vez que había conocido a ésta, el amor se había acabado.

Con Joanna era al revés. Atesoraba su calidez, su gentileza y comprensión, la misteriosa sensación que sostenía el mundo en las manos y podía compartirlo con él. El deseo había surgido luego.

Era la mujer que quería. Doce años atrás había sido demasiado pronto. Ése era el momento adecuado para ellos.

0 al menos para él. De ella no estaba seguro.

Joanna había guardado silencio y comprendió que su tono había sonado muy brusco.

-Perdóname -pidió con suavidad-. No debería desahogarme contigo. No sé lo que digo. Ojalá pudiera dar marcha atrás al reloj esta noche.

Sabía que no debería tomarla en brazos y besarla, pero ya no tenía el control sobre sí mismo. Nada podría haberlo detenido.

En ese momento supo que era eso lo que había querido desde la noche de la boda, la noche en que los habían interrumpido. Desde entonces, fuera lo que fuere que estuviera haciendo, en cualquier momento del día o de la noche, había pensado en ella, la había necesitado y deseado.

Para Joanna, fueron mil besos en uno. Era el presente, pero

también todos y cada uno de los besos que le había dado en sus sueños. Sin embargo, entonces los desterró, ya que sólo eran recuerdos espectrales y fantasías anhelantes. Carecían de realidad junto a ese hombre, cálido y sólido en sus brazos, que le cubría la boca con labios hambrientos.

Sus propios labios lo buscaron más hondamente, extasiados cuando él respondió con una urgencia que representaba una promesa.

Las luces de un coche que iba en sentido contrario les recordaron dónde se hallaban y la presencia del chófer.

-Llegaremos a casa pronto -indicó Gustavo con voz levemente tensa.

-Sí -murmuró ella, acomodándose en el hueco de su brazo, con la cabeza en su hombro.

Por el momento, era todo lo que pedía, estar con él en paz y tranquilidad. No tardaría en querer más de él, lo mismo que quería Gustavo, y ese conocimiento formaba parte del gozo del instante.

Tan profunda era su satisfacción, que casi dormitó, hasta que lo oyó decir:

-Hemos llegado.

Bajaron del coche, tratando de mantener su llegada en secreto para el resto de la casa. Dentro, no encendieron ninguna luz, sino que se miraron bajo la iluminación tenue que ofrecía la lámpara del vestíbulo. En los ojos de él había una pregunta, que ella respondió dándole un beso fugaz en la boca.

-Vamos -le dijo, tomándolo de la mano para conducirlo a las escaleras.

Nadie los vio avanzar por el pasillo en dirección al dormitorio de Joanna, que cerró la puerta a su espalda.

-No enciendas la luz -susurró é1-. No la necesitamos.

-No -convino Joanna-, no necesitamos nada salvo esto.

Dio un paso atrás y se quitó los pendientes.

-Date la vuelta -pidió él, y comenzó a soltarle el broche del collar.

Joanna sintió el contacto de sus dedos, que le provocaron unos temblores suaves por su piel encendida. Cuando terminó y dejó el collar con cuidado en la mesilla, posó los labios en su cuello, renovándole los escalofríos.

-¿Estás segura? -le preguntó Gustavo en un susurro.

-Sí -logró murmurar a través del martilleo de su sangre, pero él ya había empezado a bajarle la cremallera del vestido.

Giró con rapidez y dejó que la seda se plegara en tomo a sus tobillos, abriendo los brazos para darle una bienvenida ansiosa.

-Oh, mi amor -susurró-. Ven a mí. Al fin.

Fue la voz burlona de Crystal en sus sueños lo que lo despertó.

«Necesitas una mujer rica y hay pocas más ricas que ella».

Había rechazado esas palabras, pero habíann permanecido en su cerebro y, en ese momento, lo machacaban y despertaban.

Giró la cabeza y bajo la luz del amanecer vio a Joanna dormida. A través de la sábana que la cubría podía ver el perfil de su hermosa desnudez, que la noche anterior le había ofrecido primero con gran ternura y luego con una intensidad fiera.

¡Una esposa rica!

Era horrible pero cierto. ¿Qué podía decirle? ¿Hablarle de amor mientras ocultaba la verdad financiera? El alma se le contrajo ante ese pensamiento.

«Cásate conmigo y, a propósito, necesito algo de efectivo». Ella estaba al corriente de su deudas, pero desconocía la súbita crisis creada por las exigencias de Crystal. La verdad sólo la convencería de que el pasado se repetía, y cualquier cosa era mejor que eso.

A lo largo de la larga y apasionada noche, había quedado asombrado por lo que había descubierto en ella. La calidez y la generosidad que formaban parte de su vida cotidiana también se manifestaban en el acto sexual.

Los regalos de Joanna eran abundantes y, en respuesta, todo su ser, no sólo su cuerpo, sino también su espíritu, habían recibido una liberación que lo había extasiado.

Lo había asombrado la fuerza de sus propios sentimientos, mucho más intensos que el delicado afecto que le había inspirado doce años atrás. Y mucho más profundos que el enamoramiento con Crystal. Pero la amarga verdad era que no existía un modo honesto en que. pudiera encarar la relación.

Había descubierto la verdad cuando ya era demasiado tarde.

Se levantó con sigilo de la cama y se vistió. Al terminar, se arrodilló junto a ella, con la cara casi pegada a la de Joanna. Su expresión era tan gentil y confiada como la de una niña. El beso que le dio en la frente fue tan leve que no la despertó.

-Lo siento -murmuró-. Intenta perdonarme.

Joanna mantuvo los ojos cerrados hasta el último momento, sabiendo que en cuanto los abriera, la noche acabaría. Lo que sucediera después sería tan dulce o más, pero nada se equipararía jamás a la primera revelación.

Ya no hacían falta más fantasías. Podía amar libremente a Gustavo, tal como él la amaba a ella. Y sabía que cuando abriera los ojos, vería ese amor en sus ojos.

Para prolongar el momento se estiró y, entonces, abrió los ojos e

inspeccionó la habitación.

Estaba vacía.

Algo en ella se negó a creer en lo que veía, porque no era posible que después de la noche que habían pasado juntos, se hubiera marchado para dejarla sola.

Supo que se había ido pronto para evitar que lo vieran. Pero, ¿por qué no había sabido que primero habría querido que la despertara?

«Deja de ser infantil», se reprendió. «Todo estará bien cuando lo veas».

Se levantó, se puso una bata y fue a la ventana, y allí, en la distancia, vio la figura alta de Gustavo vagando entre los árboles.

Se volvió con los ojos borrosos.

Abajo todo el mundo estaba contento. Freddy planeaba pasar el día en la excavación, que iba viento en popa.

Gustavo alzó la cabeza cuando Joanna entró en la sala del desayuno y le dedicó una leve sonrisa. Con el ceño fruncido, ella se acercó a él junto a la ventana.

-Tuve que irme temprano -musitó-. No quería que me vieran por el pasillo.

La miró y, durante un momento, ella vio algo conflictivo en su mirada, aunque él no tardó en recobrar el control.

-¿Va todo bien? -añadió Gustavo.

-No -respondió indignada. Creía que tendríamos más cosas que decirnos.

-Sí, debemos hablar, pero no aquí ni ahora. Luego he de contarte algunas cosas.

Joanna no pudo contenerse más.

-Tal vez no debas molestarte. Empiezo a pensar que ya se ha dicho todo.

-Joanna...

Oyó la súplica en su voz, pero estaba demasiado enfadada.

-Muy bien, grupo -dijo, acercándose a su equipo-. Pongámonos manos a la obra. Billy., ¿qué vas a hacer?

-Renata y yo vamos a ir a montar a caballo con Luca -repuso, y su madre asintió.

Luca era el jefe de las caballerizas y un hombre de confianza.

Después de eso, centró toda su atención en el trabajo. Hal había descubierto un sonido hueco en una de las paredes de los cimientos, lo que sugería una cámara oculta. Al concentrarse en ello pudo hacer a un lado los pensamientos de Gustavo, hasta que Hal dijo:

-Mira quién ha venido.

Gustavo se hallaba justo en la entrada de la tienda. Con un gesto le indicó que se reuniera con él. Cuando ella salió bajo el sol, él comenzó a andar.

-He de hablar contigo -comenzó-. He estado reflexionando y hay cosas.., no sabía si contarte esto, cómo reaccionarías...

-¿Es algo que deberías haberme dicho anoche?

-Sí -corroboró pasado un momento-. Creo que tal vez debería haberlo hecho.

-Bueno, más vale tarde que nunca -sonrió para ocultar sus sentimientos.

-Me da tanto miedo que lo malinterpretes... creo que me he comportado mal.

-¿Sí?

-Es una forma de hablar -suspiró-. Debería haber pensado antes... cuando vi a Crystal anoche... -calló porque un sonido distante se acercaba con rapidez-. ¿Qué es eso?

-Parece alguien que galopa como si en ello le fuera la vida -Joanna miró hacia la lejanía.

Al siguiente instante un caballo apareció a la vista, llevado por Luca. Venía solo.

Gustavo corrió hacia él, seguido de Joanna.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Gustavo.

-Un accidente... -jadeó.

-¡Billy! -gritó Joanna.

-No, no, es la pequeña. Se cayó. Creo que se ha lastimado el hombro. Billy está bien, pero se ha quedado a su lado para consolarla.

-¿Dónde? -preguntó Gustavo con impaciencia.

Luca describió el lugar y Gustavo fue hacia su coche al tiempo que sacaba el móvil para llamar una ambulancia. Joanna subió a su lado y juntos emprendieron la marcha, con Luca en el asiento de atrás.

Al fin el lugar apareció a la vista, junto a una corriente. Había unos árboles... y un tronco tendido en el suelo. Renata, sostenida por Billy, estaba sentada sobre él, sujetándose el brazo y llorando.

-Piccina... -Gustavo se puso de rodillas junto a su hija-. Está bien. Papá ha llegado -alargó las manos hacia ella, pero las retiró por miedo a hacerle daño-. Estoy aquí, cara -repitió.

Pero su presencia no le aportó consuelo. De hecho, se apoyó en Billy y gritó:

-¡Mamma! ¡Mamma!

Gustavo se puso de pie y se dio la vuelta.

-Espero que la ambulancia no tarde -dijo con voz cuidadosamente controlada.

-Todos los niños quieren a su madre en un mo

mento como éste -Joanna apoyó una mano en su brazo-. ¿Seguro que no vendrá en una ocasión así?

-Tienes razón -convino con tono seco, y comenzó a realizar otra llamada. Pero pasado un momento, guardó el móvil con gesto de

frustración-. Lo tiene desconectado. ¡Gracias a Dios ahí está la ambulancia!

-¿Podemos acompañarte al hospital?

-Gracias, pero no.

Lo entendía. Quería estar a solas con Renata y aprovechar la oportunidad para acercarse a la pequeña. No pudo hacer otra cosa que mirar cómo se alejaba la ambulancia.

-¿Estás seguro de que te encuentras bien? -le preguntó a Billy.

-Sí, mamá.

-Los llevaré de vuelta a la excavación -se ofreció Luca.

Pensó que Gustavo podría llamarla para ponerla al corriente de la situación, pero transcurrieron horas sin tener noticias de él. A última hora de la tarde, un taxi aparcó ante la casa y Gustavo y Renata bajaron del vehículo. Él subió los escalones con la niña en brazos y Joanna vio que parecía dormida.

-Sólo un brazo roto -les explicó a Joanna y a Laura-. Ni siquiera consideraron tenerla una noche en observación. Le han dado un analgésico suave y aún sigue aturdida, así que la voy a llevar directamente a la cama.

Lo siguieron por las escaleras.

-La ayudaré a desvestirla -le dijo Joanna a Laura mientras Gustavo la depositaba en la cama.

-Esperaré fuera -dijo él.

Renata permaneció adormilada casi hasta el último instante, pero entonces despertó súbitamente y se puso a llorar.

-Maroma. Maroma. Maroma.

Joanna abrió la puerta.

-¿Has logrado ponerte en contacto con Crystal?

-No. Su abogado me ha dado su nueva dirección, pero cuando llamo, salta el contestador.

Se acercó a la cama e intentó tomar a su hija en brazos, pero ella lo empujó con el brazo bueno, luego enterró la cara en la almohada y sollozó.

-Renata, carissima -le acarició el pelo-. Por favor...

-Quiero a maroma.

De pronto Joanna tuvo un pensamiento, tan sorprendente que se acercó a la ventana para que él no le viera la cara.

Eso podía ser lo que hiciera que Crystal volviera, quizá de forma permanente. ¿Sería lo que Gustavo querría en secreto, tanto para salvarse de la ruina como por el bien de la pequeña?

Intentó desterrar la idea, pero sabía que eso explicaría la incomodidad de la noche anterior. ¿Qué otra cosa podría explicarlo? Pero se aseguró que nunca sucedería, porque Crystal jamás regresaría por voluntad propia.

Regresó a la cama, donde Gustavo aún seguía sentado, angustiado por su incapacidad para reconfortar a su hija.

Renata no hacía más que llorar, dejando escapar suspiros de desesperación.

Joanna respiró hondo y dijo:

-Gustavo, debes encontrar a Crystal. No me importa lo que haga falta, pero tráela aquí.

La miró un momento a los ojos.

-Tienes razón.

Durante un instante Joanna pensó que iba a besar a Renata, pero Gustavo se contuvo y la miró con tristeza. Luego se marchó.

Desde la ventana lo observó alejarse y se preguntó qué había hecho y qué resultado depararía. Pero no había tenido alternativa. Lo sabía.

CAPÍTULO 11

DURANTE la cena, Billy les contó todo a Freddy y a ella.

-Estaba ese árbol caído, mamá, y ella dijo que podía saltarlo. Luca le dijo que no lo hiciera, pero no quiso escucharlo. Lo saltó y se cayó cuando el caballo volvió a posarse en el suelo. Me asustó. Pensé que se había roto el cuello.

-Sólo ha sido el brazo -le indicó Joanna-. Pero te has comportado como un héroe al quedarte con ella.

-No dejaba de hablar de su mamá, diciendo que iba a venir y a llevársela. Luego se puso a llorar aún más.

-Supongo que el brazo debía de dolerle mucho -comentó Freddy.

-No, es más que eso -insistió Billy-. Incluso antes del accidente no hacía más que decir que su madre la quiere con ella, y luego se ponía a llorar. Creo que sabe que eso no es verdad. No lo reconoce, pero una parte de ella empieza a sospechar.

-Pues su madre va a venir ahora -dijo Joanna-. Quizá todo se arregle. ¿No es hora de irse ya a la cama?

Billy adoptó una expresión obstinada, pero Freddy le dio una palmada en el hombro y añadió: -Vamos, terminemos la charla que manteníamos.

Se fueron juntos.

Gustavo regresó tarde. Al principio pensó que lo hacía solo, pero entonces abrió la puerta de atrás y Crystal bajó. Incluso desde esa distancia, pudo ver que tenía un humor de mil demonios.

Les abrió la puerta y se apartó mientras Crystal se acercaba a la niña, que ya se había quedado dormida. Se sentó en la cama y la sacudió un poco. Renata abrió los ojos. Soltó un grito de alegría al ver el rostro de su madre, y al siguiente instantee estaban la una en los brazos de la otra.

Joanna pudo discernir las palabras de amor y reafirmación maternal que le susurraba Crystal. Miró a Gustavo con expresión desconcertada y él la sacó al corredor.

-Lo hace de maravilla, ¿verdad? -comentó-. Nadie imaginaría que prácticamente tuve que forzarla a subirse al coche. Ahora va a interpretar el papel de madre cariñosa hasta que se aburra, luego se irá otra vez y me dejará a mí recogiendo las piezas.

-¿Qué pasa con su otro hijo?

-Está seguro en el apartamento, con Elena, su niñera.

-¿De modo que intentó no venir?

-Sí, pero la convencí -los ojos le brillaban-. También la convencí de traer algo de ropa porque va a quedarse unos días, le guste o no.

Tenía la expresión dura, intimidadora. Le habría encantado conocer sus pensamientos, pero de pronto se dio cuenta de que en esa pelea familiar, ella era una intrusa.

-Espero que todo salga como quieres -deseó con voz grave.

Durante unos días se mantuvo alejada de la familia. Se negó a especular sobre lo que sucedía entre Crystal y Gustavo. Ese camino conducía a la locura.

Hasta que Gustavo los invitó a tener un día libre y pasarlo en la piscina.

Joanna trató de no mirarlo cuando apareció con Crystal y Renata, ambas con bañador. Parecían una familia, lo cual, en cierto sentido, eran. Igual que Freddy, Billy y ella.

Renata y Crystal se sentaron en lo alto de los escalones que conducían a la parte menos profunda de la piscina. Tenían las cabezas juntas y Joanna oyó la palabra «Toni» varias veces, y vio que la pequeña sonreía ante la mención de su hermanastro pequeñito.

-Mira -dijo Crystal, metiendo la mano en el bolso para sacar un álbum de fotos-. Joanna, tú no has visto a mi bebé, ¿verdad?

Era un niño hermoso y en casi todas las fotos aparecía sonriendo, en la mayoría en brazos de su madre, mientras ella le dedicaba una expresión extasiada.

-Siempre las llevo conmigo -le dijo a Joanna.

-¡Eh, Crystal! -llamó Freddy desde el agua.

Ella lanzó un grito y se metió en el agua.

En cuanto desapareció, Renata se puso a hurgar en el bolso con manos cada vez más frenéticas, hasta que al final se rindió y lo apartó.

-¿Qué sucede? -Gustavo se acercó.

-Acaba de descubrir que Crystal no guarda ninguna foto de ella, pero sí de Toni -musitó Joanna-. ¡Maldita sea!

Gustavo fue a sentarse junto a Renata. Por una vez, la niña no le dio la espalda y Joanna conjeturó que la presencia de Crystal lo convertía a sus ojos en uno de los «buenos». Incluso le dedicó una sonrisa, aunque claramente le supuso un esfuerzo.

Joanna se unió a Freddy al otro lado de la piscina para comer un sándwich del bufé que Gustavo había pedido que montaran junto al agua.

-Esto es vida -dijo él, tumbándose sobre la hierba mientras ella le llenaba la copa de vino-. ¿Qué hay que hacer para vivir así todo el tiempo?

-Lo que necesitas es otra esposa rica -observó ella sin resentimiento.

-Ah, vamos, eso no es justo -protestó-. Yo estaba loco por ti. Lo sabes.

-Sí, lo estabas -convino-. Pero, ¿cuán loco habrías estado si no hubiera tenido un buen saldo financiero?

Él lo analizó con seriedad.

-La cuestión es que era probable que siempre lo tuvieras. Y yo

disponía de suficiente dinero propio para moverme entre gente rica, de modo que conocía señoras ricas. La suerte siempre estaba a mi favor.

-¿Tienes un ideal de mujer en mente... aparte del dinero, por supuesto?

-Bueno; no debería ser demasiado seria. Me gusta pasármelo bien sin pensar en el mañana. Pero casi ninguna mujer parece hecha de esa manera.

-Crystal sí -suspiró.

-Sí, pero en este momento anda un poco corta de dinero. Gustavo aún debe entregarle la mitad de su fortuna, y ella se lo está pidiendo con más celeridad que la que él puede ofrecer.

Lo miró.

-¿Cómo sabes eso?

-Me lo dijo ella. Hemos llegado a conocernos bastante bien en estos días. Me encuentra un hombro útil sobre el que desahogarse. Mantienen una especie de discusión al respecto. ¿Él no te lo ha dicho?

-No.

-Ah, bueno, quizá le resulte algo difícil. Motivos de delicadeza y todo eso -pasado un momento, continuó-: Es una pena, porque en un mundo ideal, Gustavo y tú os casarías de inmediato, y eso solucionaría los problemas de todos.

-Freddy, ¿vas a volver a ponerte vulgar?

-Es probable. Las soluciones más prácticas por lo general son vulgares para las personas de sensibilidad refinada.

-¿Y tú cómo lo sabes? No reconocerías una sensibilidad refinada ni aunque te toparas con ella.

-Sí lo haría, aunque primero le daría un coscorrón. Se lo tendría merecido por causarme tantos problemas.

-¿De qué hablas ahora? -trató de sonar severa, pero no pudo evitar reír.

-Digo que si te casaras con Gustavo, él podría pagarle a Crystal su dinero, y entonces ella dejaría de incordiarlo, y a ti también. Y, desde luego, una vez que recuperara su fortuna... bueno...

-¿Te atreves a sugerir...?

-Tú misma lo has dicho, necesito una mujer rica. Y creo que a ella y a mí nos podría ir bien juntos.

De pronto pensó que Freddy tenía toda la razón. Parecían hechos el uno para el otro.

-Y a los críos les encantaría -continuó él-. Se quedaría todo en la familia, por decirlo de alguna manera.

También en eso tenía razón. De hecho, tenía tanta razón en cada sugerencia cínica, que se lanzó otra vez a la piscina.

Había sido un buen día y todos se sentían mejor al regresar a la

casa a última hora de la tarde, listos para vestirse para la cena.

Joanna fue la primera en bajar y encontró a Crystal en la biblioteca.

-¿Estás enfadada conmigo? -preguntó Crystal-. Me has estado mirando todo el día con ojos centelleantes. Y odio cuando la gente está enfadada conmigo.

-Si lo estoy, es por el modo en que le haces daño a Renata.

-¿Yo? Si soy encantadora con ella...

-¿Qué me dices de las fotos que has exhibido de Ton¡ cuando no guardas ninguna de ella?

-¿Miró en mi bolso? No debería haberlo hecho.

-Buscaba reafirmación de que también llevas fotos suyas. Y no lo haces. Eso duele, Crystal.

-¡Diablos! -suspiró con desesperación-. Mira, yo... Piensas que soy un monstruo, ¿verdad?

-Bueno... no puedo imaginarme sintiendo tan poco interés por Billy como parece que sientes tú por Renata.

-Lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlo. No es mi culpa. Algo sucedió cuando'nació... o, más bien, algo no sucedió. La primera vez que la sostuve en brazos, quise experimentar esa oleada de amor que se supone que te embarga, y no sentí absolutamente nada. Lo intenté y lo intenté, pero no podía sentir nada.

Joanna recordó el amor que la barrió como un huracán la primera vez que vio a Billy. Experimentó un momento de simpatía por Crystal, que no había vivido un gozo tan increíble. Quizá no debería culpársela tanto por no ser capaz de establecer vínculos.

Pero al siguiente instante, parte de su simpatía se evaporó al oírla.

-¡Si hubiera sido un niño...! Quería tanto que fuera un niño... Todos esos meses de engordar y ponerme fea. Por supuesto, Gustavo quería un heredero y yo quería dárselo y quitarme el asunto de encima. Tuve un parto malo. Duró siglos, y en todo momento pensaba «Por favor, que sea un niño, para no tener que repetir esto jamás». Y cuando salió una niña, me sentí indignada.

-¿Indignada?

-Estaba cansada -se defendió-. Me dolía todo y Gustavo decía cosas como «No te preocupes, cariño. La próxima vez». Como si algo así pudiera hacer que me sintiera mejor. Te aseguro que ser princesa no fue divertido.

-¿Por eso te casaste con él? ¿Por el título? ¿No lo amabas?

-La verdad es que no lo sé -reflexionó-. Sí, supongo que estaba enamorada, en cierto sentido. Entonces parecía encantador y estimulante. Pensé que viviríamos de esa manera, yendo a los sitios más bonitos del mundo, conociendo a todas las personas importantes. Pero lo único que quería Gustavo era enterrarse en este lugar y gastar

hasta el último céntimo aquí. ¡Dios, qué aburrido es vivir con él!

-¿Aburrido? ¿Gustavo?

-No sabe cómo divertirse.

-Supongo que tiene su propia idea de lo que es divertido.

-Sí, huesos y ladrillos antiguos. La historia. Las cuentas del patrimonio. ¡No, gracias! Durante años intenté ser lo que no soy, pero no lo conseguí. Jamás debí casarme con él. Gustavo debería haberse casado contigo. Eres tan aburrida como él.

.a

-Sí, supongo que sí -aceptó sin resentimiento. No se podía estar enfadada con Crystal. Una parte de ella seguía siendo una niña y no sabía comportarse de otra manera.

-La cena estará lista de un momento a otro -dijo Joanna-. ¿Entramos?

-Dame un momento. Aún no he llamado a Elena. Crystal llamada a la niñera de Toni varias veces al día.

En cuanto se puso a hablar, Joanna pudo ver que algo no iba bien.

-Lo oigo gritar -dijo al auricular-. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? ¿Qué quieres decir con que tiene hambre? Está enfermo. Sé que está enfermo.

Gustavo entró en la sala con Renata.

-¿Qué pasa?

-Toni está enfermo -gimió Crystal-. He de ir a su lado de inmediato. Puede estar muriéndose.

Gustavo le quitó el auricular de la mano.

-¿Elena? ¿Qué ha pasado? Comprendo. ¿Su biberón se ha retrasado unos minutos?

Por el rabillo del ojo Joanna vio que Renata salía de la estancia. La siguió escaleras arriba hasta su habitación.

-¿Qué haces? -le preguntó al ver que comenzaba a sacar ropa de los cajones, aunque muy despacio, por que sólo podía usar un brazo.

-Me voy con mamá. Me quiere.

-Pero...

-Me quiere -repitió con determinación-. Si Toni está enfermo, no volverá, así que he de irme con ella.

Gustavo apareció en el umbral y, al ver su expresión, Joanna supo que lo había oído todo.

-Carissima... -comenzó.

La niña se volvió hacia él.

-No puedes detenerme.

-¡Gustavo! -era la voz de Crystal desde el corredor-. Estoy lista. He de ir junto a Toni de inmediato.

-Voy, mamá -llamó Renata.

-¿Qué? -Crystal entró en la habitación con el ceño fruncido-. ¿Qué

has dicho?

-Estoy lista para ir contigo.

-Pero, cariño, ¿de qué hablas? No puedo llevarte conmigo.

-Pero tú dijiste...

-Dije que un día... tal vez... pero ahora Toni está enfermo...

-Pero eso quiere decir que me necesitarás -la voz de Renata había subido de tono.

-Pero... pero... lo siento, pero tienes que entender... Sencillamente, no puedo...

-Renata... -comenzó Gustavo.

-No -intervino Joanna con rapidez-. No es momento de autoridad. Sí de súplica.

-¿A qué te refieres?

-No le des órdenes -musitó-. Pero dile lo mucho que la necesitas. Suplica, si es necesario.

-Pero mira lo mucho que...

-No le des a Crystal la oportunidad de volver a rechazarla. No podría soportarlo. Es tu mejor oportunidad. ¡Hazlo!

Gustavo se interpuso entre las dos, se apoyó en una rodilla y posó las manos sobre los hombros de su hija.

-Carissima -comenzó-, si quieres irte, no te detendré pero, por favor, no lo hagas. Piensa en mí si te fueras. ¿Qué haría sin ti?

Ella permaneció en silencio, el rostro dominado por la incertidumbre.

-Sé que preferirías irte con mamá -continuó Gustavo-, pero yo te quiero mucho, más de lo que imaginas. ¿No te quedarás conmigo? Por favor...

Renata respiró hondo y, de pronto, fue como si le quitaran un peso de encima. Se irguió.

-No puedo irme contigo, mamá -manifestó con dignidad infantil-. Papá necesita que me quede y lo cuide.

-Gracias, cariño -dijo él.

-Estoy segura de que tienes razón -dijo Crystal, interpretando su papel a la perfección-. Deberías quedarte y cuidar de papá. Sí, es lo que deberías hacer -lo repitió como si fuera un mantra al que pudiera aferrarse. Luego añadió-: Ahora necesito que alguien me lleve a Roma.

-Lo hará el chófer -indicó Gustavo-. Yo prefiero quedarme con mi hija.

-Si crees que un chófer es lo que merezco cuando me encuentro en tal estado... -se resignó Crystal.

-Bajo ningún concepto -dijo Freddy a su espalda. Había entrado en la habitación sin que nadie lo notara-. Será un placer llevarte.

-Oh, Freddy, eres tan amable y comprensivo... -agradeció Crystal.

-Es un placer -dijo él con sinceridad.

Joanna los siguió hasta la parte delantera, donde habían llevado el coche. Antes de ponerse al volante, Freddy le guiñó un ojo. Ella movió la cabeza.

Cuando se pusieron en marcha, Joanna llamó al apartamento de Crystal en Roma.

-¿Elena? Van de camino.

La niñera soltó un suspiro exasperado.

-No hacía falta. Le he dado de comer y se ha quedado dormido. El pequeño no tiene nada.

Se reunió con los demás para la cena y no volvió a ver a Gustavo hasta entrada la noche. Luego él fue a buscarla y le tomó las manos.

-Gracias de todo corazón. Jamás habría pensado en lo que me aconsejaste. No sé cómo me las arreglaba antes de que vinieras. Lo has transformado todo. Si tan sólo yo...

Por algún motivo, pareció incapaz de continuar.

-¿Si tan sólo qué?

-Si hubiera prestado atención a tus consejos antes...

Fue una respuesta forzada que le indicó que no era eso lo que había pensado decir.

-Salvó el honor de Renata. Pobrecilla. De este modo, es ella quien ha tomado la decisión.

-¿Y eso importa?

-Oh, sí -dijo, recordando lo sucedido doce años atrás-. No tienes idea de lo mucho que importa.

Le soltó las manos.

-Te estaré agradecido toda mi vida -dijo-. Ojalá supiera la forma de transmitirte lo que has hecho por mí... lo mucho que significa.

Ella esperó algo más, pero no llegó. Gustavo había vuelto a retraerse en sí mismo y, fuera lo que fuere lo que había querido decir, no lo dijo.

CAPÍTULO 12

PARA los que trabajaban en la excavación, ya sólo importaba una cosa. Cuánto tardarían en quitar todos los ladrillos que ocultaban la cámara secreta.

Tardaron un día y medio más en llegar hasta la abertura.

-Ya estamos -dijo Joanna-. La linterna.

Al siguiente instante, iluminó la oscuridad. Lo que vio la impulsó a sentarse.

-¿Qué es? -preguntaron Lily y Danny al unísono.

-Tomad -dijo tendiéndoles la linterna-, y decidme qué veis dentro.

Uno a uno miraron todos, pero nadie pronunció palabra. Todos estaban demasiado atónitos.

-Creo -comenzó Joanna despacio- que debería ir a buscar a Gustavo.

La luz se desvanecía cuando llegó a la casa y fue directamente a la biblioteca, donde lo encontró estudiando un atlas en compañía de Renata.

-Hay algo que deberías ver -dijo con toda la calma que pudo mostrar.

-Pensé que vendríais todos a cenar -comentó él.

-Esto es mucho mejor que la cena. La miró desconcertado.

-¿De qué se trata? -inquirió.

-Ven a verlo -repitió.

Renata tomó la mano de su padre.

-Vamos, papá.

Regresaron en el coche de Joanna; la excavación estaba llena de luces brillantes que habían llevado en unos camiones.

-Sacamos otro ladrillo -comunicó Hal con voz entusiasmada.

-¿Qué habéis descubierto? -quiso saber Gustavo.

-Toma -le entregó una linterna-, y echa un vistazo.

Se puso en cuclillas para seguir el haz de luz y Joanna lo oyó contener el aliento.

-¿Eso es... lo que creo que es? -preguntó.

-Es oro -respondió Joanna-. Estoy casi segura.

-El tesoro perdido de Montegiano -susurró él.

-Tardaremos unos días en poder entrar y sacar lo que encontremos -indicó Joanna con cautela-. Pero tiene buena pinta.

-Gracias por traerme a verlo -dijo-. Si sólo...

-Sí -Joanna asintió-. Si sólo...

-Tendremos que ser pacientes, papá -dijo Renata, hablando como una niñera.

Proteger a su padre era algo que se había tomado muy en serio.

Joanna despertó, alerta. Aún reinaba la oscuridad, pero el instinto le decía que había alguien en la habitación.

-¿Quién anda ahí? -preguntó.

-Soy yo, Gustavo. Perdóname por entrar así, pero no podía llamar por si alguien lo oía. No, no enciendas la luz.

Se incorporó en la cama. Él estaba sentado en el borde e irradiaba entusiasmo.

Con el corazón desbocado, se preguntó por qué había ido a su dormitorio en la oscuridad.

-No podía dormir -explicó él, como si le hubiera leído el pensamiento. He estado pensando en todo... nos encontramos al borde de muchas cosas, ¿no crees?

-Sí -corroboró.

Si tan sólo la besara... Desde la noche que habían pasado juntos, una sombra parecía haber caído entre ellos.

-No soporto más tiempo la espera -dijo él-. Hagámoslo ahora.

-¿Hacerlo...?

-Vayamos a la excavación y descubramos qué hay. Sé que aún está oscuro, pero no tardará en amanecer.

Era evidente que únicamente era capaz de concentrarse en lo que pudiera descubrir.

-Me reuniré contigo abajo en un minuto -le dijo.

Gustavo ya había arrancado el coche cuando Joanna se sentó a su lado, y en diez minutos llegaron al emplazamiento. Ella sacó algunas luces y descendieron a los cimientos.

-Hemos conseguido sacar otro par de ladrillos -le indicó Joanna-. Ahora podrás verlo mejor.

Inundó la cámara con luz.

-Está lo bastante cerca como para tocarlo -musitó él, tratando de llegar-. No, no puedo pasar por este agujero.

-Toma la luz. Yo soy más delgada.

Avanzó por el agujero hasta que pudo tocar algo y lo agarró.

-Sácame -dijo.

Tiró de ella con tanta celeridad que Joanna tuvo que enganchar el brazo alrededor de su cuello para estabilizarse. Gustavo no la soltó.

-No estoy seguro de atreverme a mirar -comentó él-. Es demasiado importante.

-¿Sí? -no pudo evitar que una cierta tristeza se manifestara en su voz. No era eso lo que había esperado que le importara.

-Más de lo que puedas imaginar -aseveró con pasión.

-En ese caso, veamos qué tenemos -comentó con calma.

La bajó al suelo y se sentaron en el muro bajo mientras ella alzaba el objeto que había encontrado.

Era un broche grande, fabricado con un metal amarillento, con

piedras engastadas que parecían fragmentos de cristal barato de colores.

-Oh -musitó él con voz desinflada.

-¿Qué quieres decir con «Oh»? -quiso saber, cada vez más entusiasmada.

-Barato y feo -repuso desanimado-. ¿Por qué se molestaron en conservarlo?

-¿Barato y feo? -repitió indignada-. ¿Piensas que las joyas de hace mil quinientos años tenían el mismo aspecto que las de ahora? No brillaban como las piedras modernas.

-Sí, pero éstas... ¿Quieres decir que estos trozos de vidrio son...?

-La última vez que encontré algo con «trozos de vidrio», se vendió por cinco millones de dólares -contestó-. Me voy a arriesgar al decir esto, pero creo que son de verdad... oro, rubíes y esmeraldas de verdad...

No pudo continuar. Él la abrazó con tanta fuerza que la dejó sin aliento. El broche se cayó mientras él la besaba una y otra vez y la levantaba en brazos.

-Gustavo -dijo, riendo y devolviéndole los besos.

-Hemos ganado -exclamó exultarte-. Hemos ganado. Todo es maravilloso.

-¿Lo es? -la cabeza le daba vueltas-. Bueno, sé que vas a ser muy rico...

-Pero eso es maravilloso, ¿no lo ves? Ahora puedo pedirte que te cases conmigo.

Ella apoyó las manos en sus hombros, ceñuda.

-¿Ahora? ¿Sólo me lo puedes pedir ahora?

-Claro. Ahora soy independiente. Ahora no te pareceré un cazafortunas.

-Nunca me pareciste un cazafortunas. Bájame.

Lo hizo, pero no la soltó.

-Si supieras lo mucho que me frustraba... ¿Cómo iba a poder acercarme a ti cuando necesitaba tanto tu dinero?

-¿Por qué no podías? Lo hiciste en una ocasión. No te culpé entonces. ¿Por qué crees que te culparía ahora?

-¿No ves que es diferente? Cuando nos conocimos la primera vez... fue un pacto por ambas partes. Conocíamos los términos incluso antes de conocernos. En su estilo, fue una transacción honesta. Pero ahora...

-Pero ahora hemos hecho el amor -aportó despacio-. Y eso marca una diferencia.

-Intenté decirte que había cosas que debería haber expuesto primero...

-Pero yo ya sabía que andabas escaso de dinero. Lo necesitabas para pagarle a Crystal. Creo que me dijiste eso el primer día. ¿Qué

hacías? ¿Tratar de espantarme?
-Claro que no. Sólo eras una vieja amiga en la que percibía que podía confiar. Fue más tarde cuando importó tanto... después de Londres... -se mesó el pelo. Prefería las cosas directas-. Después de Londres -volvió a intentarlo-, creía que nos habíamos acercado más...
-Y yo...
-Si no hubiera aparecido Freddy... bueno, lo hizo, y tuve que ser paciente. Sabía que ya llegaría nuestro momento... tenía que llegar.
-La noche de la fiesta, cuando apareció Crystal.
-Sí, puso todo tipo de ideas feas en mi cabeza.
-¡Qué raro! No deberías haberle hecho caso.
-Quiere el resto de su dinero. Intenta no hacerle caso a eso.
-Lo sé. Freddy me lo contó. Los dos empiezan a hacerse rápidamente inseparables, pero, ¿y qué? ¿En qué pueden afectarnos?
-Sugirió que me casara contigo para poder pagarle. ¿Te contó eso Freddy?
-No, pero él también lo pensó.
-Apuesto que sí.
-Pero, ¿qué importa? ¿Por qué te preocupa tanto?
-Porque la noche que te hice el amor, lo hice por que lo deseaba. Te deseaba más de lo que nunca he deseado algo o a alguien pero, ¿cómo ibas a poder creerlo?
-Porque me lo acabas de contar tú.
-Pero si fuera tras tu dinero, eso es lo que haría, ¿no? Quizá deberías reflexionar antes de creer una palabra que yo te dijera.
-¿Por qué estás tan decidido a interpretar el papel de fiscal?
-Porque nadie más va a hacerlo.
-Gustavo, ya oí la exposición de la acusación años atrás, he vivido con ella. Ahora quiero oír la otra parte.
-Deberías ser cauta... tenía motivos para comportarme mal.
-Algunas personas creían que te comportabas mal cuando te casaste con Crystal -le soltó-. Pero no te importó. Soslayaste todo porque la amabas. Entonces, ¿por qué no puedes ignorar a la gente por mí?
-Cariño...
-No me llames cariño, hipócrita.
-Te amo, y pienso llamarte lo que me apetezca. ¿0 no significa nada que te ame?
¡Ya lo había dicho!
Después de tantos años, le había dicho que la amaba, pero en vez de ser el momento dulce y glorioso que había soñado, había salido por una pelea.
-Habría significado algo si me amaras -dijo despacio-. Pero, en realidad, no tengo un puesto prominente en tu lista de prioridades.

-No sé de qué hablas -comentó distraído-. Sólo sé que éste no es el modo en que se supone que debe suceder...

-¡Al cuerno con lo que se supone que debe pasar! -exclamó-. Has dedicado tanto tiempo de tu vida a hacer lo que se supone que debes hacer, que has olvidado cómo hacerlo de otro modo. ¿Por qué no puedes seguir los dictados de tu corazón, como hiciste con ella?

-Me gustaría que la dejaras al margen de esto.

-¿Cómo? La amaste tanto, que no te importó lo que nadie pensara, ni siquiera lo que tú mismo pensabas. Ahora es diferente. Primero están tus prioridades, tu orgullo; segundo, tu reputación; tercero, yo.

-Eso es injusto.

-A menudo la verdad lo es, pero sigue siendo la verdad. Bueno, pues a mí no me basta. Yo no quiero un amor a medias. Quiero uno que importe tanto, que dejes todo lo demás por mí, como hiciste antes. Y no es algo que pueda tener, al menos de ti. Incluso recibí algo mejor de Freddy.

-Freddy era un cazafortunas.

Ella suspiró.

-Gustavo, si empezara a preocuparme de los motivos de los hombres que tienen menos que yo, moriría soltera. Son casi todos. Tengo mis propios patrones, y en ellos no incluyo el balance financiero de un hombre. ¡No me importa! Sólo me importa cuánto me ame.

-Y yo te he dicho que te amo.

-No, no lo has hecho. Lo que amas es tu propia opinión de ti mismo como hombre decente.

-¿Y tú? Tú no me amas, ¿verdad?

-¿Cómo demonios lo sabes?

-Porque estás buscando excusas para retirarte, igual que la última vez. ¿No es cierto?

Tenía el corazón dominado por una decepción amarga de que todo hubiera llegado a ese punto.

-Creo que deberíamos irnos a casa -indicó-. Este no es el momento ni el lugar.

-Yo creo que sí.

-No intentes hablarme, Gustavo. Estoy tan indignada, que puede que no quiera volver a hablar nunca más contigo.

-No te entiendo.

-No, ¿verdad? Es algo en lo que podemos coincidir. Jamás has entendido nada de mí. Ni entonces, ni ahora.

Salió de la excavación furiosa, se metió en el coche y se marchó.

A medio camino de la casa recuperó el sentido común y recordó que él carecía de medio de transporte. Gimiendo, dio la vuelta y condujo hasta verlo.

-Sube -soltó con los dientes apretados-. Y no vuelvas a decirme ni una palabra, ¿lo has entendido?

-No -dijo con voz apagada-. No entiendo nada.

-Entonces, cállate de todos modos.

En los siguientes días, se reveló la completa extensión del tesoro, y superaba con creces las esperanzas de todos.

El orgullo profesional de Joanna batalló con su orgullo personal. Pero había muchas más cosas que la mantenían ocupada. Era hora de que Billy regresara al internado en Inglaterra. Le gustaba, pero sabía que se sentiría más feliz si ella se estableciera en Italia y lo llevara a vivir allí.

Freddy lo iba a llevar a Inglaterra antes de regresar a Roma para instalarse en un hotel próximo a Crystal. Al menos él estaba rebosante de felicidad por el desarrollo de las cosas. Y, según su versión, lo mismo le sucedía a Crystal.

La noche antes de su partida, Gustavo se obligó a ser un buen anfitrión y fue a reunirse en la biblioteca con el huésped no invitado.

-¿Te sirvo otra copa, Freddy? -le preguntó con cortesía.

-No me importaría -Freddy extendió la copa para que se la rellenara.

-¿Has terminado de hacer la maleta?

-Sí, no te preocupes. Te dejaré en paz a primera hora de la mañana.

-Espero que no hayas sentido que no has sido bienvenido -manifestó Gustavo, obligándose a mantener la cortesía.

-Oh, puedo hacer que me den la bienvenida en cualquier parte -comentó Freddy, cambiando levemente el sentido-. Ha sido una visita estupenda. He visto mucho a mi hijo y me quedo más tranquilo contigo.

-¿Conmigo? -repitió sorprendido-. ¿Por qué deberías preocuparte por mí?

-Por ti, no. Pienso en Joanna y en ti. Y también en Billy, desde luego. Billy dice que estás bien.

-Es muy amable -aceptó con cautela-. Pero no termino de...

-¡Oh, por el amor del cielo! -gimió Freddy-. Joanna y tú lleváis doce años jugando al ratón y al gato. ¿No crees que ya es suficiente?

-Creo que has malinterpretado la situación...

-¿Quieres decir que no estuvisteis prometidos? Es gracioso, todo el mundo decía que sí.

-Dejémoslo ahí.

-¿Cómo podemos dejarlo? -demandó Freddy-. Tarde o temprano te vas a casar con Joanna y vas a ser el padrastro de Billy...

Como siempre que la conversación se adentraba en lo personal, Gustavo sintió que se ponía tenso.

-No sé de dónde has sacado semejante idea... -comenzó.

-Todo el mundo lo sabe.

-Entonces, todo el mundo se equivoca -afirmó con convicción-. No hay duda al respecto.

-No me digas. Viví con ella durante ocho años y la conozco bastante mejor que tú. Estuve enamorado de ella. ¿Sabes?, le fui fiel cuatro años enteros, incluso cuando estuvo embarazada.

-Es para felicitarte -ironizó.

-Es lo mismo que pienso yo. Cuatro años. Me marea pensar en ello, incluso, ahora. Cuatro años -repitió, más consternado por minutos-. Para lo que me sirvió... Jamás tuvimos una oportunidad. ¿Y por qué? Porque desde el principio ella estaba enamorada de ti.

-Eso no es verdad. Joanna quedó encantada de romper nuestro compromiso...

-¡Santo cielo! -exclamó impaciente-. Abre los ojos. Bajo ningún concepto quería romperlo pero, ¿qué esperabas que hiciera? ¿Llorar por ti y permitir que el mundo viera todo lo que le importabas? ¿Crees que tiene tan poca autoestima?

Hizo una pausa para ver si Gustavo decía algo, pero no emitió ningún sonido. Sus ojos lo quemaban.

-Cuando nos vimos un año más tarde, pensé que quizá te hubiera sacado de su cabeza -continuó-. Pero no fue así. Aunque no estuve seguro hasta después de casarnos. Puede que no sea el tipo más agudo del mundo, pero sé cuándo le hago el amor a una mujer que finge que soy otro hombre.

Como un relámpago, Gustavo recordó.

-Dijiste que había más formas de ser infiel -murmuró.

-Exacto. Jo siempre me fue estrictamente fiel en el sentido técnico, pero en la cama siempre éramos tres.

-Pero... -luchó por encontrar las palabras y no ceder al júbilo que empezaba a crecer en su interior-... no es más que una teoría. Quizá malinterpretaras...

-No. Lo sé porque una vez discutimos por el tema y prácticamente lo reconoció. A su manera, me tenía cariño, y fue un buen matrimonio. Pero, en lo importante, tú siempre fuiste el primero.

»En todo caso, ya he averiguado lo que vine a buscar. Que estáis locos el uno por el otro. Fin de la historia. 0 debería serlo, si no fuerais tan idiotas. Dad el paso de una condenada vez, antes de que pierda la paciencia.

Gustavo permaneció sentado en silencio, como si algo lo hubiera dejado sin aliento.

-¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez -añadió Freddy con

amabilidad- que Jo hizo lo que sabía que tú querías, rompiéndose el corazón en el proceso?

Gustavo movió la cabeza.

-Qué me condenen si sé cómo has podido pasarlo por alto.

Gustavo sonrió levemente.

-Quizá yo tampoco sea el tipo más agudo del mundo -admitió.

-Descarta el «quizá». ¿No es hora de que hagas algo? ¿0 vas a esperar otros doce años?

-No -dejó su copa-. No voy a esperar.

En el pasillo se encontró con Billy.

-¿Has visto a mi papá?

-Está en la biblioteca. ¿Has visto a tu madre?

-Está en su habitación.

-Gracias.

-Gracias.

Entró sin llamar. Ella se estaba secando el pelo después de haber salido de la ducha. Giró indignada.

-¿Cómo tienes el descaro de...? -trató de recoger la toalla.

-Ahora lo tengo. Lo perdí durante un tiempo, pero lo he recuperado. Tenemos que olvidar todas las tonterías que dijimos la otra noche, porque... -debería haber sido fácil, pero sintió la lengua atenazada-. ¿Tu marido es un hombre honesto? -fue lo único que pudo decir.

-¿Qué?

-¿Es un hombre honesto? Cuando dice que me amas, que siempre me has amado... ¿puedo creerlo?

Ella lo miró incrédula. La intensidad que vio en los ojos de Gustavo le reveló lo mucho que eso significaba para él.

-Sí -repuso al final-. Puedes creerlo. Me enamoré de ti entonces. Sabía que tú no me amabas, pero me habría casado contigo y esperado lo mejor. Iba a hacer que me amaras. Pero apareció Crystal y supe que no lo conseguiría. No puedes hacer que la gente te ame.

-No -convino despacio-. Sólo puedes esperar que abran los ojos y vean la verdad antes de que sea demasiado tarde.

La tomó por los hombros con tanta urgencia, que la toalla resbaló al suelo. Joanna no lo notó.

-Dime que no es demasiado tarde para nosotros -suplicó.

Los ojos de ella brillaron.

-Por lo que a mí concierne, jamás será demasiado tarde.

-Desde que volvimos a vernos, supe que eras la única, pero decírtelo era imposible. Parecía haber tantas cosas interponiéndose... aunque no eran más que fantasías. Lo habría sabido si hubiera sido

capaz de ver. En una ocasión afirmé que no deberías haberme liberado del compromiso, pero si no lo hubieras hecho, jamás habría funcionado para nosotros. Nunca hubiéramos podido tener el matrimonio que vamos a tener ahora.

-¿Sí?

La tomó en brazos.

-Sí -confirmó.

Le dio un beso que marcó el fin de años solitarios y selló una promesa.

-Dime que me amas -susurró él sobre sus labios.

-Siempre te he amado y siempre te amaré. Gustavo, cariño, ¿estás seguro?

-Jamás he estado más seguro de algo en toda mi vida.

-Te llamarán cazafortunas.

-Pueden llamarme lo que quieran mientras tú me llames marido. Estuve ciego demasiado tiempo. Pero ahora puedo ver el camino que nos aguarda, y es sólo para nosotros dos.

La alzó en brazos y la pegó a su pecho.

-Vamos, cariño -añadió-. Basta de esperar. Ha llegado nuestro momento, y nada volverá a separarnos.

Lucy Gordon - En el momento adecuado (Harlequín by Mariquiña)